

UN MISIONERO ESPAÑOL EN CHILE

MIRADAS DESDE EL PUEBLO

(MENSAJE CRISTIANO DE JUSTICIA, MEMORIA Y VIDA)



JESÚS RODRÍGUEZ IGLESIAS, PBRO

Un misionero español en Chile

Un misionero español en Chile

Miradas desde el pueblo

(Mensaje cristiano de Justicia, Memoria y Vida)



Jesús Rodríguez Iglesias, pbro.

UN MISIONERO ESPAÑOL EN CHILE

© Jesús Rodríguez Iglesias, pbro.

teléfono: 564.00.20

casilla: 13171, correo 21.

Santiago de Chile.



Un misionero español en Chile
por Jesús Rodríguez Iglesias
está autorizado su uso bajo licencia

Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial

SinObraDerivada

3.0 Unported License.

<http://creativecommons.org>

Creado a partir de la obra

http://sicsal.net/recursos/JesusRodriguez_MisioneroChile.pdf.

Agradezco los consejos, colaboraciones y estímulos de quienes contribuyeron a que esta obra fuera posible.

Ximena Poo

José Osorio

Sandra Silva

Encarna Moll

Simón Rubio

Carmen Molina

María Olivia Monckeberg

José María García

Mis gentes de los tiempos jóvenes.

Aquella parte del pueblo chileno, que juntos hemos tratado de estimularnos en las “labores del Reino”.

INDICE

Prólogo	
Un valioso y oportuno testimonio.	11
Introducción	15
Capítulo I	
Todo comienza en Galicia	19
Capítulo II	
Misionero en Chile	39
Capítulo III	
La marca del Concilio Vaticano II	55
Capítulo IV	
El Golpe y las cruces retorcidas	67
Capítulo V	
Al alero de la Iglesia	87
Capítulo VI	
Pastores en tiempos difíciles	117
Capítulo VII	
La Victoria, tierra de mártires	137
Capítulo VIII	
Por la ruta carcelaria de Santiago	155
Capítulo IX	
No hay justicia...	173
Capítulo X	
La misión y los jóvenes	187
CapítuloXI	
Agnosticismo	203
Capítulo XII	
La “dogmática” de los Testigos de Jehová	215

Capítulo XIII	
Religiosidad popular	227
Capítulo XIV	
El Evangelio o la Ley	241
Capítulo XV	
Con Aparecida en la mirada	255
Capítulo XVI	
Evaluando la Misión	271
Capítulo XVII	
“Sólo Dios Basta”	287
Epílogo	299

PRÓLOGO

UN VALIOSO Y OPORTUNO TESTIMONIO

En Aparecida, Brasil, la Iglesia Católica en América Latina y el Caribe, a través de los Obispos del continente, acompañados por numerosos otros invitados representativos de diversos sectores de quienes formamos parte de ella, dieron una amplia mirada a lo que está ocurriendo en esta parte del mundo y formularon lineamientos y criterios para continuar evangelizando esta realidad. Lo hicieron a la luz del Evangelio, acompañados por el Espíritu Santo, y teniendo como un muy importante material de trabajo el aporte que habíamos hecho ininidad de comunidades de Iglesia en todo el continente.

El Papa Benedicto XVI había apuntado el tema de esa V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe. Y en Aparecida eso fue asumido no sólo como un título, sino como una profunda orientación del camino evangelizador de la Iglesia en estos tiempos actuales y los próximos que tenemos por delante.

“Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14,6)”. Es decir, si queremos ser consecuentes con la fe que profesamos en medio de las realidades de este mundo, si creemos que Jesucristo se encarnó en la humanidad para hacer presente

en ella el amor infinito del Padre, que quiere que todos sus hijos e hijas vivan conforme a su dignidad de tales, relacionándose fraternal y respetuosamente entre sí y caminando en comunión a través de esta vida para transitar luego hacia la eternidad celestial ofrecida, tenemos los cristianos católicos un camino y una misión que recorrer y cumplir: vivir como si fuéramos Cristo hoy y comunicarlo a los demás, para su propia felicidad, contribuyendo a que todos los hombres y mujeres, de todas las edades y condiciones, tengan vida abundante material y espiritual.

Los Obispos, los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los laicos varones y mujeres, recibimos desde Aparecida un llamado que remueve no sólo nuestras conciencias sino sobre todo nuestra manera de ejercer, de poner en práctica, el ministerio, la función, el servicio, que a cada uno nos corresponde. Es un llamado a revisar nuestros criterios, nuestras actitudes, nuestras opiniones, nuestros lenguajes, nuestras vivencias.

Y esto no es fácil de asumir. Estamos demasiado acostumbrados a ciertas formas de pensar, de juzgar, de actuar y nos cuesta cambiar. A veces no sabemos cómo hacerlo. Pero no tenemos alternativa: si queremos ser fieles a Jesucristo en Su Iglesia en estos tiempos, los pastores de América latina y el Caribe, y como parte de ellos los de nuestra patria, con la bendición y el apoyo del Santo Padre, nos convocan y nos señalan que tenemos que hacerlo.

Este libro del P. Jesús Rodríguez es un hermoso y entretenido relato de cómo hacer ese camino. Su biografía como sacerdote y misionero es un verdadero tes-

timonio del camino al que nos están convocando desde Aparecida, especialmente para los sacerdotes, pero con validez para todos los creyentes.

El P. Jesús nos va llevando desde sus comienzos en las tierras gallegas de España por un camino de una fe sencilla, directa, pero de una profundidad que nos conmueve. Una vocación gestada en una familia trabajadora que se va desarrollando humilde pero incesantemente a lo largo de su vida, tanto mediante una formación sólida como en una práctica religiosa incesante que se encarna en medio de las realidades de la vida.

Una vocación que lo lleva a descubrir la dimensión misionera de la fe que, por generosidad y amor al Señor y a los demás, lo trae a nuestras tierras chilenas para servir a los jóvenes, a los pobres, en la defensa y promoción de los derechos humanos, a los sufrientes, a los encarcelados, a todos los necesitados del cuerpo y del alma. Especial mención merece su dedicación y entrega pastoral a la Población La Victoria.

Con inteligencia, con sencillez, con un lenguaje directo, franco, interpelador, pero también atractivo y entretenido, nos presenta su experiencia de vida desde una doble perspectiva. Por una parte, su seguimiento de Jesús incesante e incansablemente al lado de todas las personas, pero más abundantemente de los preferidos del Señor en diversas circunstancias y lugares. Y por otra, su seguimiento de Jesús en la oración, la liturgia y la vida interior reflexionada a la luz de la Palabra divina y del Magisterio de la Iglesia, que él asume como su orientación, su motivación y, creo, como su motor y su realización vocacional

Es evidente que su estilo personal tiene también matices que, tal vez, no sea del agrado o de la conveniencia de todos, pero más allá de esto, si queremos ir al fondo del sentido de sus relatos, nos muestra un camino de consecuencia cristiana que es lo que nos está pidiendo hoy la Iglesia: ser discípulos y, por lo mismo, ser anunciadores con nuestra vida y nuestra palabra, del amor del Padre de los cielos y del evangelio.

Me conmovió este testimonio del P. Jesús. Es un modelo sacerdotal y cristiano que en mi opinión resulta muy útil para quienes quieran hacer un esfuerzo por ser “discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida”, esa vida que la Escritura nos enseña que es vida abundante, vida plena, humana y cristiana, que se proyecta hacia la eternidad.

Con sencillez, agradezco al P. Jesús la oportunidad que nos ofrece de presentarse ante nosotros y ayudarnos a redescubrir un sacerdocio de gran riqueza humana y espiritual, que a toda persona puede serle de gran utilidad. Y alabo y doy gracias a Dios por el don que nos hace a través de esta historia de vida.

† Alejandro Goic Karmelic
Obispo de Rancagua
Presidente
Conferencia Episcopal de Chile

Rancagua, 15 de Enero de 2008

INTRODUCCIÓN

Amigos y amigas, hermanos y hermanas en la Fe, en los tiempos más recientes muchos me han planteado que escriba para dialogar a través de la palabra, que exista un registro de recuerdos, de la memoria, de la vida. Un registro en que el yo, finalmente, sea uno más entre tantos. Unos, allá en España, desean saber qué pasó conmigo en Chile durante una vida casi entera. Otros, más jóvenes, me piden que les dé mi parecer sobre la vida en este país durante un pasado aún cercano pero que, para ellos, es ya historia.

¿Cómo ha sido y es la experiencia de alguien que optó por ser misionero, en un país lejano al suyo? ¿Qué siente, qué dice?, preguntan algunos y luego añaden: escribe algo relativo a todo esto, déjalo por escrito. Un grupo de los que nos reunimos con relativa frecuencia y por muchos años, hablan de algún “consejo” para leer en el futuro.

Ellos tal vez quieren reencantarse con pasajes de algunas de las tantas experiencias pastorales que compartimos. También varios hermanos en el presbiterado me han hecho parecidas sugerencias. Estas son las razones de las páginas que siguen.

No es éste un libro de historia, tampoco unas “memorias” en el sentido riguroso del término ni preten-

de ser una catequesis sistemática. Más bien son otras personas, sus hechos y palabras, o acontecimientos históricos del último medio siglo, los que hablan y que se entrelazan e interpelan el quehacer de quien quiso ser misionero.

Quien desea anunciar el Evangelio con el testimonio y la Palabra, sobre todo en un país, un continente y un hemisferio distinto al de su nacimiento, se encuentra con realidades muy diversas, imprevistas y a veces sorprendentes. Algo de esto aparece en este escrito así como también el encuentro, en buena hora, con el pueblo chileno, sencillo, acogedor, fraternal, solidario. Y en buena hora aún más cuando la parte más modesta de Chile se parece tanto al pueblo que recibió a Jesús de Nazareth, en Palestina. Convulsiones políticas y económicas de envergadura con grandes repercusiones en el pueblo en el cual uno está inserto, tampoco podrían faltar.

Los socialismos o capitalismo; los neoliberalismos con sus injusticias, globalizaciones mundiales, extrema pobreza y extrema riqueza; guerras, guerrillas o paz, democracias o dictaduras. Todo esto no puede ser ajeno al testimonio y al anuncio del Evangelio. También diversos hechos que aparecen en esta publicación se relacionan con estas situaciones. Imposible que así no fuera.

El último medio siglo hubo un Concilio, Conferencias Latinoamericanas de Obispos (Celam) y más recientemente Aparecida, en Brasil. Existió y existe un fuerte pluralismo en la Iglesia, positivo muchas veces; otras no tanto. También se mencionan en las próximas páginas tensiones intra-eclesiales y, a la vez, un mundo más diverso en el campo religioso. Estos pluralismos tienen incidencia en las bases populares. Por eso, la Misión no

puede menos que relacionarse con estas realidades. Y en este contexto aparece, por sólo mencionar algunos, el agnosticismo.

En los capítulos siguientes se busca recoger la grandeza y dignidad de la Vida y los signos de muerte; muerte injusta y prematura del pobre muchas veces, también la de aquellos que no son pobres; el Amor y la Esperanza Cristiana (con mayúsculas). Sobre esto también algo se encuentra.

Para mí, poner estas cosas por escrito equivale a un saludo amistoso y alegre a quien las lea, quien quiera que sea sin importar donde esté su casa. Y cuando se trate de amigos y amigas de tantos años, lo veo como un reforzamiento de la amistad. Si se trata de hermanos en la Fe y Esperanza Grande, lo siento como un crecimiento en la misma, propio de toda comunidad creyente.

Espero contar con los días necesarios para poder encontrarnos, para que tal vez en alguna esquina de mis queridas poblaciones La Victoria, José María Caro y Lo Sierra, y las parroquias San Diego de Alcalá y Carmen de El Salto tras o fuera de las rejas de una cárcel, en medio de una pastoral juvenil o tras los velos de una ciudad muchas veces muda que deambula por calles que añoran la luz, podamos reconocernos en las palabras y crecer juntos en ellas.

Jesús Rodríguez
Santiago de Chile, otoño de 2008

TODO COMIENZA EN GALICIA

CAPITULO I



TODO COMIENZA EN GALICIA

Nací en Galicia, en 1928, en el seno de una familia católica. Tengo muy escasos recuerdos de cuando se proclamó la República, pero crecí durante la época republicana. Estaba en la escuela básica en 1936. Tenía algo más de ocho años, cuando el 18 de julio estalló el golpe militar de Francisco Franco.

La casa de mis padres quedó en el territorio de las fuerzas sublevadas de Franco. En la región gallega se levantó el Regimiento de Infantería Isabel la Católica, de La Coruña, comandada por el coronel Martín Alonso. Galicia quedó en manos de los sublevados, lo mismo que parte de Castilla y Navarra. Mi familia estaba dividida; había gente más de izquierda; algunos eran muy ajenos a esa polémica y otros más inclinados a las derechas. En mi familia había de todo y por eso escuchaba polémicas, debates y se producían distanciamientos entre sus integrantes, porque pensaban distinto, antes y después del estallido.

Vivíamos con mis padres, Jesús Rodríguez Castro y Sofía Iglesias Redondo. Vivíamos, en un campo apartado, en el que las unidades vecinales coincidían con “parroquias” rurales. La nuestra tenía en esos tiempos en total

66 familias. Perduraban las formas culturales de siglos pasados, y quizá, en algún grado, de la Edad Media: no llegaba el diario, ni la radio, ni la luz eléctrica. No había pavimento en carreteras. La gente era buenísima, solidaria; impregnada de la religiosidad, que hoy llamamos “popular”. Esta religiosidad era un elemento integrante y muy fuerte de esto que también llamamos cultura de un pueblo. Un pueblo sano, religioso y pobre.

La situación socio-económica se parecía mucho a la que describe en algunos de sus escritos José Saramago, Premio Nobel de Literatura portugués, cuando habla, en algunas de sus páginas, de la precaria y modesta vida que rodeó su infancia en el Portugal vecino. Aquella, mi primera tierra, lo era de emigrantes. Los campos estaban muy poblados, el terreno era pobre, las formas de cultivo mantenían, incluso, instrumentos arcaicos como el arado romano. Yo sabía desde muy chico que inexorablemente debería emigrar. Como lo hacía la mayoría de los jóvenes y adultos. Un porcentaje importante partía al continente americano. Era común la expresión “embarcar”. Eso significaba tomar un barco, y partir a América en busca de trabajo. Era casi sinónimo de no retorno. Cuando se encontraban los parientes, o antiguos amigos, y se preguntaban mutuamente por otros familiares o conocidos, era frecuente la respuesta: “Embarcó”. Y después sólo había silencio.

Recuerdo que en las noches largas, pedíamos a mi padre que nos relatara historias antiguas, porque en el campo no había medios de información. Él contaba, por tradición oral, episodios del siglo XIX. Nos hablaba de la Constitución de Cádiz de 1812, que puso fin al Antiguo Régimen, de las guerras carlistas, sostenidas entre los

liberales y los carlistas que abarcaron gran parte del siglo antepasado¹. El no hablaba por los libros. El se hacía explicar a través del lenguaje más popular, que era el único que tenía.

La sabiduría popular se transmitía por tradición oral, de padres a hijos. Era sumamente fuerte la valoración que había por los ancianos. Ellos eran los que más sabían. Los jóvenes tenían que aprender de los adultos, y, desde luego, de los ancianos.

La gente pobre y humilde de la Galicia de esos años se dedicaba a cultivar la tierra a la manera antigua. Los pequeños pleitos los arreglaban los mayores, a quienes llamaban para dar consejos y buscar la forma de salir del problema. Claro que también era curioso el machismo, porque sólo consultaban a los varones. En toda esta historia aparece la imagen de mi madre, una mujer buenísima, con quien vivieron algunos de mis hermanos hasta el final de sus días.

Y así fue que me crié, siendo el menor de doce hermanos. De niño, empecé a leer y escribir en mi casa. La primera escuela a la que fui era de un profesor aficionado. Funcionaba en una casa abandonada medio en ruinas, que tenía un primer nivel donde se guardaban animales y un segundo piso, donde se instaló la escuela. La madera del suelo estaba podrida y quedábamos atrapados entre las hendiduras de las tablas. Las mesitas eran unos tableros de pino y ahí aprendí a escribir, con una pedagogía muy rudimentaria.

¹ Se conoce como guerras carlistas las luchas por la sucesión al trono de España que ocurrieron entre 1833 y 1876.

Ningún familiar próximo había estudiado la enseñanza media. En la adolescencia, en el campo, uno se sentía destinado a la emigración. Se creaba una cultura alarmante y, en cierto modo, pesimista. Había que embarcarse, como ya mencioné. Esa era una palabra fatídica para quienes se quedaban, porque el que se iba buscaba modos de vida; uno llevaba el drama adentro. A mi hermana mayor, Felicidad, que viajó hasta Argentina, le escuché muchas conversaciones sobre su emigración. A la mitad del Atlántico ya estaba arrepentida, pero no tenía vuelta. En Argentina tuvo una vida larga y ahí murió. Era un dolor congénito el del emigrante. Era un destino fatal.

La Guerra Civil y la postguerra fueron desastrosas. Yo era el más joven, de modo que siendo pequeño veía cómo se iban los hermanos mayores. Ahora es muy distinto todo; ha cambiado la técnica, el transporte, pero en ese tiempo subir a un barco era como ir a un entierro. La partida de mis hermanas mayores fue igual que asistir a un funeral. La pobreza de postguerra agravaba mucho esta situación, aunque la corriente migratoria de mi tierra era muy anterior a la Guerra Civil. Los lugares de destino de la mayoría de la gente fueron Cuba y Argentina, pero también otros países de América del Sur, como Venezuela y México. Mi gente, que era campesina, se escribía con los que estaban en América del Sur, y yo, siendo el más chico, les redactaba las cartas porque sabía de letras.

Emigrar a La Coruña

El pueblo gallego nacía “predestinado” a residir fuera de su región. Entonces, ya al nacer sabíamos que había que ser así. Entonces entendí que siendo el número doce tenía que irme. ¿A dónde? No lo sabía, pero tenía que ser así. Había un dolor congénito porque los hijos conocían su destino y aquello no tenía vuelta atrás. Lo más dramático en mi casa fue cuando empezó la Guerra Civil y antes incluso, cuando dos de mis hermanas partieron a Argentina y otra a una ciudad grande de Galicia, en busca de trabajo.

Era difícil asumir la partida y romper con ese entorno campesino que tiene mucho encanto, porque uno nace y crece en contacto con la naturaleza y con la bondad de la familia, con el cariño del hogar y con la amistad de los vecinos que era gente muy buena y con una religiosidad muy acomodada a esa situación, con pocos elementos intelectuales.

Recuerdo con cariño aquella cultura, un símbolo de la llamada “cristiandad” antigua y rural². Era un pueblo sano, con aquella mezcla cultural y religiosa. Un pueblo cristiano católico, lo cual le daba un sentido a su vivir y a su morir. El ingrediente religioso consolaba en la dureza del dolor, del trabajo mal remunerado, ante el desprecio que sufrían “los labregos” de parte de patrones y también de funcionarios de la administración pública.

² El concepto “cristiandad” se refiere a la unión entre Iglesia y Estado, en el pasado que duró muchos siglos. Implica un cierto grado de “teocracia” que después entró en crisis. El Concilio Vaticano II postuló la separación entre Iglesia y Estado que ya regía en muchos países. Aunque se vio que era necesaria la libertad de la Iglesia, algunos sectores añoran ese estado de cosas..

Cuando partí de mi casa a La Coruña, a vivir con dos hermanos, tenía 16 años. Fue muy duro. Me fui a una ciudad grande, no sabía bien lo que podía hacer. No había trabajo, debido a la crisis de la post guerra civil. Había cesantía laboral, y un clima de temor propio del autoritarismo. Además, estaba terminando la Segunda Guerra Mundial. A los dos o tres meses de irme a La Coruña, lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki en Japón, el 6 y 9 de agosto de 1945.

Yo emigraba, pero no tenía seguridad de trabajo ni de poder estudiar, pero quería hacer ambas cosas. Era una tensión muy fuerte, pero me sobrepuse a todo eso y salimos adelante. Primero trabajé como muchacho de recados en una oficina. Hacía mandados por la mañana y por la tarde estudiaba. Lo que me daban era una miseria, pero era algo con lo que podía solventar mis gastos en casa de mi hermana Virtudes y mi hermano Celso. Ellos eran obreros muy modestos y yo tenía que aportar, porque ganaban poco.

Creo que entonces tenía la cultura normal de todos los muchachos de mi época. Llegar a la ciudad fue un choque, debido a que era una cultura absolutamente distinta a la del campo apartado. Al llegar tuve dificultades momentáneas para relacionarme con el mundo de mi generación. Mientras realizaba estudios comerciales, trabajaba y también hice el servicio militar en la misma ciudad. Luego, entré a la empresa estatal de ferrocarriles, RENFE³.

Nunca se me ocurrió ser presbítero hasta cuando tuve más de 18 años. Tampoco había imaginado ser misionero laico, entendiendo que ser misionero signifi-

³ Red Nacional de Ferrocarriles Españoles, RENFE.

caba partir a una tierra lejana. Además, eso no estaba muy desarrollado en la Iglesia en España; no conocía tampoco experiencias de esta naturaleza como las que conozco ahora.

Razones para vivir

Cuando empecé a meditar sobre la vida, sobre una serie de temas, llamémoslos antropológicos, reflexioné sobre la necesidad de buscar una razón grande para existir, una razón poderosa por la cual había valido la pena haber venido al mundo. Empecé a pensar que ese camino era cristiano y personalizado; no un cristianismo sociológico que se acompaña con la cultura ambiental, sino un asunto de decisión personal. Lo mejor que podía hacer en la vida y en el mundo -pensé- era predicar el Evangelio en un lugar en la Tierra donde particularmente fuera necesario hacerlo.

Llegué a imaginar que eso era lo más grande que un ser humano podría hacer en el corto tiempo que se le permite a uno estar en esta historia. Entonces tenía una conciencia, quizás, extremadamente exagerada de que el tiempo, que este tiempo de la vida, es altamente caduco y frágil y en el mejor de los casos es como un relámpago. Y eso pensaba, a lo mejor con más fuerza, cuando tenía 20 años. Ahora lo sé por experiencia propia, porque ya pasó. Era un poco pesimista.

Ya en ese entonces, desde mi llegada a La Coruña hasta mi decisión final de embarcarme como misionero, reflexionaba sobre esta especie de vulnerabilidad de la existencia humana. La percibía no sólo entre los jóvenes, sino que igualmente entre ancianos, adultos, todos. Los de aquellas épocas y de todas las épocas. Se trataba

de la precariedad de la existencia. Varios textos bíblicos tratan esto. Uno solo menciono: “Un día como mil años y mil años como un día”⁴.

Parece que tenía un sentir “existencialista”, antes de tener la menor idea de este movimiento intelectual. Nunca había oído los nombres de Albert Camus, Martín Heidegger, Gabriel Marcel, Jean Paul Sastre, Karl Jaspers. Esta dura visión del vivir -pesimista o realista-, también tenía como causa las secuelas de la Guerra Civil, y aún más quizá, la Segunda Guerra Mundial.

Estando en condición de emigrante en La Coruña, quise buscar una opción creyente en dimensión personal. La religiosidad sociológica recibida con tanto cariño de mis antepasados, había sido buena en su contexto. Pero ya no encajaba en las circunstancias en que yo estaba. Era necesario profundizarla individualmente, despojarla de ciertas formas culturales rurales, revestirla de otro lenguaje, el de las ciudades de nuestro tiempo. En lo posible, buscaba profundizar lo esencial en el conocer y en el vivir, en forma radical. “Dar razón de la Esperanza” del creyente, según el dicho bíblico⁵. Dar el mejor testimonio posible y la palabra oportuna en el momento preciso. Luego venía a surgir la necesidad de que para entregar la palabra oportuna era necesario prepararse, leer -cosa que hacía-, pedir consejo -lo cual yo buscaba-, y orar habitualmente.

Para ser un apóstol laico activo, en mi ambiente, se añadía un obstáculo adicional: el anticlericalismo visceral español. Debí aprender a distinguir entre la relación personal con Dios y su Reino y tales o cuales formas de pensar o actuar de sectores eclesiásticos. Cuando se

⁴ II Pedro. 3,8.

⁵ I Pedro 3,15.

leen libros de la historia de España, escritos con rigor, y sobre todo desde el siglo XIX, se entienden las razones históricas del anticlericalismo que perdura hasta el día de hoy. Aunque más acentuado antes, durante, y después de la Guerra Civil.

Viviendo en ambientes heridos por estas situaciones y traumas, parecían necesarias varias cosas: conocer el sentir de los dos bandos, principalmente de aquel que lo rodeaba a uno, el de la cultura del mundo trabajador pobre. Sus líderes, sus argumentos, sus luchas la mayoría de las veces justas; la historia del Movimiento Obrero y Sindical. También las razones de su anticlericalismo, que pocas veces llegaba a ser ateísmo. Era importante conocer lo mejor posible las formas diversas de aquellas ideologías políticas y saber discernir su contenido. Había que buscar dónde y cómo, porque en librerías o kioscos nada se podía encontrar. También era fundamental adentrarse en las encíclicas sociales de la Iglesia como *Rerum Novarum* o *Quadragesimo Anno*, que yo las subrayaba⁶.

Más fácil era conocer la lógica o las ideologías del otro sector, aquél que ganó la guerra y gobernó durante 40 años. Estaba más a mano informarse sobre sus proyectos, ideas y actuaciones, porque gobernaban autoritariamente y los medios de prensa y radio estaban en sus manos. Autocrítica no tenían ninguna. Saber discernir todo aquello lo mejor posible era necesario para poder plantear con verdadera libertad los puntos de vista cristianos.

⁶ La Encíclica *Rerum Novarum*, la primera Encíclica Social de la Iglesia Católica fue promulgada por el Papa León XIII el 15 de mayo de 1891. La Encíclica *Quadragesimo Anno* la promulgó el Papa Pío XI, en 1931 al conmemorarse 40 años de la *Rerum Novarum*.

Siempre percibí con dolor, que de parte del Cuerpo Pastoral de la Iglesia en España no había métodos ni conciencia de evangelizar a su pueblo de acuerdo a las diferentes circunstancias culturales. Obispos que yo conocía reunían a los emigrantes y les regalaban alguna medalla o escapulario. No conocí a nadie que, en ese tiempo, les obsequiara un Nuevo Testamento o les diera una carta que los presentara en alguna comunidad cristiana de destino. Nada.

La España de las dos Españas

Recuerdo un Jueves Santo junto a mi familia, siendo muy niño. Asistí a la parroquia y no sé de dónde me vino que salí de mal humor y molesto porque el cura habló maravillas de los franquistas que estaban en la guerra y horrores del otro bando, nada menos que el día del amor de Cristo. Y yo siendo pequeño, dormí muy mal esa noche. Le pregunté a alguien en la casa, por qué el cura había dicho eso de que algunos eran tan malos y otros tan buenos. Y si eran tan buenos los buenos por qué no acababan eso, y si los otros eran tan malos, tan malos, ¿no tendrían algo de buenos? Era la tragedia de España.

Cuando empezó la revolución de Franco y se desató la Guerra Civil⁷ el 18 de julio de 1936, los católicos, de tradición carlista que se enfrentaban con todo lo que tuviera matices liberales, eran parte del mundo conservador más extremo. Fue una cosa tremenda. Hicieron fogatas de libros de autores como los de la generación

⁷ La Guerra Civil española se extendió entre el 17 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939, asolando España. Francisco Franco gobernó dictatorialmente entre octubre de 1936 y hasta su muerte, en 1975.

del '98, entre los que estaban Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset y Pío Baroja. Tristemente célebres fueron las fogatas en las plazas de Salamanca y Burgos.

Ese sector de católicos quemaba los libros de los liberales en las plazas públicas; fue muy grave y lamentable. No es que esté defendiendo la otra España, de las dos Españas. La otra España, la llamada republicana, también tuvo gravísimos desaciertos políticos y se produjeron violaciones flagrantes a los derechos humanos.

Sólo un ejemplo: en esa época hubo una famosa reunión en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca en la que estaba la esposa de Franco, Carmen Polo, el alto mando militar y el obispo. Atacaban, desde esa tribuna, a los vascos y a los catalanes. Unamuno⁸, quien estaba en ese encuentro como rector de la Universidad, no estuvo de acuerdo con lo que él llamó el “fervor” tan extraordinario que él calificó como “fervor sacerdotal”. Dijo que él no tenía la especialidad de las guerras e hizo una intervención más moderada, propia de la gente liberal de la época. Había ahí un general tristemente famoso, Millan Astray, que había estado en el Tercio de Africa. En un momento de la ceremonia, él tomó su arma de guerra y la gatilló haciendo además de dispararle. Lo detuvieron y entonces Miguel de Unamuno, muy tranquilo, se dirigió a él, y le dijo: “Millán Astray, ustedes vencerán, pero no convencerán”. Después del incidente, Unamuno, cuya presencia molestaba en Salamanca, fue despedido. El filósofo murió dos meses más tarde.

⁸ Miguel de Unamuno y Jugo (Bilbao, 29 de septiembre de 1864 - Salamanca, 31 de diciembre de 1936), escritor, y filósofo español. Autor de Niebla y San Manuel Bueno, mártir; entre sus obras hay novelas, poesía y ensayos filosóficos.

¿Por qué hablar de Unamuno? Unamuno incluso tuvo la idea de ser misionero. Era un hombre muy intelectual que, al entrar en conflicto con la teología oficial de aquella época, en especial por la que se proclamaba en Salamanca, fue percibido como agnóstico. No hay una frontera muy definida entre ser agnóstico y ser cristiano. En el cementerio de Salamanca, donde está enterrado, encargó a su hijo que en su lápida escribieran sus versos: “Méteme Padre eterno en tu pecho, misterioso hogar, dormiré tranquilo pues vengo deshecho del duro bregar”.

El siempre llevaba consigo las Cartas del Apóstol san Pablo. El chocaba con el poco espíritu de diálogo que mostraban los clérigos en ese tiempo, por ser demasiado conservadores y no atender los problemas reales de la gente a través del poder salvador de Cristo. Unamuno siempre fue cristiano, aunque fue sumamente criticado por el mundo católico conservador porque no aceptaba la teología que en ese entonces predominaba en Salamanca, la que –a mi juicio– era demasiado reducida a la filosofía de Santo Tomás de Aquino y de Aristóteles; una filosofía que ahogaba la predicación del Evangelio. Eso sí, entre el resto de los cristianos, él fue muy admirado. Unamuno percibió la decadencia de las dos Españas.

Miguel de Unamuno solía decir “creer es querer creer” y fue injustamente criticado por esta expresión y otras similares. Sin desconocer la importancia y aún la densidad de esa frase, parece más adecuado y preciso el dicho de aquella mujer del Evangelio: “Creo, Señor, pero aumenta mi fe”.

Quise ser misionero en el sentido tradicional de la palabra; partir a tierras necesitadas de predicadores del Evangelio. Cualquiera que fuese la lejanía de aquella tierra. No quería ser presbítero en España.

El matiz de guerra religiosa

Las interrogantes que se me planteaban como adolescente y en mi primera juventud, estaban cruzadas por la inquietud religiosa y por la Guerra Civil, donde mataron a cerca de un millón de personas, los heridos fueron innumerables y la destrucción del país fue completa. En aquella guerra horrorosa estuvieron implicadas las directivas eclesiales, por lo que se dijo que estaba comprometida la Iglesia como jerarquía. Aún perdura este mal entendido, desgraciadamente. Los dirigentes de la Iglesia, en un porcentaje elevado, se abanderizaron con el bando de Franco, porque era “muy católico” y anatematizaron al otro bando, porque presuntamente éste sería “muy ateo”. Eso le dio un colorido horroroso, fue un mal superior darle un matiz de guerra religiosa.

Se trató de una gran contradicción, porque también eran católicos aquellos del “bando republicano” y eran mayoritariamente católicos los otros. En uno de los bandos había nazismo, que no era católico, y en el otro había stalinismo, que tampoco lo era. Pero la mayoría de quienes participaron en ambos era gente bautizada. Sectores de la jerarquía eclesiástica le dieron al conflicto un matiz que creaba una gran interrogante entre la juventud. No era buena la Guerra Civil, no eran creíbles las apologías que se hacían de ella. Yo viví en un mundo anticlerical y era profundamente creyente, y tuve que

aprender cómo manejar esas dos cosas. Y tuve siempre las mejores relaciones con la gente que había sufrido las atrocidades del gobierno de Franco, sabiendo ellos que yo era muy allegado a la Iglesia.

Recuerdo, en ese contexto, años después y ya ejerciendo mi ministerio como presbítero de la Parroquia Santiago de Las Caldas (del Puente), en Orense, que el párroco a cargo tenía una mentalidad marcada por la Guerra Civil. Era pro Franco. Pues bien, en una ocasión un militante de un partido de la República estaba muy grave y no quería por nada del mundo llamar al cura de la parroquia.

Yo ayudaba al párroco y él pensaba que el enfermo era partidario “del otro lado”. Y así era. Pero, como él estaba mal, la familia estaba muy preocupada. Un día, el párroco nos dijo: “Tengo un feligrés aquí muy rebelde, es ‘rojo’ y no quiere recibir los sacramentos de la Iglesia; no lo toleraré y no le haremos el funeral por la Iglesia”. Me pareció que era muy grave oír esta afirmación de parte del párroco, pero también comprendo lo que él había vivido, por la cultura de la guerra. Y entendiéndolo pero sin compartir su mirada, le respondí: “¿Por qué no me deja a mí ese problema y no se preocupa usted más?”.

El me autorizó y fui a ver a la familia. Observé al enfermo y me habló con plena libertad de todos los prejuicios que tenía hacia el clero. Lo escuché y le di mi parecer. Nos hicimos excelentes amigos. Me pidió todos los sacramentos y después me llamaba a cada rato. Y estuve orando junto a él en su muerte, a petición suya y de su familia. El era tan católico como los demás. Casos como ése demuestran el equívoco espantoso que existió en esa España dividida.

Marx y las semillas del Verbo

En ese entonces, siendo ya un veinteañero, los filósofos que más me impactaban eran bien contrarios entre sí. Por un lado, pensaba que Carlos Marx⁹ no era tan horroroso, ni tan perverso, ni tan condenable como lo calificaban y mucho más todavía en la España franquista. Yo pensaba, siendo bastante joven, que había que rescatar de Carlos Marx todo lo que era preocupación por la justicia social, por el mundo popular obrero, por la monstruosidad que se cometió en los siglos XVIII y XIX contra las masas trabajadoras, sin legislación laboral ninguna, sin apoyo de nadie, mientras sobrevivían en la mayor miseria. Rescataba su juicio contra el capitalismo, aunque yo no compartía su filosofía en cuanto a la dialéctica de la materia. En la época de Franco no era fácil leer a Marx, pero lo leíamos igual.

Carlos Marx fue, según él, ateo. Es cierto que nunca fue creyente e incluso, de cierta manera, fue antirreligioso: “La religión es el opio del pueblo”, decía. Y aunque pienso todo lo contrario en ese punto, considero que en él estaban “las semillas del Verbo”¹⁰. Por ejemplo, cuando señala que el mundo obrero tenía que unirse.

Sin embargo, pensaba –y pienso– que no era aceptable cuando pretendía que la causalidad, la explicación de la evolución de la vida humana y del cosmos tenía

⁹ Carlos Marx (Tréveris, Prusia, 5 de mayo de 1818 – Londres, 14 de marzo de 1883), filósofo, historiador, sociólogo, economista, escritor y pensador socialista alemán. Padre teórico del denominado “socialismo científico” y del comunismo.

¹⁰ Semillas del Verbo se dice de los que no son cristianos, pero que tienen una forma de abordar el bien personal o social. Personas que tienen en su interior “las semillas de Cristo”, el Verbo. El primero en usar la expresión fue Eusebio de Cesarea en el Siglo V.

que tener la dialéctica de la materia como explicación de todo. A mi juicio, eso no explicaba todo, ni mucho menos, y había que buscar otras causas ya que aquella dialéctica estaba muy lejos de ser la Causa Última, pero no ignoraba la parte humanitaria de sus planteamientos. Entre lo que yo iba entendiendo, pensaba que había que recoger lo humanista y no tomar la parte filosófica, cerrada sobre sí misma.

Los autores existencialistas venían a responder a un sentir mío anterior. Todo lo que pude haber hecho no llenaba el vacío profundo del ser humano. Algo había que no se cubría con un buen futuro económico o con viajar a un país mejor. ¿Para qué es uno, de dónde viene y a dónde va, qué sentido tiene todo cuando existe el ansia de vivir, el ansia de felicidad interna? ¿Es que hay que resignarse a que es una ilusión estúpida? ¿Hay que ahogarla, hay que desecharla de dentro? Si está ese anhelo, ¿de dónde vino y para dónde va?

En eso surge una adhesión más fuerte a la figura de Cristo, quien personifica al Padre y lo Trascendente y la esperanza cristiana toca los elementos internos. En estas esperanzas que los seres humanos tienen para vivir, Cristo vino a ser una Esperanza grande en medio de todas las otras.

La figura de Cristo y de Dios, la figura de lo Trascendente, fue la respuesta. Mi acercamiento más personalizado en la juventud a la dimensión religiosa de la vida tenía una marca profundamente trascendente. No podría uno resignarse a la muerte como única palabra, como único hecho final, como única respuesta, como una aplanadora sin contrapeso alguno. En la España

franquista, para el mundo modesto ya no era poco prever un futuro en el cual se pudiera comer y desarrollar una vida humana normal. Eso era mucho, pero no era suficiente porque también había otro tipo de hambre universalizada.

Creo que en la decisión, en este encuentro con la vocación, debe haber influido la simplicidad religiosa de mis padres. Recuerdo sí que en la adolescencia, puse en tela de juicio su aspecto cultural-religioso y el de mis hermanos mayores. Pero no cuestioné el contenido mismo de la Fe. Entonces, mucho antes de entrar a estudiar Filosofía y Teología en la Universidad de Salamanca procuré recoger esta tradición de mis antepasados de la fe cristiana y le fui dando otro envoltorio cultural. Eso viene de mucho antes de convertirme en presbítero y estudiar en la universidad.

Y me impactaba cierta predicación de Jesús –en tiempos en que la lectura del Nuevo Testamento no se difundía–, su muerte en la cruz y la apertura a la vida más allá de la muerte, la Resurrección. El camino, la respuesta a la precariedad de la vida que la llevaba muy fuerte dentro de mí.

MISIONERO EN CHILE

CAPITULO II



MISIONERO EN CHILE

No dije nada a nadie acerca de mi decisión, hasta el momento de partir. Tomé el tren un viernes 18 de octubre para la ciudad de Salamanca y llegué a una casa de estudios conocida como Colegio Mayor de Vocaciones Tardías. No se le llamaba “seminario” quizá porque era para alumnos adultos. Yo tenía 28 años.

El martes de esa misma semana, tres días antes de irme, fui a contarle a mi madre, a mis hermanos y a otras personas la decisión que había tomado. Fue difícil. Aunque al principio no les dije que cuando terminara el período de estudios, inexorablemente iría a tierras lejanas por toda la vida, dedicado a la predicación del Evangelio.

El nombre del Colegio Mayor de Vocaciones Tardías al que ingresé respondía precisamente a eso: entre mis compañeros figuraban, por ejemplo, un ex coronel del Ejército, retirado, de 53 años de edad; un gallego avecindado en Madrid, jubilado de la Campsa¹¹, la compañía estatal de petróleos de España, de 49. Había dos o tres médicos que, después de haber ejercido su

¹¹ Campsa, es la sigla de la Compañía Arrendataria del Monopolio del Petróleo S.A., empresa mixta que desde 1977 es mayoritariamente del Estado de España. Después la marca Campsa pasó a ser parte de la empresa Repsol.

profesión, optaron por este camino, y, por lo menos, un ex juez, varios abogados y profesores; también había obreros y empleados.

Residíamos en el Colegio Mayor, donde formábamos una comunidad heterogénea, pero orante y fraterna. Tres presbíteros experimentados –un rector, un vicerrector y un asesor espiritual– dirigían a los 82 estudiantes. La disciplina y la oración privada y litúrgica eran rigurosas. Todo fluía en un clima de fraternidad y, sobre todo, de diálogo, lo que era muy importante.

Los estudios de Filosofía y Teología se hacían en las respectivas facultades de la Universidad Pontificia de Salamanca. Aunque la mayoría de los profesores era de corte conservador, existía mucha libertad de palabra y de opinión. Había condiscípulos de todas las regiones de España y del extranjero.

Cuando yo terminaba los estudios de Filosofía, el Papa Juan XXIII convocó a un Concilio. Fue llamado Vaticano II. Un Concilio es un acontecimiento mayor para la Iglesia universal. También para el mundo. En esta oportunidad, fue un hecho no esperado y sorprendente, particularmente para la Iglesia en España, y para la sociedad civil y política. En la Universidad de Salamanca fue como un terremoto: una parte mayoritaria de profesores lo vio con reticencia, con temores. Algunos académicos y el alumnado de Teología lo recibimos con gran entusiasmo y esperanza. El último año de Teología se suscitó un amplio debate entre los estudiantes y una parte de los profesores. Se les pedía que en su explicación de la Teología dieran acogida a lo que se planteaba en el Concilio. Se les decía que aquella universidad de gran

importancia histórica debía dar el ejemplo asumiendo lo que se planteaba. Estas exigencias a los profesores continuaron unos años. Paulo VI envió un interventor especial a la Facultad de Teología, que produjo un cambio general del profesorado¹².

Después de mi paso por Salamanca, estuve en Roma haciendo mi especialización en Encíclicas Sociales, sobre la justicia en el mundo en que vivimos. Luego realicé mi pastoral en un poblado de Galicia y más tarde viajé a Santiago de Chile, a los 36 años. Y aquí estoy hace 43.

En España y Europa de la época eran fuertes y teológicamente lúcidos los movimientos de Acción Católica, en particular los especializados. Durante los estudios y también en vacaciones nos contactábamos con ellos. Eran iniciativas nuestras, de los estudiantes de Teología. Teníamos agrupaciones que llamábamos “grupos de Jesús Obrero” y una revista a nivel nacional, Yunke. En vacaciones nos acercábamos a la realidad del mundo pobre y obrero y a la vez eso influía en la manera de estudiar. Veíamos en común cómo dar una palabra cristiana a quienes vivían esa realidad. Relacionar la Esperanza cristiana trascendente con las justas esperanzas históricas de los desposeídos de la Tierra era la misión. Esto marcó futuras opciones pastorales, incluida la mía.

¹² Giovanni Baptista Montini nació en Italia en 1897. En 1963 fue elegido Papa. Llevó adelante el Concilio Vaticano II, iniciado por su antecesor Juan XXIII. Pablo VI murió en 1978 y fue sucedido por Juan Pablo I, quien sólo alcanzó a ser Pontífice por 33 días. Posteriormente, ese mismo año, fue elegido Juan Pablo II.

Hacia América Latina

Revistas misioneras que leía, aún antes de optar por América Latina, afirmaban que era “la hora de África”, entendiendo por esa denominación desde el desierto de Sahara hacia el sur. Y con argumentos que consideraba poderosos. Más adelante, entablé conversaciones con los “Padres Blancos” o Misioneros de África. También estuve en visita de información en Perpignan (Francia), donde recibían personas que querían luego partir a la misión africana.

Me acerqué también a los jesuitas que enviaba misioneros a Japón, desde hacía mucho tiempo. Pero finalmente, el último destino que elegí fue América Latina y sin congregación religiosa alguna. Viajaría como un presbítero común que trabajaría en unión con el obispo del lugar.

En esa época, crecía un movimiento misionero hacia América Latina: allá no había personal apostólico suficiente; grandes masas humanas carecían de pastores, particularmente en los bordes de las grandes ciudades, en los campos, y entre los pueblos originarios, por razones históricas.

Pío XII¹³ escribía su encíclica, *Fidei Donum*¹⁴, en la que estimulaba a obispos y presbíteros diocesanos

¹³ El Cardenal Eugenio Pacelli nació en Roma, Italia en 1876. Elegido Papa en 1939, a la muerte de Pío XI, asumió con el nombre de Pío XII y le correspondió ejercer el papado durante la Segunda Guerra Mundial. Murió en 1958.

¹⁴ La Encíclica *Fidei Donum*, sobre las misiones, fue promulgada por el Papa Pío XII el 21 de abril de 1957.

a incorporarse a la misión. En España se acababa de crear un organismo misionero que impulsaba el envío de presbíteros diocesanos a América Latina. No era una congregación con votos, era un servicio y un medio de información para presbíteros que deseaban entregarse a esta misión.

Fue en ese tiempo que los obispos de América Latina pedían personal diocesano a través de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (Ocsha). Esta organización no tenía autoridad ante nosotros, sino que era un servicio que prestaba Madrid para conectarnos con los obispos que pedían apoyo. Mi primera opción fue Río de Janeiro y Sao Paulo en Brasil. En esto nombraron arzobispo a Raúl Silva Henríquez y él pidió a sacerdotes que pudiesen venir a la periferia de la capital de Chile. Venían conmigo en comunidad fraternal de amigos Domingo del Alamo Martín, José Martínez, Alejandro Hermida Atrio y después se sumaron más.

Me siento privilegiado por considerar que pude realizar el ideal más grande de mi juventud. Pertenezco a esa minoría. Muchos seres humanos dicen, a veces con dolor, que las dificultades de la vida les impidieron alcanzar aquel ideal o aquella profesión que desearon tener y tuvieron que dedicarse a tareas o trabajos que no eran lo que hubieran deseado.

Doy gracias a Dios todos los días en mis modestas oraciones por haber podido hacer lo que imaginé. ¿Lo habré hecho bien o mal? Creo que debí haberlo hecho mejor, pero mis propias limitaciones lo impidieron. El Señor me perdonará. Sí tuve la oportunidad. ¿Resultados? No puedo evaluarlos. Dejemos la evaluación a “Aquel

que es, que era y que va a venir, el Todopoderoso”¹⁵. Al atardecer de la vida, y de una vida larga gracias a El, puedo decir que pude tratar de ser lo que en la juventud fue el ideal mayor de mi modesta existencia.

Vacíos de formación

En los estudios de Teología en la Facultad de Salamanca, los profesores eran personas de mucho saber. Pero en su conjunto, tenían dos vacíos, que también tuve yo en mi formación. Una teología escolástica, en la que poco entraba lo histórico. Carecía de la debida dimensión pastoral y, por lo tanto, misionera. Menos aún consideraba las circunstancias y el clamor de los pobres de la Tierra. Lo bíblico entraba en formas insuficientes: a modo de citas para “probar” alguna elaboración intelectual previa. Había también clases de Escritura, como si fuera una materia entre otras. Explicaban el marco exterior en que se movían sus libros, o colecciones de libros bíblicos, algunos géneros literarios, algo sobre lenguas originales. El contenido que alimenta y acrecienta la fe del creyente poco se estudiaba, poco se reflexionaba.

Estas limitaciones a nadie hacían bien, pero menos aún, a quienes partirían a la Misión “ad gentes”¹⁶. No sería posible ser misionero a la defensiva, con formas de intolerancia; en el mundo ancho y abierto y a donde uno llegaría, no habría que dedicarse a “conservar”, sino a Anunciar: lo importante sería proclamar con la Palabra y el testimonio, que “el Tiempo se ha cumplido, el Reino

¹⁵ Ap.1,8

¹⁶ La Iglesia es misionera por definición, pero misión “ad gentes”, es una expresión que quiere decir partir a predicar el Evangelio a “las naciones de la tierra” para anunciar el Evangelio con carencia de personal o con escasa existencia de cristianos.

de Dios está cerca, convertirse, creer en el Evangelio”¹⁷. No habría que dar tanto tiempo a otras cosas menores, aunque no fuesen exentas de importancia. Lo importante sería prepararse para anunciar la Gran Novedad.

Aterricé el 18 de agosto de 1965 en el aeropuerto de Cerrillos en esta metrópoli latinoamericana que los antiguos españoles llamaron “Santiago del Nuevo Extremo”. Llegué a los bordes de la ciudad. Así es como tuve la oportunidad de observar y participar en escenarios religiosos distintos: en el campo, en ciudades grandes europeas, y en estas tierras sudamericanas.

Al llegar a Santiago tenía casi 36 años. Un año y medio después me nombraron párroco de San Diego de Alcalá, en Conchalí, y estuve ahí hasta 1977. Después de doce años, pasé a la parroquia Nuestra Señora del Carmen, de El Salto, donde estuve 16. Luego, un año en la Parroquia San José Obrero, en la población José María Caro, durante 1993. En esa fecha quedó sin párroco la población La Victoria y fui nombrado en ese cargo hasta febrero de 2003. Ahora estoy colaborando en una parroquia que se quiere crear, la Unidad Pastoral San Pedro Pescador, y en la población José María Caro, así como en parte de la población Lo Sierra, y visito otro sector que se llama Anita, en la comuna de Lo Espejo.

Nacer de nuevo en Santiago

El mismo día de mi llegada a Chile el vicario del Arzobispado Gabriel Larraín nos llevó a una residencia ubicada en la calle Santa Isabel con Lira. Fui recibido en este país como un hermano, en el sentido más real, cálido y lleno de significado. Aquel duro y temido des-

¹⁷ Mc.1,15.

arraigo, en relación a mis raíces de España tomó en los hechos otra dimensión. Los buenos hermanos y amistades no me faltaron. Pasé a ser parte de una familia inmensamente numerosa, de verdaderos hermanos en la fe de Jesús, que produce una amistad fraternal y que no se pierde en el tiempo. Exagerando el lenguaje, y usando palabras del Apocalipsis, diría: “Una gran muchedumbre que nadie podría contar”¹⁸.

Y he aquí una metáfora para explicar mis dobles raíces: estando en Buenos Aires, unos parientes me acompañaron a visitar una especie de monumento viviente. En una calle dos árboles nacieron a cierta distancia el uno del otro; crecieron los dos hasta una notable altura, luego los troncos de ambos se unieron y se convirtieron en un solo árbol que luego creció formando un arco muy alto y muy ancho con innumerables ramas y hojas. Bajo el árbol, y entre los dos troncos, pasa una carretera moderna. Un bello espectáculo. En ese momento me sentí como ese árbol, unido con raíces en dos lugares. Venía de otra nación, de otro continente, de otro hemisferio.

Como que he vuelto a nacer -psicológicamente así es-, en esta nación chilena sin dejar de ser de la española; y también con una “multitud de hermanos”. Es un gran don de Dios. Todos los creyentes que tratamos de ser conscientes de la Fe que poseemos, sabemos que tuvimos dos nacimientos: uno biológico como el resto de la Humanidad; y otro, “nuevo nacimiento”, que menciona abundantemente el Nuevo Testamento. Este lo es, por la Fe consciente y el bautismo. Pero por experiencia puedo decir que hay también otra forma de nacimiento: la del misionero “ad gentes”. Provoca una gran riqueza

¹⁸ Ap. 7, 9.

espiritual esta forma de nacer de nuevo, compenetrada con las anteriores.

El dolor del emigrante

Para mí fue muy traumático primero emigrar del campo a La Coruña, y luego abandonar esa ciudad, trasladarme a Salamanca, ingresar a un Seminario y luego dejar España y partir a Chile. Estaba muy arraigado; no tenía cosas muy importantes que dejar, ni grandes ni chicas, pero lo que tenía era lo mío, era lo que me rodeaba, era parte de mí. Y junto a mi familia había mucha gente amiga.

Hasta subir al avión que me trajo a Chile, recuerdo muy bien la última mirada a las luces de Madrid, porque preveía que aquel viaje era para siempre. Entonces fue duro y pesado, pero fue. Nadie me presionó jamás, todo lo contrario, todos estaban desconcertados y me miraban como si estuviera un poco fuera de lo normal. He vuelto de visita cuatro veces a España.

En las parroquias y capillas en que he tratado de servir en Santiago, siempre procuré estar muy próximo a los emigrantes: venidos de campos chilenos, de etnias originarias de América, de países vecinos donde en estos momentos la pobreza y miseria tienen porcentajes mucho más altos que en Chile. En este instante el mayor contingente de personas venidas de otras tierras a trabajar proviene del Perú. Conocí y sigo conociendo en esta ciudad el “dolor del emigrante”.

En fábricas, comercios, oficinas, o en las propias casas particulares, los empleados provenientes de otro país latinoamericano suelen ser frecuentemente peor tra-

tados que los nacionales. Humillados en las relaciones interpersonales. Hay dichos populares que ofenden a estas buenas personas. Como muchas expresiones que mencionan la palabra “indio”, en tono despectivo; también esto pasa al subconsciente –o consciente– casi colectivo, y se expresa en costumbres y actitudes. En formas del lenguaje. Este dolor aparece también en canciones populares.

Ese dolor lo han sentido, a su vez, los chilenos en el exilio, como lo ilustra la última estrofa de esa canción, compuesta por un exiliado, que se popularizó hace unos años en el país “Cambia todo cambia”:

“... Pero no cambia mi amor
por más lejos que me encuentre,
ni el recuerdo ni el dolor,
de mi pueblo y de mi gente.
Y lo que cambió ayer,
tendrá que cambiar mañana,
así como cambio yo
en esta tierra lejana...”.

Y es en esta parte del recorrido cuando recuerdo que hace unos 18 años atendí en la comuna de Recoleta a un emigrante gallego, Manuel Pavón, en su enfermedad terminal. En conversación abierta y amistosa decía: “Ahora tengo el dolor de esta enfermedad, pero durante toda mi vida llevé sobre mí el dolor del emigrante”.

Escuché recientemente a un joven matrimonio que había emigrado desde el sur de Chile a esta ciudad de Santiago en busca de trabajo: “Nos han mirado mal muchas veces porque venimos del campo y porque pertenecemos al pueblo mapuche; cuando nos casamos y

fuimos a hacer los documentos a una parroquia una persona que estaba en aquella oficina se burlaba de nuestros apellidos... No queremos que nuestros hijos pasen por lo que nosotros pasamos”.

Familiares míos y parientes habían emigrado a Argentina, la mayor parte de ellos a Buenos Aires. Los primeros años de mi estadía en Chile, en vacaciones, los iba a visitar; en largas horas de conversación pude comprender muy bien su dolor, que tenía las mismas dimensiones que su propia vida. La manzana de casas en la que vivían algunos de ellos se componía en su totalidad por gente que venía de Galicia o de Italia. Los visitaba a todos y con calma. Por ser yo presbítero de la Iglesia, y a la vez emigrante como ellos, hablaban con gran libertad y confianza. Como verdaderos hermanos. Pedimos a Dios la bendición de sus casas. Un hombre de mucha edad, de apellido Couso, me decía que su deseo era que su funeral se hiciera igual que en sus antiguos campos gallegos; y con la lengua de antes (el latín), que él no entendía pero para él era lo que correspondía. En Buenos Aires –según él– “no sabían hacerlo”; en Buenos Aires no había os cruceiros, símbolos religiosos de los campos gallegos.

Posteriormente, emigró gran cantidad de chilenos a la Argentina debido a la situación por la que pasó Chile en el régimen militar, y también para buscar trabajo. En la nación vecina tenían algunas organizaciones de chilenos, donde había varios bien conocidos míos: habíamos hecho juntos, antes, labores de pastoral. Entre ellos tenía un ahijado y un compadre, quienes me pidieron que tuviéramos una celebración religiosa, el 18 de septiembre, para dar gracias a Dios por la nación chilena y para pedir que mejorara la situación en que se

encontraba. Era día de Fiestas Patrias, durante los años '80. Convocaron al acto religioso, en el barrio La Boca, a muchos emigrantes chilenos y también llegaron otros de distintos orígenes.

A la hora de la homilía les di la palabra para comentar el Evangelio, como acostumbro. Vencido el primer temor para hablar en un acto religioso, comenzaron a dar diversas opiniones sobre las Sagradas Escrituras, pero también sobre la trágica situación de la nación chilena y de su propia realidad: muchos ni siquiera podían visitar a sus familiares, porque corrían serios riesgos. Estaba en su apogeo el gobierno militar. Un anciano emigrante italiano del sur de Italia, mostró en su mano una pequeña escultura de San Roque. En el campo donde él había nacido y crecido en Italia, tenían grandes celebraciones y fiestas en su honor. Dijo: "Tengo una vida entera de emigrante aquí en Argentina donde lo más duro ha sido la soledad; pero este santito patrón fue mi compañía". Quizá lo de "patrón" no es el lenguaje más adecuado para hablar de los santos (el Nuevo Testamento habla mucho de los santos, pero jamás les llama patronos), pero era lo que él sabía, tenía y veneraba. Fórmula religiosa del hombre pobre, sencillo y emigrante. En la homilía hablamos también del Israel bíblico exiliado en Babilonia, según el Salmo: "¿Cómo podré cantar los cantos de Sión en tierra extranjera?".

Estábamos a unos metros de distancia del antiguo puerto llamado La Boca del Riachuelo por donde históricamente habían entrado masas humanas de emigrantes que poblaron la República Argentina. Uno de los que animaba el canto en aquella celebración opinó también sobre un antiguo conjunto musical argentino. Antiguo y

famoso, que en su tiempo le llamaron Los de la Raza. Uno de sus temas cantaba las historias de dolor de una joven gallega que, buscando trabajo, habría desembarcado en aquel puerto un 12 de abril. Fue la última canción de aquel acto religioso.

En este momento de recuerdos fragmentados sobre quienes deben partir lejos, viene al caso evocar los versos de Rosalía de Castro. Y es que en la ciudad de Santiago de Compostela, capital de la Autonomía Gallega, en un jardín llamado A Ferradura hay un monumento a la poetisa de aquella tierra, quien canta el dolor del emigrante en su lengua, que es mi lengua:

“¡Adiós gloria! ¡Adiós contento!
¡Deixo a casa donde nacín
deixo a aldea que conozo
por un mundo que non vin!

Adios, adios, que me vou
herbiñas do camposanto,
onde meu pai se enterrou
herbiñas que biquei tanto.

Terriña que nos criou,
Adios tamen queridiña...
Adios por sempre quizais...

Dígoche este adios chorando
Desd’a veiriña do mar
Non non m’olvides queridiña,
si morro de soida’s...

Tantas leguas mar adentro
¡miña casiña, meu lar!

LA MARCA DEL CONCILIO VATICANO II

CAPÍTULO III



LA MARCA DEL CONCILIO VATICANO II

La Iglesia Católica en Chile, en esa época en que llegué, tenía prestigio nacional e internacional, a pesar de su escasez de agentes evangelizadores. Estaba abierto el Concilio en Roma. Las intervenciones del episcopado chileno en la asamblea conciliar eran de gran importancia, particularmente la de los obispos de Talca, Manuel Larraín y de Santiago, el Cardenal Raúl Silva Henríquez¹⁹. El testimonio del apóstol jesuita, fallecido en 1952, Alberto Hurtado, había influido en todo esto. Los movimientos apostólicos, sobre todo los especializados, eran una gran esperanza.

Un Sínodo²⁰ en Santiago en 1967, poco tiempo después de terminar el Concilio Vaticano II, fue muy oportuno. Una experiencia de “comunión y participación”. Tuvo influencia en la mayor parte de Chile, y aún en el

¹⁹ El cardenal Raúl Silva Henríquez (Talca, 1907- Santiago, 1999) fue una figura clave en la vida de Chile desde 1962, cuando asumió como arzobispo de Santiago, cargo que ocupó hasta 1983. Fue el fundador, entre otras organizaciones, de la Vicaría de la Solidaridad. Recibió el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia en 1986. El papel que jugó bajo el régimen militar fue determinante en la defensa de los derechos humanos.

²⁰ La palabra Sínodo, proveniente del latín *sinodus*, y ésta a su vez del griego *σύνδοκος*, es una palabra compuesta de las palabras “sin”(σύν) y “odos” (ὁδος), que literalmente en el griego koiné (o popular, que hablaba el pueblo, a diferencia del clásico de los filósofos), literalmente significa en español “caminar juntos”.

extranjero. El *aggiornamento*²¹ de Juan XXIII caminaba en Chile. Esta renovación eclesial ya había comenzado antes del Concilio, entonces éste parecía llegar como anillo al dedo.

Había asumido el gobierno el demócratacristiano Eduardo Frei Montalva, con un programa que inició con fuerza la reforma agraria. Los primeros en hacerla fueron el Arzobispado de Santiago, y el Obispado de Talca. El testimonio impactó a la nación. Los mismos obispos estimularon el sindicalismo campesino chileno. Era novedoso y esperanzador, dada la fama tradicional, justa o injusta, de que “la Iglesia estaba con el latifundio” o “con el mundo del dinero”. No faltaron en este movimiento reformista los militantes de movimientos cristianos obreros, campesinos, universitarios.

Cuando era estudiante de los últimos años de Teología en Salamanca, pensé desde el primer instante que el Concilio implicaba un cambio drástico, sumamente positivo y necesario para el futuro de la Iglesia. Así lo percibió la mayoría de los integrantes de mi generación. Era un milagro de Dios, porque el Concilio hablaba y planteaba temas que nosotros queríamos que se plantearan.

En Salamanca nos sentimos apoyados por el Concilio en curso. Se parecía, en pequeño, a lo que Pío XII había dicho: “En la Iglesia debía haber opinión pública”. El Concilio era un excelente ejercicio de opinión sana y abierta en la Iglesia entera. Equilibrar bien la unión y comunión con la autoridad eclesial y tomar la palabra para expresar el propio sentir era un desafío de mucho valor.

²¹ *Aggiornamento* es un término con el que también se reconoce al Concilio Vaticano II.

Con el Concilio desapareció el latín –que nadie entendía– de la liturgia y se empezó a celebrar en la lengua del pueblo cristiano. Se abrió también la posibilidad de una mayor presencia de la Asamblea en la liturgia, un mayor sentido de Iglesia en la misma acción litúrgica, con el fin de que la presencia del presbítero no fuera tan autoritaria. Tenía que producirse un cambio hacia un menor autoritarismo del mundo eclesiástico que hasta la fecha hablaba de una Iglesia muy jerarquizada. Siempre la Iglesia tendrá que tener autoridad, alguien con ese carisma; tendrán que existir obispos y párrocos y el Obispo de Roma, cabeza del cuerpo de los obispos. No se trata de alterar esta estructura fundamental, pero puede haber más o menos centralismo; más autoritarismo o una autoridad más moderada que tome en cuenta los dones que Dios ha dado a todo el pueblo cristiano. Esto no se mide con una frontera tan definida, pero es real. En este campo, la Iglesia ha mejorado con el Concilio.

Participación de los laicos

El laicado hoy, en todo el mundo, tiene atribuciones y responsabilidades que no tenía antes del Vaticano II. Sin embargo, en este rubro en concreto falta todavía un camino largo por recorrer. Creo que ha habido una ruta pendular. Hay marchas hacia delante y hacia atrás, y es por eso que la gente se queja y comenta muchas veces en distintos lugares que en tal y cuales partes el párroco es muy autoritario, mientras que en otras es más fraternal y toma más en cuenta a toda la Asamblea, a las comunidades y al pueblo cristiano. Hay presbíteros que consideran las formas de pensar diversas y que

éstas ofrecen también sus aportes, que no son sólo buenos, sino que también imprescindibles.

Se ha avanzado en esto, pero también se ha retrocedido. Y, de repente, en alguna parte, aparece algún obispo sobre el que suele decirse “es de corte pre-conciliar” y en otros lugares se ven obispos que son sumamente atentos a la voz de la gente y tienen un espíritu más fraternal que autoritario. En este punto, el Concilio consiguió mucho, pero no se está cumpliendo todo lo que pidió. Se ha hablado y se habla de una Iglesia de comunión y participación, y en muchos lugares es así. La Iglesia, las comunidades y el pueblo cristiano y sus presbíteros han llegado a tener una relación de comunión: han logrado la unión de los hermanos en Cristo, donde el presbítero o el obispo es un hermano más, o debiera ser, lo mismo que el párroco.

Después del Concilio, esta comunión y participación ha mejorado, pero no lo suficiente, y en algunos lugares no se avanza. Esto es doloroso, pero real. Para el caso de Chile se despertaron grandes expectativas y esperanzas. Y en todo el mundo. Al positivo impacto en la liturgia se sumó el llamado que el Concilio hizo a los laicos y su respuesta, a ser activos en la Iglesia y en la sociedad.

Las parroquias pasaron a tener consejos laicales de Pastoral. Se descentralizaron las parroquias muy grandes. Aparecieron las “capillas”, Comunidades Cristianas de Base (CCB) y las Comunidades Eclesiales de Base (CEB); particularmente importantes eran las CCB en sectores populares. En aquella parroquia primera que yo atendí –San Diego de Alcalá–, tuvimos varias con muy

buenos frutos. Una de esas comunidades se llamaba Génesis, y está activa hasta hoy, después de algo más de 42 años.

Junto con instaurar una forma nueva y mejor de catequesis, tras el Concilio se impulsó una Pastoral juvenil con carácter prioritario y una Pastoral permanente para enfermos a cargo de grupos de laicos, con el desafío de evangelizar a los enfermos y familiares. Se nombró también a los primeros diáconos. Y se valoró la participación de católicos de comunidades cristianas en organizaciones sociales: en agrupaciones vecinales, sindicatos, organizaciones de Derechos Humanos; en el movimiento de reflexión teológica sobre liberaciones históricas; y la presencia y actividad en el mundo político.

Fue muy importante el acceso del laicado obrero cristiano a la Palabra, al Evangelio; no es que los sectores no-pobres fueran excluidos. No. Por el contrario, tenían acceso. Es que los excluidos, los insignificantes, conocen ahora la Palabra. Se reúnen, ponen en común su dura historia, sus hechos de vida y los iluminan con la Palabra. Y la Palabra los ilumina a ellos. “En la Palabra está la Vida, y la Vida era la Luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas”, en particular en la oscuridad de los empobrecidos. “Las tinieblas no pudieron vencerla”²².

Juan XXIII había hablado, en momentos solemnes, de la Iglesia de los Pobres. Y también muchas otras personas de alta significación. Deseo transferir aquí un párrafo de la “Encíclica Laborem Exercens”, de Juan

²² Jn, I, 1-5.

Pablo II²³. Después de llamar a la solidaridad, allí donde se da la “explotación de los trabajadores”, señala: “La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres”. También Juan XXIII en la Encíclica *Pacem In Terris*²⁴, afirma que para el bien común y la justicia social era bueno que trabajaran juntos católicos y no católicos. Marcó la historia. En la reciente Encíclica de Benedicto XVI, *Dus Caritas Est*²⁵, el Pontífice afirma que está de toda actualidad la Enseñanza Social de la Iglesia.

Las acusaciones hechas a los movimientos de cristianos por estar a favor de los cambios sociales han sido injustas. Tales acusaciones no fueron acordes con el Evangelio. Sin embargo, hubo deficiencias, a mi entender, y lo Trascendente de Dios –la Esperanza cristiana– quedó a veces un poco de lado. Por algún tiempo, la energía se centró en estas esperanzas históricas, siempre muy importantes, pero se fue olvidando la Esperanza.

Entre obreros

Eran tiempos de muchas esperanzas, iniciativas, cambios, generosidad; también de algunos desaciertos.

²³ Carta Encíclica del Papa Juan Pablo II en el 90º aniversario de la Encíclica *Rerum Novarum*, promulgada el 14 de septiembre de 1981. Está dirigida a los obispos, a los sacerdotes, a las familias religiosas, a los fieles católicos y a todos los Hombres de Buena Voluntad.

²⁴ La Encíclica *Pacem in Terris* es la segunda de las dos escritas por el Papa Juan XXIII. Publicada el 11 de abril de 1963, celebración del Jueves Santo. Justicia, paz y seguridad son los temas centrales que trata.

²⁵ *Deus Caritas Est* es la primera encíclica escrita por el papa Benedicto XVI. Fue promulgada el 25 de enero de 2006 en ocho idiomas (latín, español, inglés, francés, alemán, italiano, polaco y portugués). Esta encíclica versa, en un total de 42 párrafos, sobre los conceptos del eros (amor sexual), agape (amor incondicional), logos *λογος* (la Palabra), y su relación con las enseñanzas de Jesucristo.

Por esto que en Chile y fuera se iniciaron experiencias de inserción pastoral y estilo de vida en los medios y poblados más pobres del cinturón que rodea la ciudad. Lo mismo en otros lugares. Un ejemplo es el de los curas obreros; igual que en países extranjeros. Fue una intuición misionera de la más alta importancia la de los clérigos trabajando para su subsistencia en los trabajos más modestos, soportando la injusticia en los salarios, como los demás obreros.

Notable fue verlos acompañando a sus sindicatos para conseguir algún derecho, la mayoría de las veces elemental; conociendo esa realidad desde dentro, y viéndola en razón de su Fe cristiana y de su deseo de seguimiento a Jesús de Nazareth, hijo del carpintero. Algunos ya fallecieron, después de dar ese testimonio: Ignacio Vergara S.J., Roberto Levegue, Juan Alsina y Antonio Llidó en los campos alrededor de Quillota, entre otros. No menciono los que aún viven entre nosotros, y también fuera de Chile.

Su testimonio misionero ha sido muy importante. Un acontecimiento de alto impacto mediático nacional e internacional, fue el movimiento de los Cristianos por el Socialismo. Lo componían católicos laicos, clérigos, religiosos y religiosas y no faltaron tampoco integrantes que provenían de otras iglesias cristianas. Los movía el afán de justicia social y solidaridad con las víctimas de la situación económicas injusta, la espiritualidad de Nazareth y una forma algo olvidada de ser Iglesia. Yo no fui parte de este movimiento en razón de que en las comunidades y parroquias que atendía existía amplio pluralismo en las formas de pensar en el campo político. En mi caso, no deseaba crear división en el pueblo cristiano que me correspondía servir.

Cristianos por el Socialismo fue criticado desde los medios de comunicación poderosos de la sociedad y también lo fue por sectores de la propia Iglesia, a la vez que recibía gran aprobación por otros canales más modestos. No voy hacer un análisis de ese acontecimiento. Otros lo han hecho o lo harán en el futuro. Solo menciono un punto importante, que se relaciona con esta publicación: contribuyeron positivamente a que la opinión pública entendiera que no toda la Iglesia estaba unida o sometida a los enriquecidos de este mundo, porque ese maridaje se había denunciado durante la historia en Chile y en el extranjero. Contribuyeron a que se desvaneciera tan perniciosa idea. Fue, por esto, de gran contenido misionero.

Como en mi casa

Destinado a San Diego de Alcalá, trabajé con gran cantidad de poblaciones, con varias docenas de miles de personas. Además, crecía con nuevos barrios, que venían añadiéndose a la misma parroquia. Le ayudaba a un párroco, quien ya había convocado a varios laicos para un compromiso de actividad apostólica. Tenía que formarme, conocer a los laicos, a familias, las diversas barriadas que componían la inmensa parroquia. Un poblado nuevo al que estaban llegando las nuevas familias. Este solo poblado comenzó con cinco mil viviendas. Al llegar sus moradores a sus nuevas casitas me hacía presente; les informaba dónde estaba la parroquia, los servicios que prestaba; les expresaba que estábamos dispuestos a hacer catecismo a niños y padres. Conversaba con jóvenes, adultos y ancianos. Aquellos que alguna vez, en otros lugares, habían tenido alguna actividad

de Iglesia, anotaba sus nombres y direcciones postales, para luego iniciar la correspondiente pastoral. Pedíamos prestadas salas de las agrupaciones sociales hasta que más adelante, junto con la comunidad, hacíamos capillas. Importantes eran en esos momentos los movimientos de Acción Católica especializada, particularmente en el mundo obrero.

El vicario pastoral de la época, Gabriel Larraín, aconsejaba a quienes veníamos del extranjero, que visitáramos Chile: el Norte, el Sur; su cordillera, su inmenso mar, sus gentes, su pueblo o sus pueblos. Buen consejo. Eso procuré hacer. La geografía de esta nación está dotada de una belleza y variedad que impresionan. Me encontré viviendo en medio de un pueblo modesto y sencillo; quizás por esto mismo, altamente solidario y acogedor. Un detalle: el cuerpo de bomberos, contra incendios, eficiente, y todos voluntarios. Nadie cobra sueldo alguno por apagar incendios; parece que es único caso en el mundo. Igual prestan su pronta ayuda cuando haya terremotos o inundaciones.

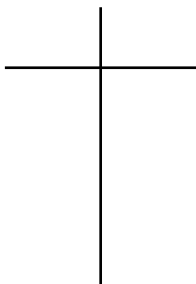
Cuando un niño queda huérfano es inmediatamente adoptado por familias a la vez muy modestas. Menciono un caso como tantos por mí conocidos y recientes: una madre de cuatro niños chicos abandonada por su marido, francamente pobre: tomó un niño sin padre y lo crió como suyo: no se preocupa de legalizar tal adopción; no tiene tiempo para esas diligencias, ni dinero para cancelar los gastos que demandan. Así no más. Su dicho es: “Nunca a nadie le falta Dios”. Y no falta.

En medio de este pueblo trabajador y modesto, sencillo y solidario, aunque en gran medida “como ove-

jas sin pastor”, me sentí como en mi propia casa. Fui muy bien recibido. Para mí, una verdadera familia. Se hizo verdad aquí también un canto popular chileno que dice: “Verás como quieren en Chile al amigo cuando es forastero”. Una fraternidad espontánea como algo conatural a este pueblo. Aquel sector amplio, que abarcaba aquella parroquia, la considero hasta hoy mismo, como lugar de mi nuevo nacimiento en Chile. Los que allí eran entonces de mi generación y más jóvenes, nos sentimos profundamente hermanos hasta hoy.

EL GOLPE Y LAS CRUCES RETORCIDAS

CAPITULO IV



EL GOLPE Y LAS CRUCES RETORCIDAS

Hacia comienzos de la década del '70, la tensión política que había en Chile alcanzaba inevitablemente a la pastoral de la Iglesia y a sus comunidades. En algunas parroquias y capillas quienes eran partidarios de uno de los bandos encontraban dificultades para participar. En septiembre de 1970 había sido elegido Presidente de la República Salvador Allende, militante socialista, con el apoyo de la Unidad Popular, como se llamaba la agrupación de partidos de izquierda.

Muchos presbíteros y agentes de pastoral, teníamos muy claras las inconveniencias de la abanderización partidista y tratábamos en la mejor forma posible buscar la paz entre los vecinos. Nos encontrábamos con problemas, llamémosle, teológicos. Se necesitaba un cristiano equilibrio, para valorar y aun fortificar la identidad de la comunidad cristiana, y, a la vez, que ésta fuera servidora, particularmente en el mundo político.

Para ilustrar lo que digo, menciono una pequeña anécdota: cuando ya estaba muy polarizada la actividad pública, un grupo de jóvenes de uno de los bandos

apedreó una noche la casa de una familia que militaba en el otro sector: les rompieron todos los vidrios. En la mañana siguiente vino el dueño de casa a verme; pensaba que algunos de los muchachos violentos pertenecían a las comunidades juveniles de la parroquia. No se equivocaba; algunos lo eran. Hablé luego con unos y otros jóvenes: acordamos que varios de ellos, de ambos bandos, junto conmigo, visitaríamos a la familia; les pedimos disculpas. Les ofrecimos comprar los vidrios y también colocarlos debidamente. Lo cumplimos.

El 10 de septiembre de 1973, el ambiente estaba tenso. Un joven que había estado antes en una comunidad juvenil parroquial y había ingresado al servicio militar en una rama de las Fuerzas Armadas me visitó esa tarde. Me pidió en secreto que fuera a decirle a su mamá que al día siguiente no enviara a sus hermanos chicos al colegio, porque “algo” iba a ocurrir esa noche. Lo noté muy preocupado. El era ayudante o guardaespaldas de un uniformado de alta graduación, y él le había contado; además, el soldado estaba citado por aquel alto jefe a un lugar determinado a una hora inusitada: las cuatro de la madrugada. Cumplí con el pedido. Fui a su casa, recomendé lo de los niños, como cosa mía y aproveché para advertir a otras dos o tres familias.

Pero ahora quiero ir un poco más atrás para que se entienda el clima de esa época. En tiempo del gobierno del Presidente Allende atendía la Parroquia de San Diego de Alcalá. En la noche del 6 al 7 de mayo de 1971, a las cuatro de la madrugada, quemaron el templo parroquial. Los bomberos informaron del siniestro afirmando que había sido intencional, ya que encontraron restos de mecha y un tarro de bencina. Según ellos

eran pruebas claras de la intencionalidad culpable del incendio. Lo mismo opinó Carabineros e Investigaciones. Esa versión fue la que apareció en los medios de comunicación.

Había muchas tensiones en el país durante esa época y por eso venían a visitarme dirigentes políticos de aquel barrio de las distintas tendencias. Todos como vecinos ofrecían su colaboración para construir el nuevo templo. Pero a la vez, lo de determinado sector político me expresaban que debería examinar bien si quienes habían quemado la iglesia no habrían sido de los otros grupos, porque, según ellos, eran tradicionalmente contrarios a la iglesia. Pero estos últimos, que igualmente me visitaban, y deseaban colaborar en la nueva construcción, también manifestaban sus presunciones aunque en sentido contrario.

El Cardenal Raúl Silva Henríquez, el primero de mayo de aquel año, había asistido junto a las autoridades de la nación a la concentración obrera convocada por la Confederación Unitaria de Trabajadores (CUT). Por eso, según ellos, habrían venido de noche a quemar la parroquia como venganza. A unos y a otros les señalé que no había dato alguno para pensar que alguna de esas personas o entidades fueran los culpables. Yo les dije que estuvieran tranquilos y en paz por ese lado.

Al margen de lo anterior, pensaba que una determinada persona podría haber sido. A algunos laicos colaboradores se les pasó por la mente la misma persona. No había argumentos contundentes; no era prudente hacer una demanda. Conocía a la modesta familia de esa persona. Una demanda hubiera sido catastrófica para ellos.

Unos 18 años después, fue aquella persona a visitarme a otra parroquia a la que yo había sido destinado. El mismo de quien habíamos sospechado me pidió perdón por haber quemado la parroquia. Cuando fue el atentado incendiario él tenía unos 23 años. Llegaba a algunas comunidades de jóvenes, venía a conversar conmigo de los más variados temas o acontecimientos del momento. Conmigo se relacionaba bien, pero con otros miembros de la comunidad tenía actitudes de agresividad verbal e intolerancia, derivada de su participación en las tensiones políticas que se vivían en esos tiempos.

En mayo del año 2005, lo encontré en el Santuario de Teresa de Los Andes; se acercó a saludarme y expresó que le gustaba ir una vez al año a orar a ese santuario. Me recordó los acontecimientos antiguos con una emoción especial por el hecho de no haber sido demandado. Pero más importante es que tiene bien atendida a su familia y su trabajo. A sus hijos trata de aconsejarles un sentido cristiano de la vida.

El estruendo de las bombas

En la mañana del martes 11 de septiembre, fui a la casa de unas hermanas para celebrar la misa en una capillita en calle Tronador, en la población El Carmen, de Conchalí. Al terminar se oyó un potente estallido que remeció la capilla y la casa. Estaban cerca las antenas de una emisora partidaria del gobierno y la bombardearon en forma espectacular. Por una radio se transmitió el primer bando militar. Alcancé a escuchar las palabras de Allende por otra emisora, mientras el estruendo de las bombas continuaba.

Entendí entonces que estallaba una guerra, un golpe. Se me vinieron a la memoria los episodios de la Guerra Civil española. Bombardearon Asturias, que no estaba muy lejos de donde yo vivía. A la caída de la tarde se oía, como en lontananza, el ruido de los bombardeos. Recuerdo muy bien el día en que empezó en España la violencia bélica. Incluso cuando mandaron a decir que uno de mis hermanos había muerto y llamaron a los curas para hacer el funeral en mi casa. Esa misma noche salieron mis padres y mis hermanos a conocer más noticias. Ahí supieron que él había quedado bajo los escombros debido a un bombardeo. Cayó herido, pero no había muerto. Entonces hubo que suspender todo proyecto de funeral.

Y ese día del Golpe de Estado en Chile todo eso volvía a mí. Las imágenes del día que se inició la guerra civil en mi vieja tierra, siendo yo niño. También el primer momento de la Segunda Guerra Mundial, en 1939. Recordaba y recuerdo muy bien las dos fechas. Ese 11

de septiembre sobrevinía como otra fecha oscura. Era una verdadera calamidad para el pueblo. Lo sentí así desde el principio.

Dejé de lado lo que ese martes 11 tenía previsto hacer, y salí por si alguien necesitaba mi presencia. Divisé al director de un colegio que formaba los niños para entrar a las clases, pero los mandó a su casa rápido de regreso. Por la plaza Unesco caminaba un joven vecino mío muy conocido que militaba en un partido político. Lo llamé y le dije que si se sentía en peligro él, sus familiares, o amigos, a quienes también conocía, se vinieran a la casa parroquial. O se quedaran en la noche en las salas de reuniones. Habría algunas frazadas para echarles encima. Me dio las gracias y añadió que en ese momento lo que había que hacer era “parar el fascismo”, por lo cual iba al local de su partido a buscar instrucciones, o eventualmente medios para defenderse. Supe poco después que en el local no encontró nada más que papeles rotos y destrozados.

Más tarde otro vecino me fue a buscar para ir a orar a casa de una familia en la que había fallecido uno de sus miembros. Quedaba por la barriada llamada Arboleda, un sector ubicado entre Independencia y la Panamericana. Tenían que ir al cementerio. Me llevó una señora en un auto, en el que iba también otro vecino. Ambos conocidos míos. Comenzaron a discutir dentro del vehículo porque pensaban distinto en relación con lo que estaba ocurriendo. Traté de persuadirles de que no era el momento para pelear, sino de ayudar a quien pudiera necesitarlo. En la casa del fallecido, mientras cantábamos el Salmo 130, bombardearon más antenas de emisoras, que estaban cerca de ese lugar. Del canto

se pasó al llanto. Lloraban por su ser querido, por el estruendoso ruido de las bombas, porque no sabían si podrían partir al cementerio en aquel estado de cosas. Por todo.

Más tarde fui caminando, por la población “Juanita Aguirre” en Conchalí. Unos me preguntaban si sabía algo más, si tenía más información que lo que ellos escuchaban. Otros lloraban. No faltaban algunos que estaban eufóricos. En algunas casas me invitaron a entrar y me pedían la bendición de Dios para sus hogares. A través de comunicados de radio, las Fuerzas Armadas ordenaban poner banderas chilenas en las viviendas. En los locales de Iglesia, no las pusimos. Bastaba la Cruz.

Bajo toque de queda

No tardaron mucho tiempo unos jóvenes en recordar mi ofrecimiento. Sentían miedo en sus casas; podrían venir a buscarlos, como pasaba con tantos otros. Sobre todo de noche. Antes del toque de queda venían con sus frazadas, y se quedaban a dormir en las salas de la parroquia. Una noche, pasadas las dos de la madrugada, llamaron a mi puerta. Era una patrulla militar comandada por un capitán. “Venimos a allanar²⁶ esta casa, la iglesia y toda esta manzana”. Tuve temor por los jóvenes que estaban en las salas parroquiales. Le aseguré al oficial que ellos no eran violentos. Yo respondía, les dije. Los militares me hicieron caso, firmaron algunos papeles y se despidieron cortésmente. Después de un tiempo, ya nadie podía quedarse en salas parro

²⁶ En esos días se hizo popular el término “allanar” como sinónimo de “registrar” un lugar por parte de los organismos policiales o los agentes de seguridad.

quiales, porque podía ser más peligroso que permanecer en otras viviendas.

Durante las primeras semanas después del Golpe había “toque de queda” gran parte del día. Nadie podía salir a la calle. El riesgo era que le dispararan a uno, pero yo salía igual. En ese período llegó hasta mí un matrimonio vecino y me planteó una situación grave: su hijo joven, había salido temprano de la casa y no había regresado. Ellos se sentían muy mal y con razón; pensaban lo peor. Tenían esperanzas en que desde la Iglesia se pudiera hacer algo. Oramos, pero había que hacer algo más. Nos preguntábamos qué podría ser.

Unos minutos después me decidí a salir a buscarlo y les dije a los padres que se fueran a su casa. Casualmente aquel joven se iba a casar el sábado de aquella misma semana. La novia también pertenecía a una familia colaboradora de la comunidad. Salí bajo toque de queda con mis documentos y con su expediente de matrimonio en la mano para justificar quien era. Deseaba encontrarme con patrullas militares y pedirles que me informaran dónde podría estar. Si no, pensaba llegar caminando hasta el Ministerio de Defensa.

Enfilé por Independencia con los brazos abiertos: en una mano llevaba un pañuelo blanco, en la otra el expediente matrimonial del joven. Se oían balas y otros ruidos bélicos. Vi venir un vehículo militar a mucha velocidad. Me puse en la parte central de la carretera, levanté más aún los brazos invitándolos a detenerse. Se detuvieron y el oficial a cargo, muy extrañado, me pidió identificación; le dije que era el párroco y le expliqué a quien buscaba. Parece que estaba tan nervioso como

yo. Me dijo que no lo mencionara a él, pero que fuera al faldeo del cerro de Renca.

Llegué hasta los faldeos del cerro ubicado al extremo norponiente de la ciudad. El espectáculo era estremecedor: un grupo de militares y delante de ellos por lo menos dos filas de detenidos, arrodillados y amarrados con alambres a la espalda. Se acercó hacia mí un suboficial muy sorprendido de verme en aquel lugar. Le dije que tenía que hablar con su jefe necesariamente. No detuve el paso. A los otros uniformados les expliqué lo mismo. También les dije que no me devolvería sin llevar conmigo al joven; y si no estaba allí les solicité, me permitieran por sus medios de comunicación hablar con el Ministerio de Defensa... Lo buscaron. Y al poco rato lo encontraron. Era uno de los arrodillados. Me permitieron llevarlo conmigo.

La escena quedó grabada en mi mente. Todo había sido dramático, pero ya en esos primeros días pude ver con mis propios ojos un pelotón de fusilamiento que apuntaba contra jóvenes a sangre fría. Horas después aparecieron 38 cadáveres en la antigua carretera de Quilicura, al lado de un campamento que le decían Elías Laferte. Otros cadáveres aparecieron por Independencia más afuera antes del cerro Portezuelo.

En papel de regalo

Un tiempo después, cuando el toque de queda comenzaba a las seis de la tarde, dos personas de Iglesia me visitaron para pedirme que fuera a buscar urgente a una familia. El matrimonio era conocido en la vida política de la nación. Los dos huyeron porque los buscaban. Se refugiaron en una casa que los acogió en el sector de La Capitanía y Apoquindo, en la comuna de Las Condes. Tenían tres niños en otro lugar, menores de edad. Les dijeron sorpresivamente que ese día, cuando empezara a regir el toque de queda, se practicaría un allanamiento en el lugar donde estaban refugiados. Había que ir a buscarlos.

Ellos tenían dos armas no porque fueran violentos, sino, como explicaron, para asustar a eventuales ladrones: una era de caza y la otra una pistola pequeña, como las que había en ese tiempo en muchas casas. Pedí a una familia vecina y amiga que me llevaran en un auto, rápido, porque el tiempo era justo. Llegamos minutos antes del toque de queda, pero ya había fuerzas militares desplegándose para el registro que iban a hacer. El matrimonio me mostró sus dos armas ¡envueltas en papel de regalo!, para disimular; les dije que mejor me las “regalaran” a mí. Las saqué del envoltorio, diciéndoles: “Son de mi propiedad, yo respondo”. Partimos entre medio de militares; les rogué que me permitieran responder si nos detenían.

Ya con toque de queda corríamos hacia el regimiento Buin, mientras yo recitaba en silencio el Salmo 51: “Piedad Señor en tu bondad”. Entré a la guardia y

entregué las dos armas, diciendo que unos desconocidos las habían llevado a mi casa, cosa que ocurría a veces. Luego fuimos a mi domicilio, y la pareja se quedó dos o tres días, hasta que alguien los introdujo a la Embajada de México, apoyados por el presbítero Rafael Maroto. Sus niños fueron atendidos en otra parte y, al final, toda la familia se reunió en México. Anécdotas como esa hay muchas y numerosos párrocos fueron protagonistas de episodios de esta índole.

Misioneros asesinados

Entre la noche del 18 y 19 de septiembre corrió la voz de que el sacerdote Juan Alsina -quien hasta ese momento era obrero y trabajaba en el Hospital San Juan de Dios- había muerto y habían rescatado su cadáver desde el río Mapocho.

Juan Alsina era catalán y se había preparado en Madrid en un centro de estudios de Teología para América Latina. Vino como presbítero poco tiempo después de que llegué yo a Chile en los años '60. Estuvo en varios lugares, como en San Antonio y en otras parroquias de Santiago. Además, fue asesor espiritual del Movimiento Obrero Acción Católica (MOAC) y vivía siempre en barriadas modestas. El quiso dar el testimonio de ser cura obrero y trabajaba en asuntos de salud mientras hacía ministerio sacerdotal. Tenía muy clara la idea de que el presbítero debe ser humilde, modesto y no “vivir del altar”, como se suele decir, sino de su propio trabajo, de sus manos.

El verano de 1971 fui de vacaciones a la parroquia de Las Rocas de Santo Domingo, que no tenía párroco. Entonces le dije al vicario de la costa que yo iba un mes y aseguraba la celebración del culto en el templo. Alsina estaba en San Antonio. Una tarde estuvimos conversando un rato muy largo sobre el rol de las parroquias, y él decía: “Tenemos que terminar con que esto de la parroquia sea un servicentro donde se va a buscar bencina y no sé cuántas más cosas. Nosotros tenemos que hacer de las parroquias, parroquias misioneras”. Coincidíamos en que debían ser un centro evangelizador desde donde se parte a predicar el Evangelio.

Para el tiempo del Golpe, Juan Alsina trabajaba en la parte administrativa del Hospital San Juan de Dios. Como estaba muy metido en el mundo obrero, estaba muy cerca de lo político y de gente de izquierdas que tenían sus simpatizantes en los sectores más modestos. En 1973 él vivía en San Bernardo. El mismo día 11 de septiembre le aconsejaron que no fuera al Hospital. Él respondió que “quien nada malo hace nada teme,” y se fue a trabajar. Había turnos de noche; en el suyo llegó una patrulla militar. Lo sacaron de ahí y se lo llevaron. Lo llevaron al puente Bulnes, sobre el río Mapocho. Le vendaron los ojos y le ordenaron a un fusilero que le disparara. Supimos después que cuando le taparon la vista para dispararle, Juan le dijo al fusilero: “¿Y para qué me vendas? Si me vas a matar, mátame sin vendarme para que te vea y así le pido a Dios el perdón para ti”. Entiendo que no le quitaron la venda; lo fusilaron ahí y lo tiraron al río.

La Junta Militar calumnió la muerte de Alsina. Cuando el Cardenal arzobispo de Santiago Raúl Silva

Henríquez le planteó la situación al general Augusto Pinochet, éste le dijo que Juan Alsina estaba armado y dirigía un grupo extremista en el Hospital. Le agregó que se subió con un piquete a la terraza justo cuando pasaba una patrulla militar caminando por la calle, y él ordenó dispararles a los militares, entonces ellos se tuvieron que defender y él resultó muerto. Al comienzo, como era todo tan especial en esos primeros días después del Golpe, el Cardenal Silva Henríquez no sé si creyó o dudó sobre lo que le dijeron, pero lo transmitió al obispo de Gerona, España, de donde era originario Juan Alsina, a la familia y al obispado de esa zona, la tierra de Alsina. Muy luego se empezó a descubrir que esa versión era absolutamente falsa. Entonces, el Cardenal Silva Henríquez informó nuevamente a Gerona, a su sucesor, Juan Francisco Fresno, y al clero de Santiago.

El presbítero, también catalán, Miguel Jordá, hizo muchas averiguaciones sobre el caso y sacó libros publicando la verdad sobre el asesinato. Hoy está todo aclarado y hay un proceso en curso. El fusilero está absolutamente confeso y también el capitán que ordenó matarlo.

Apenas se supo del crimen, se hicieron los funerales en San Bernardo Yo no alcancé a ir porque por esos días andaba con los familiares de colaboradores de la parroquia por todas las comisarías, por los regimientos, buscando a los desaparecidos de mi propia parroquia. Pero desde ese día, todos los años, sin falta, el domingo que le sigue al 19 de septiembre, se hace una celebración en memoria de Juan Alsina, en el Puente Bulnes donde se levantó en su memoria un santuario, muy visitado, y donde todos los años se le recuerda. A esa celebración he asistido siempre.

Ahora se reconoce que Alsina fue un mártir de la fe, y un mártir de su tarea como misionero y como cristiano. No sería el último bajo el régimen militar en Chile

La desaparición de Antonio Llidó

Antonio Llidó Mengual, valenciano, llegó a Chile en 1969. Trabajó en el obispado de Valparaíso, en Quillota y sus alrededores, en una zona campesina. Era sumamente querido por las poblaciones. El fue perseguido inmediatamente después del Golpe y debió salir del campo de Quillota. Se vino a Santiago y quiso proteger a gente amiga que huía. Le invitaron a irse a España, pero él afirmó que se quedaba con su pueblo. A finales de septiembre o el 1 de octubre de 1974 –no hay certeza del momento exacto en que desapareció– lo detuvieron en la calle 21 de Mayo, en el centro de Santiago, en pleno día. Fue la DINA. Lo llevaron a la cárcel clandestina de José Domingo Cañas, en la comuna de Ñuñoa, y desde ahí al campo de prisioneros de Cuatro Alamos. Fue espantosamente torturado. Y el 25 de octubre de 1974 lo sacaron con rumbo desconocido.

Las indagaciones actualmente en curso indican que después se lo habrían llevado a Colonia Dignidad, donde lo habría recibido un oficial de apellidos Gómez Segovia. Tal vez su cadáver lo arrojaron al mar.

La familia de Antonio Llidó interpuso, desde Valencia, hace años, una demanda criminal ante un juez del crimen por el asesinato. Pero no pasó nada. Todo terminaba en un sobreseimiento, en un punto final. Después de la detención de Pinochet en Londres y cuando

en Chile el juez Juan Guzmán asumió como ministro en visita, la situación cambió y se abrieron más posibilidades. Entonces, ocho sacerdotes presentamos una querrela criminal. Esos curas son Mariano Puga, Roberto Bolton, Sergio Torres, José Aldunate, Óscar Jiménez y los españoles Vicente Morales, Modesto Núñez y yo.

Antonio Llidó fue misionero igual que nosotros, fue sacerdote igual que nosotros y nos sentimos hermanos. Hay un lazo profundo por nuestra misión apostólica. Y cuando veíamos que ni la familia ni las otras entidades ponían una demanda, lo hicimos nosotros. A Pinochet lo desaforaron por este caso el 8 de noviembre de 2006, un mes antes de morir. Es uno de sus crímenes en los que su muerte interrumpió la acción de la justicia, pero continúa el juicio contra los ejecutores.

Poblete y Woodward

Entre los presbíteros asesinados en esa época está el salesiano Gerardo Poblete Fernández. Nacido en Santiago, había sido enviado por su congregación a Iquique en marzo de 1973. En octubre de ese año, lo sacaron de su casa –junto a un seminarista– porque lo acusaron de espía marxista al verlo un día mirar con unos prismáticos, instalado en la ventana desde el colegio Don Bosco. Lo golpearon, lo mataron y lo descuartizaron y se lo devolvieron a los Salesianos, como si fuera para el matadero.

Casi 20 años después el juez Daniel Calvo llegó a establecer que dos carabineros fueron los asesinos.

El juez Calvo dijo que el sacerdote “fue detenido sin que existiera orden judicial o motivo que lo justificare”, desde el interior del colegio Don Bosco, dependiente de la Congregación Salesiana, junto al seminarista Ricardo Salgado y, ambos, llevados a una dependencia policial”. Según informó el diario *La Nación*²⁷, el juez añadió que “allí fueron interrogados usando golpes de pies, puños, culatazos y otros elementos contundentes, situación que en definitiva en el caso del sacerdote Poblete Fernández le produjeron la muerte”. Salgado logró sobrevivir y ha sido parte importante en el proceso.

Y está Miguel Woodward, quien trabajaba de obrero en una fábrica y fue profesor en la Universidad Católica de Valparaíso. Me relacioné con él en encuentros pastorales.

Woodward era hijo de inglés y de española, pero él nació en Chile, porque su papá tenía un cargo en el país. Fue parte del seminario diocesano y se convirtió en presbítero. Fue párroco de Peñablanca y luego asesor del movimiento obrero. En tiempos de la Unidad Popular se comprometió con la distribución de alimentos, en las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP). El tenía relaciones muy distantes con el obispo de Valparaíso, Emilio Tagle Cobarrubias, que era un hombre sumamente conservador. Entonces, al final Miguel no tenía cargo, ni destino propio como párroco.

El sólo quería dedicarse al mundo obrero y estaba pensando en ello cuando se produjo el Golpe. Lo detuvieron y se lo llevaron al buque escuela Esmeralda, de la Armada. Antes había dicho “no tengo por qué esconderme”. Lo torturaron tan horrorosamente que murió

²⁷ *La Nación*, 20 de marzo de 2003.

camino al Hospital Naval. Su hermana, Patricia Woodward Iribarren, es quien ha impulsado el proceso judicial y presentó una querrela criminal en los Tribunales de Valparaíso. El proceso está en marcha.

Otro de los sacerdotes que mucho sufrió fue Wilfredo Alarcón. Trabajaba en la parroquia de Perquenco, en la Región de la Araucanía, junto a los mapuches. Lo detuvieron el 13 de septiembre de 1973 y lo fusilaron sobre un puente de un río en el sur. Lo tiraron a ese río como un cadáver, pero iba vivo y cuando el agua lo desplazó unos 300 metros se agarró de las matas, subió y sobrevivió. Después se dedicó por muchos años a confeccionar y vender cruces retorcidas. Nunca se recuperó.

Años después, ya en los '80, en el tiempo de las protestas, otro presbítero mártir cayó asesinado: el sacerdote francés André Jarlan. Las balas disparadas desde fuera de su casa lo sorprendieron mientras leía la Biblia, en la población La Victoria.

La Iglesia Católica en cuanto tal no se ha hecho parte en los juicios. Pero hay un grupo de la Iglesia que consideramos que había que conocer la verdad y hacer justicia para que exista verdadera reconciliación. En el caso de Antonio Llidó buscamos a la abogada Fabiola Letelier, y presentamos una querrela. Estos crímenes no pueden quedar impunes.

AL ALERO DE LA IGLESIA

CAPÍTULO V



AL ALERO DE LA IGLESIA

Desde los primeros tiempos del gobierno militar, una parte importante de personas de Iglesia tuvo claridad de lo que se venía encima. Quienes fundaron el Comité Pro Paz, la Vicaría de la Solidaridad y muchos otros que actuaban en silencio, ya tenían conciencia del momento histórico. Sin embargo, había sectores que estaban muy conformes con la nueva situación e incluso en algunos casos minoritarios se mostraban encantados con lo que estaba ocurriendo y no creían que fueran verdaderos tantos crímenes y abusos. Aunque eran los menos, había algunos que mostraban un antimarxismo visceral que no les dejaba razonar ni actuar en defensa de los Derechos Humanos.

Dos o tres hermanos en el ministerio me dijeron que fusilar sin juicio a “delincuentes” y lanzar sus cuerpos al río Mapocho, no estaba tan mal. ¡Increíble! Cuando se llevaron de su domicilio a una dueña de casa, conocida ella y su familia como colaboradores de la Iglesia, visité a un amigo y hermano presbítero; pensaba que él estaba bien relacionado con medios políticos e influyentes en aquel gobierno, y podría quizá conseguir que la liberaran, porque nada malo hacían ni habían

hecho nunca e incluso me invitaron a almorzar a su casa durante unos tres años. Aquel buen hombre me respondió: “Si se la llevaron, por algo será”. De nada sirvieron mis explicaciones. Tenía muy buena voluntad, pero el clima que había le impedía entender.

Más extrañeza me causaba otro hermano presbítero que consideraba que preocuparse por desaparecidos, torturados, expulsados de sus trabajos, exiliados, fusilados sin juicio, era “clericalismo” de mala calidad. El “clericalismo” no es ningún bien, pero no dejaba de sorprender esta descripción de “clericalismo” que evolucionó posteriormente al menos en algún grado.

En abril del año ‘74, en su reunión en Punta de Tralca la mayoría del cuerpo episcopal hizo una crítica oportuna a las actuaciones de las autoridades. Los brutales atropellos a los derechos humanos por parte del gobierno consiguieron unir en su contra a la mayoría del personal de la Iglesia. Las minorías fueron cada vez más pequeñas y menos influyentes.

La dictadura creaba diversos problemas. Como consecuencia de la política económica de Pinochet y sus hombres, creció en la población una miseria extraordinaria; así es cómo uno conoció la tremenda dificultad de ser pastor de cesantes, de personas con hambre, de desnutridos. Ser párroco de gente masivamente asustada y de otra que por pensar de tal o cual forma era perseguida. Uno tenía que aprender cómo anunciar el Evangelio en estas situaciones y clamar al Espíritu Santo pidiendo su Luz.

Una constante preocupación era que las comunidades de base, de adultos, jóvenes, ancianos o niños se reunieran como siempre y avanzaran en el camino de la evangelización. Esto no se podía interrumpir. Las reuniones, en general, estaban prohibidas. Nuestro sentir era que jamás íbamos a pedir permiso para reunirnos en comunidad cristiana, o en labores de Iglesia. Por ningún motivo y menos aún para celebraciones litúrgicas. Nunca lo pedimos.

Recuerdo con dolor que a pocos días de instalarse el régimen militar, caminaba junto a otro párroco por la carretera de Colina. Nos detuvimos en el cerro que llamaban Portezuelo, al lado del camino pero con una vista desde lo alto. En eso estábamos cuando pasó un camión hacia Colina con una carga tremenda: cadáveres. Lógicamente, no sabíamos de dónde venían o para dónde iban. La escena era chocante y deprimente, muy devastadora. La sensación de impotencia no era menor. Recitamos algunos salmos y otras oraciones por aquellos asesinados y también por sus verdugos. Impresiona la muerte injusta y masiva; toda muerte en manos de otros.

Acoger sin preguntar

Cuando nos encontrábamos los presbíteros después del Golpe, solíamos orar por la gente que desaparecía. Pedíamos a Dios que aparecieran. ¿Cómo sembrar la Fe en un país devastado por el dolor? Los teólogos explican lo que ellos llaman los preámbulos de la Fe. Es decir, la Fe necesita aquello que conduce a ella, el camino.

Había personas que golpeaban la puerta de la parroquia, como tantas otras, para salvar sus vidas. Nunca se le preguntó a nadie qué pensaba, si era allegado a la Iglesia, si era existencialista o de filosofía marxista o pragmática. A nadie se le preguntó nada cuando corrían peligro de muerte. Fueron atendidos lo mejor que pudimos. En lo personal, tuve mucho cuidado de que ningún ser humano que huía de la muerte quedara sin atender.

La magnitud de abusos y crímenes hizo que cada vez más gente de Iglesia colaborara en esta tarea de salvar vidas humanas. La colaboración crecía entre parroquias, capillas, agentes de pastoral. Fue quedando cada vez un grupo más chico de presbíteros, o de otros agentes pastorales, que le creían a aquel gobierno. Y parte de ellos era por desconocimiento sobre la magnitud de los hechos; o por residuos ideológicos que no atinaban a dejar de lado. Los que -lamentablemente- siguieron desconociendo la situación, terminaron por perder credibilidad.

¿Cómo ser misionero en medio de todo esto? Lo que yo entendí es que aquello era Misión en el sentido estricto de la palabra. Con algunos perseguidos o fugitivos, era ya como encontrarse con verdaderos hermanos en la fe. Acrecentar la caridad de Cristo. Otros eran alejados de la Iglesia: en ese caso, jamás me adelanté a hacer ante ellos algo así como proselitismo religioso. Jamás. Lo que ocurría era que muchos de ellos planteaban el tema. Si lo mencionaban, lo primero que oían de mí era que estábamos en labores humanitarias: a nadie se le preguntaba por sus convicciones religiosas, o no religiosas. Para este caso era lo mismo. Muy claro.

A quienes recibíamos y dábamos amparo nunca les propuse hacer oración. Pero muchas veces ocurría que quienes no eran nada allegados a la Iglesia y algunos que incluso eran muy contrarios se sentían algo extraños. Y ellos mismos después sacaban la conversación. Y yo frecuentemente les decía. “¿Acaso les pregunté por algo de eso?”.

-No, no, pero es cosa de nosotros-, me respondían y empezaban a pedir disculpas.

-¿Disculpas de qué? Qué tengo yo que ver con la manera de pensar de ustedes. Tú puedes pensar lo que te dé la gana y eso no me preocupa en lo más mínimo-, les respondía.

Y reflexionaba después que en esto también están lo que llamamos los “preámbulos de la fe”.

Pero cuando insistían, preguntaban; otras veces se extrañaban de tener que acudir a curas para escapar de la muerte. Se conversaban largamente temas religiosos, que parece que se volvían interesantes para ello, sin presión alguna. En los hechos esto se convertía, y era en sí mismo, parte importante de la “Misión ad gentes”. En los textos de estudio de las Facultades de Teología, sus autores usaban una expresión técnica y que ya aquí hemos mencionado: los “preámbulos de la fe”, es decir, aquello que está inmediatamente antes de la fe como los peldaños para acceder a la fe Cristiana. Parece obvio que estos pasos o caminos hacia la Fe son parte importantísima de la Misión.

El sentido religioso de la vida o su ausencia aparecía en estas situaciones límite. Un vecino mío, y buen amigo, militante de un grupo político de los que eran

perseguidos, me decía: “Deseo por primera vez en mi vida ir a la Iglesia; pero temo que todos cuantos me conocen van a pensar que no lo hago con sinceridad”. Le dije que ese deseo ya era iniciar el camino; pero si pensaba que lo iban a malinterpretar, era mejor que no fuera todavía. Hay otras formas también de acercarse y apoyarse en Dios, que son válidas. Más adelante iría viendo. Nuestras conversaciones sobre el tema, continuaron largo tiempo.

Dos personas conocidas, que partieron al exilio, al Este de Europa, dieron un excelente testimonio de Fe cristiana en un ambiente de exiliados más bien no creyentes. Personas que tenían familiares encarcelados, o relegados, o exiliados pedían a uno si les hacía alguna oración, en pequeños grupos, o entre sus familiares. Si lo pedían, se hacía.

En los inicios del régimen militar se usaron estadios de deportes –El Estadio Chile y el Estadio Nacional– como cárceles. Un día, en el Estadio Chile, tomaron un grupo de internos ahí retenidos, los subieron a un microbús que no tenía asientos; los pusieron de rodillas y con los brazos amarrados. Ellos pensaban que los irían a fusilar a otro lugar, pero por esa vez, no fue así. Los trasladarían al otro estadio. Uno de ellos, muy conocido mío, estaba en esa situación. El empezó a rezar el Padrenuestro y otros rezos que recordaba; los de al lado querían acompañar su oración, pero varios no la sabían. El rezaba unas cuantas palabras, y los otros las repetían tras él. ¡Un original coro de monjes! Aunque a esta forma tan original de orar no le faltaron problemas: oficiales o suboficiales que iban a cargo no entendieron de qué se trataba todo aquel murmullo. Y los conmina-

ron a callarse. Luego los presos recitaban sus fórmulas en voz más baja. Cuando salieron de aquellos lugares de reclusión, mi buen amigo con dos más vinieron a verme y me contaron esta experiencia.

En la parroquia de El Salto

Durante los primeros cuatro años después del Golpe, vivía en una casa de madera bastante grande. Hasta ahí llegaba gente que conocía y que podía refugiarse en la noche. Había cuatro salas que estaban ocupadas por personas que necesitaban ese alero. Tomábamos ciertos resguardos para evitar problemas. Les pedíamos que no prendieran mucho las luces, y yo mantenía un poco de té y suficiente arroz para darles de comida. Al día siguiente, conectaba a estos alojados con el Comité Pro Paz, la instancia que se creó antes de la Vicaría de la Solidaridad. El Comité empezaba a trabajar para que salieran.

Pero esto duró poco tiempo, porque la casa parroquial empezó a ser vigilada y nosotros comenzábamos a ser “sospechosos”. Entonces hubo que buscar amigos y amigas de mucha confianza, de los que estoy eternamente agradecido. Yo llegaba a casa de una de esas familias amigas y les pedía “téngame a este joven por ocho días”. En privado les contaba la verdad a los mayores, pero ante los niños decíamos que era un compadre que llegó de Antofagasta o de otro lado y no tenía dónde atenderlo en mi casa. Si había un allanamiento, sabían que tenían que responder que el párroco se los había llevado. Durante los primeros seis años era bien

difícil que no tuviera gente “guardada” en casa de amigos. Todo el tiempo había alguien en esa condición.

Entre quienes dieron acogida a los que tenían ser detenidos hubo mucha gente que fue muy contraria a la Unidad Popular. Y era muy eficaz “guardar gente” en esos lugares. Cuando los visitaba y les decía “pasa esto, estas personas no han hecho daño a nadie”, abrían sus puertas y les daban alojamiento. Sólo en una oportunidad tuve una respuesta negativa de parte de unos amigos míos, muy católicos, de un estrato social más bien medio alto. Les pedí, mientras servía a la Parroquia El Carmen de El Salto, que me tuvieran una mamá con dos hijos, unos días, mientras se pensaba qué se hacía y me dijeron que no. Esa vez me quedó un poco de dolor en el alma.

Ella y sus hijos venían huyendo de la CNI. Finalmente, los llevé donde unas hermanas religiosas de El Prado. Y de ahí pasaron a vivir con otras religiosas, a la calle Reina de Chile 0909, comuna de Recoleta. Ahí estuvo la mujer y sus dos hijos hasta que la Vicaría de la Solidaridad pudo hacer los papeles para mandarlos a otro país junto al marido, que en ese tiempo se escondía en otra casa de la misma ciudad de Santiago.

Y el día que se fueron busqué a un cura amigo y dos personas más de mi confianza. Fuimos cinco o seis en un mismo auto; la tomamos a ella y a sus hijos desde el hogar de estas religiosas, y uno de nosotros fue a buscar al marido a la casa donde estaba. Llegamos al aeropuerto. Era el aeropuerto antiguo y subimos los cinco o seis a la terraza a verlos abordar el avión. Y los fotógrafos volvieron con fotos de ellos subiendo

la escalera y éstas se las dimos a sus padres como testimonio de que habían logrado irse. Estos casos eran sumamente comunes.

Un joven que había pasado por grupos prejuveniles de la parroquia tiempo atrás, al desencadenarse aquella represión, no llegó a la casa. Sus padres no lo podían encontrar, y luego pensaron que estaría muerto. Pasado un tiempo me pidieron una misa por él; pusieron día y hora para su celebración. Invitaron a familiares, amigos y personas que estaban en situaciones parecidas. La antevíspera de la Liturgia fúnebre recibí una carta de un pariente mío de Europa; dentro venía otra carta de aquel joven dirigida a sus padres, una nota en que me rogaba que se la diera en sus manos a ellos, cosa que hice de inmediato. El estaba en la Habana, Cuba; y bien. Pero no podía escribirles directamente Cuba-Chile. Les llevé la carta, que produjo escenas especiales; luego me rogaron que igual les hiciera rezos a todos, pero por la alegría, y en una de sus casas. Así se hizo. En la Celebración de la Palabra que hicimos en la casa dando gracias a Dios, tuvo lugar también una breve convivencia. Un hombre próximo a ellos me decía: “Yo no sé rezar, pero esto es lo más lindo que vi. Quiero aprender”.

Me visitó un día un dirigente político de un grupo o partido que deseaba trabajar en la clandestinidad; las autoridades habían declarado ilegales los partidos políticos. Me conocía de oídas. Le habían dicho que uno ayudaba a refugiados y perseguidos igual que otras personas de Iglesia. Me invitó a que me hiciera militante de su grupo político e inmediatamente le dije que no. En tal caso, decía él, “no entiendo que tú ayudes a tan diversas personas –a varias de ellas las conocía– si una parte de

esas personas piensan igual que yo, que no va mucho con asuntos religiosos. Lo mismo digo de la Vicaría”. Le expliqué que lo hacía por razones humanitarias y cristianas, y sin ninguna militancia política. No porque no sea importante la actividad política, sino porque no deseo tenerla en sentido partidista. Nos encontramos otras veces, como buenos amigos. Decía sentirse extrañadísimo de que los curas, que históricamente habían dañado al movimiento obrero y a sus vanguardias, según él, ahora se dedicaban a salvar vidas. Me recordaba episodios de la Revolución de Octubre, de la Guerra Civil española. También le informaba de otros sectores cristianos que habían entendido esos momentos en forma más lúcida, y evangélica; de lo cual él no tenía idea.

Del Buin a la DINA

Durante los primeros meses al llegar el día yo iba al Regimiento Buin en busca de gente del sector que había sido detenida. Y si estaban ahí me los entregaban y volvían a sus casas. Conocía ya a dos oficiales por sus apellidos.

Hasta enero de 1974, llegaban a buscar personas al Regimiento que habían sido sacadas la noche anterior de sus casas, pero después me decían que allí ya no estaban. Un oficial me informó que ellos no iban a detener más. Decían que había otro organismo, que estaba haciendo esa labor y que ellos no conocían su funcionamiento.

Era la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Con ella empeoraban mucho más las cosas. Ni mis car-

tas producían efecto, ni los que llevaban de noche se podían buscar en regimientos.

Un joven amigo que había sido de una comunidad juvenil de la parroquia, se encontraba haciendo el servicio militar en una provincia o región del Sur. Llegó a verme lleno de temor para contarme: lo habían mandado con otros a cargar algunos cadáveres de personas asesinadas, en un camión pequeño para llevarlos a alguna fosa. A él le correspondió hacer aquel “viaje” sentado sobre los cadáveres. Porqué estaba sugestionado o porque estuviera en lo cierto, él afirmaba que algunos de aquellos cadáveres, se movían, estaban con vida. Lo afirmaba y para él fue trágico. No recuerdo si a causa de sentirse enfermo o por otra razón, le dieron unas semanas de permiso, pero aquí estaba otra vertiente de aquella tragedia: no quería llegar a la casa de sus padres, aunque vivían a unas cuadras de mi casa. Pensaba que no debía volver a verlos, después de lo que había vivido. Se culpaba gravemente a sí mismo.

Después de conversar largamente aquel día y el siguiente, y orar juntos, le acompañé a donde sus padres y otros familiares. Me hice invitar a almorzar en su casa con toda aquella familia para poner un poco de alegría ya que su hijo los había venido a visitar. Al partir nuevamente a su regimiento, lo cual no era fácil para él, quedamos en que me escribiría; y si algo similar le ordenaban, le aconsejé que hablara con el capellán que correspondiese a aquel lugar. Creo que no volvió a vivir episodios similares.

“Se llevaron a mi hijo”

Se percibía que pasando los meses los militares más razonables perdían influencia, y se iban imponiendo los más duros, y aun podría decirse crueles. Entrado ya el año 74 la DINA tomó posesión de la represión. Hombres armados y de civil venían a buscar personas a sus casas. La mayoría de las veces durante la madrugada.

Y los familiares de estas personas llegaban asustadas a las parroquias, la mayoría de las veces llorando: “Se llevaron a mi hijo a medianoche”, decían. O al marido, o la hija, o a la dueña de casa. O más de uno a la vez. En el Regimiento Buin me decían que ellos ya no irían a buscar gente; pero “no sabían” dónde la DINA tenía sus “locales”. En Investigaciones tampoco “sabían”. Por otras vías uno trataba de averiguar el lugar donde se encontraban esas casas secretas, para que los familiares trataran de recuperar estos desaparecidos.

Fui a Londres 38 en busca de dos personas sacadas de sus casas. Llamé por largo rato; salieron y me trataron muy mal de palabra, por llamar a aquella puerta. Pasado bastante tiempo se supo que las dos personas estaban en aquel lugar con los ojos vendados. Y luego fueron desaparecidos. Me citaron a declarar varias veces a tribunales, por estos casos.

En los últimos días de julio, en la calle Vascongados, esquina con un pasaje, vivía un matrimonio joven. Un hermano de la dueña de casa vino del sur para buscar trabajo. Lo encontró en un bar del centro de San-

tiago; vivía con su hermana y su cuñado. Un sábado en la tarde estaba parado en la vereda mirando. Vio venir por calle Vascongados un vehículo de fuerzas de seguridad. Le dio temor, entró rápido para su vivienda, pero a los agentes del vehículo parece que no les gustó que entrara tan rápido: bajaron de su automóvil, echaron la puerta abajo, lo tomaron dentro de la casa y lo subieron a su vehículo. Los familiares junto con el secretario de la parroquia, Moisés Salazar, que vivía muy cerca de ellos, vinieron de inmediato a conversar conmigo. ¿Qué hacer? El Comité Pro Paz no trabajaba los sábados por la tarde ni los domingos. Quedamos que el lunes por la mañana, yo iría con ellos allá. Conseguí aquel mismo sábado hablar por teléfono con el obispo Fernando Ariztía. Me citó para el lunes con los familiares.

El domingo, en tiempo de invierno pero con sol, como a las 15:30 horas, vinieron a buscarme con prisa: había llegado a la casa el joven raptado. Pero llegó vestido de mujer y su cuerpo todo molido. Era impresionante verlo, lleno de heridas y golpes, sobre todo en la cabeza; en ella pocos centímetros tendría de piel sana. Era Impresionante. Tratamos con calma de preguntarle lo sucedido.

El joven hablaba poco, estaba muy atemorizado, no coordinaba del todo bien lo que decía. Llamamos a unos vecinos para que lo vieran; pensábamos que debía haber varios testigos. De lo dicho por él se entendía que lo llevaron por El Salto y subieron en ese vehículo por un camino de gravilla, hacia La Pirámide. En esa subida y a mano derecha había unos profundos barrancos. Pudimos entender que en ese lugar lo molieron a golpes, lo lanzaron por una de las laderas; después de quitarle

su ropa y vestirlo de mujer. Sin duda, lo dejaron por muerto. Como al día siguiente, domingo, hubo sol todo el día, puede ser que eso le ayudó a reanimarse. El caso es que salió del barranco y caminó hasta subirse a una micro. Luego, según él, alguien le ayudó a subirse a otra; no sabía bien cómo llegó así a casa de sus familiares. Conseguimos un médico inmediatamente. Se horrorizó cuando lo vio. Dijo que le extendería recetas para tratarlo de urgencia, pero que en su talonario no iba a figurar el nombre del torturado. Puso mi nombre.

El lunes, día siguiente, fui con la familia a ver al obispo Fernando Ariztía, en el Comité Pro Paz. En esos días la prensa de Santiago decía que los homosexuales se mataban entre sí, y “aparecían” cadáveres de hombres vestidos de mujer y muertos en los alrededores de Santiago. Se deducía fácilmente: a quienes pensaban distinto de aquellas autoridades les hacían toda esta comedia para asesinarlos. Aunque en este caso se les quedó con vida. El obispo Fernando Ariztía consiguió que lo admitieran y cuidaran en la casa de Ejercicios de Punta de Tralca. Se fue sanando de las heridas exteriores, pero su mente quedó con un cierto grado de discapacidad.

Estaba por esos días en Santiago una Comisión de la OEA²⁸ que tenía que ver con Derechos Humanos. Sesionaban en el Hotel Crillón. Allá fui a presentar este relato trágico. No sé dónde estará esa documentación. El nombre del joven que sobrevivió era Ricardo Sanhueza.

²⁸ OEA es la Organización de Estados Americanos.

Los Carreño y Mónica Yanka

En la parroquia que atendía teníamos varias comunidades de jóvenes y adolescentes. En una de ellas estaba Iván Carreño Aguilera. La noche del 13 al 14 de agosto de 1974 llegaron agentes de la DINA como a la una y media de la madrugada; entraron violentamente y se lo llevaron a él y a su padre, Manuel Carreño. Su familia nunca más los vio. En los mismos días se llevaron también a otro vecino, Tránsito Aceitón, al señor Pezoa de calle Nahuelbuta y a otros dos o tres más entre los que estaba un señor de apellido Galdámez, de un poblado de al lado. Todos fueron a calle Londres 38 (que hoy es 40), lugar de tortura y muerte de la DINA.

Volvió a su casa el señor Pezoa con quien hablé largamente. También visité a Aceitón posteriormente en Tres Alamos, otro siniestro campo de concentración de la DINA. Al preguntarles por Manuel y su hijo Ivan Carreño, expresaban que no querían tratar el tema, pero porque me conocían a mí, me iban a decir: los tenían con los ojos vendados en calle Londres 38. Un día Manuel Carreño se descontroló y trató con gritos y duros términos a los raptores. Lo molieron a golpes y le arrastraron hacia una especie de patio o local lateral. En un hoyo terminaron de matarlo. Su hijo gritaba por su padre al oír lo que pasaba: le dieron el mismo trato. Lo que no sabían estos testigos era el destino que habrían dado a esos cadáveres. Puse estos hechos en una Notaría de Santiago para que alguna vez hubiera testimonio.

Muchos años después fui llamado a declarar: primero a la Comisión Rettig; luego ante la jueza Dobra

Lusik y ante el juez Mario Carroza. Este último me citó también a un allanamiento que él hizo posteriormente a aquel local de calle Londres, cuando fui observe que, en efecto, estaba la sala que aquellos testigos mencionaban, y al lado un ancho pasillo con un hoyo subterráneo que habría sido hecho para limpieza de automóviles en su parte baja. También hay otro patio. El joven Iván recién iba a cumplir 16 años cuando lo mataron.

En una oportunidad, en pleno proceso judicial, el juez Carroza se hizo acompañar hasta la calle Londres por carabineros, un hermano de Iván, y por mí para que diera mi testimonio. Hicieron abrir la casa y empezaron a registrarla. El juez me interrogaba constantemente y después de unas dos horas, los cuidadores llamaron al director del Instituto O'Higginiano, ya que la casa era la sede de esa entidad, el general retirado Washington Carrasco. Llegó con frases muy violentas contra el juez, un lenguaje militarizado. El juez Carroza lo reprendió y le dijo que si no tenía otro lenguaje le aplicaría la ley. Luego él se moderó y posteriormente expresó su extrañeza de que un clérigo lo acompañara y estuviera declarando en aquel lugar. Se dirigió a mí y me increpó, porque yo iba a declarar esas cosas cuando mi misión, según él, debía ser otra muy distinta.

Le dije a Carrasco que conocía mi misión y que colaborar con la justicia diciendo lo que uno conocía no era nada extraño a mi misión, pero como parece que él usaba su cultura militar solamente no era muy correcta la forma de cómo me trató. Le respondí con mucha contundencia que no usara ese lenguaje conmigo, ya que de seguir usándolo no obtendría ninguna otra respuesta. Cambió el tono de voz y me respondió que él

conocía a algunos sacerdotes, que eran muy distintos y muy buenos, muy diferentes a mí. Le respondí que no le correspondía a él juzgar eso, que no le reconocía ninguna condición de juez.

Durante esos mismos días de 1974, se llevaron desde el cautiverio de Londres a más personas durante la noche. Así fue cómo los agentes de DINA, traían amarrado en una camioneta a Iván para que les señalara dónde vivían amigos o amigas de él. Para raptarlos igualmente. De este modo llegaron a una pequeña calle, llamada “Flor María” de la Unidad Vecinal Anexo Independencia, en Conchalí. Dos adolescentes hermanas de apellido Pareja, fueron sacadas de su casa de noche. Comenzó la búsqueda interminable junto con la familia. Recuerdo un dicho de su padre en su confusión o desesperación: “¿Acaso mis niñas, con su lápiz o cuaderno del colegio serían un peligro para la Junta Militar?” Después de varios días, aparecieron con vida, pero sin deseo de compartir con nadie la situación vivida.

Iba yo en ese tiempo a almorzar a donde una familia amiga, todos los días, en calle Puntagudo. En los primeros días de septiembre del 74, llegué, y todos estaban consternados junto con otros familiares que ahí estaban. La noche anterior, como a las tres de la madrugada, hombres armados y de civil se llevaron a una sobrina de la dueña de casa, llamada Mónica Yanka. Partió la búsqueda y toda clase de averiguaciones. Pero esta vez sin resultado alguno. Hasta hoy es detenida desaparecida.

Anticipo de un doble asesinato

Por ese tiempo, debe haber sido alrededor del 20 de septiembre, un joven de una comunidad me visitó muy preocupado. Un pariente suyo trabajaba en el Ejército y estaba relacionado con servicios de inteligencia. El militar sabía que el pariente que vino a hablar conmigo colaboraba con la Iglesia. Y le rogó que informara a quien correspondiese que se estaba preparando el asesinato del General Prat en Buenos Aires. Que la Iglesia hiciera algo para impedirlo. ¿Qué cosa hacer? Se me ocurrió escribirle una carta al Arzobispo de Santiago don Raúl Silva informándole de esto. Por si él podía hablar con las autoridades e impedir ese desenlace. Le llevé la carta por mano a su oficina. Sin embargo, pocos días después, el 30 de septiembre de 1974, los noticieros del mundo anunciaron su asesinato y el de su esposa Sofía Culberth en Buenos Aires. Aquellas autoridades no le hacían caso al Cardenal. Ni a nadie.

En una oportunidad, por aquellos meses, los presbíteros y religiosas de varias parroquias, entre las cuales estaba La Palmilla, San Diego de Alcalá, El Olivo, y algunas más, invitamos a almorzar al Cardenal Raúl Silva. Le dimos una lista escrita de los casos de detenidos, sacados de noche de sus casas, en los últimos días. El documento incluía varias docenas de nombres: algunos aún no aparecían, otros habían vuelto torturados. El cardenal propuso llevarse aquella lista, y enviarla a la Junta Militar, firmada por él. Así lo hizo; decía que varios de nosotros éramos extranjeros por tanto muy vulnerables. Resultado: mandaron un grupo de oficiales a todos los

domicilios que mencionaba el escrito y de los cuales se habían llevado personas. No les interrogaban sobre los abusos cometidos; sí les preguntaron quiénes eran los párrocos de su sector, y sus nombres.

El general Pinochet, envió a otro general, que era en ese momento Intendente de Santiago, a visitar al Cardenal para decirle que todo aquello eran inventos de los sacerdotes de La Palmilla, del Olivo y de San Diego. El tono de esa visita no había sido muy cortés. Las parroquias de Palmilla y El Olivo, estaban atendidas por misioneros columbanos. El Cardenal y su vicario de Zona Norte se preocuparon por lo que podía ocurrir con nosotros. Llamaron al provincial de los misioneros columbanos, quien les dijo que para ellos era muy fácil: enviaría a Perú a los dos párrocos, y vendrían dos que estaban allá. Solucionado el problema.

Como yo no era religioso de congregación, vino el vicario a decirme que los sectores del campo de la Arquidiócesis eran muy extensos –no había Obispado en Melipilla ni en San Bernardo–, y había mucha escasez de personal. Allá podría ir, lo más lejos posible. Le expresé que no me parecía oportuna la fórmula. Si yo había hecho algo indebido que me dijeran para corregirme. Si mis superiores pastorales no encontraban nada incorrecto, yo no deseaba cambiarme, sólo por calumnias de algunos generales. Otra proposición me hacía: que viajara a España. Le respondí que no era mi deseo.

Me llamó el Cardenal Silva con el cual tuvimos un inolvidable diálogo. Su temor era que pudiera sucederme algo. Me propuso que fuera a estudiar un año a Europa, así me actualizaría en Teología. Le dije que no me

consideraba atrasado; y en el trabajo pastoral nunca me habían corregido. Que si hubiese motivo, me corregiría. Le agradecía que se preocupara por lo que pudiera ocurrirme, pero más habría que preocuparse por los vecinos del sector, que sí corrían más peligro. Le manifesté que como él tenía jurisdicción en el Arzobispado de Santiago, podía exigirme que no ejerciera el ministerio en su Arquidiócesis, cosa que cumpliría de inmediato. Luego yo mismo vería lo que hacía. Pensaba irme a algún obispado de provincias. Me dijo entonces que llegáramos a un acuerdo: yo saldría de Chile cuatro meses; luego volvería a donde mismo estaba. Así se hizo.

Fui a España y luego volví. El día de mi regreso la gente de la población protegió mi entrada al país. Cuatro micros repletas de personas amigas de la parroquia llegaron a esperarme y subieron a la terraza para, por lo menos con su presencia, disuadir cualquier acto que atentara contra mi ingreso.

“Espías” en las parroquias

El régimen desconfiaba de la gente de Iglesia y esto iba en aumento. Los organismos de seguridad quisieron obtener información por medio de “espías” entre las personas de las parroquias, de sectores modestos. Por esta vía lograron detener o amenazar a varios agentes de pastoral.

Pero también estas acciones tuvieron un efecto contrario. Aquel cuerpo de generales y almirantes que gobernaba no entendía mucho de Iglesia: varios de aquellos “espías” iban a contarle al párroco todo lo

que les habían encomendado. También a pedir consejo. Así uno podía saber los planes que tenían, a quién buscaban para detener. Y se podía hacer algo por los perseguidos.

Conocí varios casos de individuos a quienes les habían ordenado que vigilaran o “informaran” sobre tales o cuales personas vinculadas a capillas, comunidades o parroquias. Más curioso aún fue que, al menos en dos o tres ocasiones, les pidieron que me vigilaran a mí: querían saber qué casas visitaba, quién venía a la mía, qué temas trataba con los diversos grupos. Pero los “espías” venían a contármelo ellos mismos, y no sin nerviosismo, a veces con lágrimas. Esto –les decía–, es lo menos importante. Aún más: a algunos les ayudaba a responder su informe. “¡Cuál es el problema! Diga que visito casas de todos: de gente de derecha o de izquierda, o de centro. Que tengo reuniones toda la semana en salas parroquiales, en capillas; que se me ve en horas de toque de queda, visitando enfermos. Ponga todo eso y quédese tranquilo”.

En la Parroquia del Carmen del Salto, donde estuve desde 1977, también teníamos “espías” que informaban a las autoridades sobre las actividades de la parroquia. En algunos casos eran personas que tenían lazos familiares con gente de la comunidad. Algunos de estos informantes me visitaban a mí como para pedir “consejos” y así disimular la labor que les encomendaban o por si acaso yo hablaba algo que les diera motivo para “informar”. Uno sabía quienes eran y de qué se trataba.

En una oportunidad, uno de estos informantes vino a despedirse de mí, porque viajaba al extranjero a cau-

sa de alguna misión que no mencionó. Creía que yo ignoraba su condición de “informante”. Aunque parezca extraño, uno sabía de sus actividades. Esto no impedía que tuviéramos formación cívica, en salas parroquiales, sobre todo para reflexionar sobre lo que pasaba en la nación; venían personas de la Vicaría de la Pastoral Obrera, Solidaridad u otros y así procurábamos estar al día. Era un derecho irrenunciable.

En unos cuatro o cinco casos, al menos que recuerde, invitaron a participar gradualmente en esas labores de la DINA a personas que antes habían sido adversarias del gobierno de Allende. Eran personas de bien. Por esto vinieron luego a encontrarse en contradicción consigo mismas y con su conciencia. Lógico. Pero no les era fácil salirse. Los podrían catalogar de sospechosos o traidores. Las consecuencias no es necesario mencionarlas. ¿Qué hacer? Algunos médicos decían que lo mejor era “enfermarse”; la enfermedad preferida, según ellos, era “angustia depresiva” y “ansiedad”; y además en grado “agudo”. Decían que tal diagnóstico no es fácil de contradecir. En algún caso mostraron también recetas médicas con medicamentos y drogas fuertes. Santo remedio. La DINA los dejaba de lado.

También conocí otras personas que continuaron en esos organismos represivos, y finalmente murieron, y no de enfermedad natural. Difícil hablar de todo esto. Frente a la tragedia humana de quienes uno conoció y apreció, mejor orar.

“Confirmaciones” y extrañas visitantes

Con el correr del tiempo se fueron formando redes de seguridad. Y había que acoger, resguardar a quienes huían de la muerte, porque eran conocidos de uno o de otra gente que era confiable.

Cuando uno tenía muchos escondidos, llamaba o hablaba con otro amigo clérigo para que ayudara en esa acogida. El secretario de la parroquia, Moisés, al principio tenía miedo. Luego eso pasó y él sintió, también como muchos, más apoyo. A través del Comité Pro Paz y de la Vicaría de la Solidaridad, o por otras vías, llegaba gente huyendo de la muerte. Recuerdo muy bien que Moisés me avisaba cuando llegaba algún refugiado. Teníamos una clave: “Padre, hay confirmaciones”.

Normalmente nosotros preparábamos jóvenes para recibir el sacramento de la Confirmación de la Fe. Pero allí el término tenía otra connotación. Sabíamos que había que ir a ver a estas personas y buscarles una casa dónde esconderse, dónde vivir hasta que el Comité Pro Paz o a la Vicaría de la Solidaridad, después, buscaran la manera de mandarlas al extranjero.

Pero también nos hacían trampas. En una oportunidad llegaron a mi casa dos damas muy bien vestidas. Querían, según ellas, confesarse. Empezaron a decir que eran perseguidas políticas; que el padre de una de ellas acababa de desaparecer; que ya antes había sufrido horribles torturas. Ellas mismas las describían. Al padre de la otra igualmente lo andaban buscando, contaban.

Las torturas que relataban eran igual que las que practicaba la DINA. También me mencionaron familias del sector en que estábamos que habían pasado por lo mismo. Pedían que les informara cómo entrar a la Embajada de México, tal como lo había hecho con otras personas; y las mencionaron.

Desde el inicio de la conversación dudé de que mis visitantes fueran “perseguidas”. Pero al final del diálogo se me quitó toda duda: ellas mismas eran agentes de la Dina. Para ver la forma de que se fueran les dije: “Afirman que sus papás sufrieron todas estas atrocidades; y ustedes corren grave peligro y desean entrar a una embajada, según expresan. Pero sus mamás no han pasado por esto; díganme el domicilio de ellas que yo iré a visitarlas”.

Después de algunas dudas y titubeos, me dieron el nombre de las presuntas mamás y su “domicilio”. Una mamá vivía en La Palmilla, si mal no recuerdo, en calle Rupango. La otra mamá en población Juanita Aguirre Cerda, Calle Altona. Aunque ellas seguían con esto de la embajada, les expresé en forma muy resuelta: “Iré hoy mismo a visitarlas a sus domicilios. Si ustedes desean continuar esta conversación ha de ser a través de ellas”. Me levanté y se fueron. Partí a las direcciones que me habían dado y en ninguno de los dos casos existían estas señoras, ni las conocían. En uno de ellos ni siquiera existía el número que me indicaban en la calle. Todo estaba muy claro.

“Ratoneras” en las poblaciones

Recuerdo que, estando en la Parroquia de El Salto, entre muchos otros episodios, supe lo que eran las “ratoneras”. Esta palabra no es del diccionario, alguien empezó a llamarlas así y se sabía a lo que se refería: se trataba de agentes de la DINA y luego de la CNI que iban a instalarse en una casa a “convivir” armados con la familia. Allí esperaban a algún presunto fugitivo que llegaría y lo tomaban. En algunas épocas esto era frecuente en Santiago. Los familiares vivían en estado de terror con semejante “cohabitación”.

Fue así que una vez los vecinos de la calle Monterrey, entre Vivaceta y Panamericana, dieron aviso de que una familia había sido raptada en su propia casa. El diácono Ricardo Concha, miembro de la Vicaría de Solidaridad, me pidió que lo acompañara a ver qué ocurría. Fuimos y nos encontramos con dos agentes de “seguridad” que nos atendieron en la puerta. Nos hablaban en forma descortés, pero nosotros les expresamos que no nos iríamos sin ver a la familia: que nos permitieran entrar o si no que vinieran los raptados a la puerta. En eso se presentaron la dueña de casa y un joven, probablemente familiar de ella.

La conversación era entre la señora y nosotros. Nos identificamos, le preguntamos si los habían maltratado y en qué les podríamos servir. Lo increíble era que los dos extraños estaban ahí escuchando. La señora respondía nuestras preguntas diciendo que estaba “muy bien”. Le aseguramos que volveríamos periódicamente, que nos pondríamos al habla inmediatamente con abo-

gados de Derechos Humanos y con la Vicaría de la Solidaridad. Eso hicimos. Se constituyó un juez en el lugar y sólo así los agentes se fueron y los dejaron tranquilos.

Otro caso similar ocurrió en la calle Muñoz Gomerero, cerca de Recoleta. Los parientes de la familia encerrada me pidieron ayuda. Primero les envié a los “raptados” una nota firmada y timbrada, informándoles que muy pronto iría a verlos. Dos personas más fueron conmigo, pero ya los agentes se habían ido.

Pasaban los años y uno ya sabía que era parte del ministerio atender estos problemas dramáticos, que en una u otra forma siempre llegaban. No me tocó nunca estar preso. Pero sí, como a tantos, me amenazaron muchas veces con leyendas y volantes, también por teléfono y a través de avisos mediante otras personas. Y supe de presiones hacia la jerarquía para que a uno lo invitaran a irse del país. Nuestra presencia no era grata. Eso estaba claro.

En una oportunidad el diario de gobierno de la época sacó un reportaje con fotografías de la parroquia y de varias personas que trabajábamos en ella, acusándonos a todos de “marxistas”. Era para crear temor en la gente del sector, sin duda. Y en las comunidades. También, a veces, enviaban personas que nos interpelaban incluso en la liturgia del domingo. Nada consiguieron. Como cuando aparecían grabaciones en el teléfono de la casa en que yo vivía, que “informaba” a quien llamaba que yo me había ido de Chile. Ridículo.

También recuerdo que hubo una toma de terrenos por parte de familias sin casa en el sector de Huama-

chuco. Algunas de esas personas estaban de allegados en las poblaciones que yo atendía. La policía los desalojó de mala manera, pero la oficina de información del gobierno, Dinacos (Dirección de Comunicación Social) dijo con mucha publicidad que yo y un misionero canadiense, que atendía la zona, éramos los culpables. Era eso de una falsedad absoluta y fue el propio Arzobispado el que respondió públicamente a la infamia.

Que fuera calumniosa aquella acusación no fue impedimento para que las autoridades colocaran, durante 48 horas, un vehículo de Carabineros de punto fijo frente a la puerta de mi casa. Cuando les preguntábamos por los motivos de su presencia, respondían: “Ordenes superiores”.

Había que imaginarse las causas de aquella presencia: los colaboradores laicos de aquella parroquia y yo pensábamos que era para atemorizar a las personas de la comunidad cristiana; quizá para desalentar a la gente a participar en los actos religiosos y de comunidades. Nadie se desalentó, en todo caso.

PASTORES EN TIEMPOS DIFÍCILES

CAPÍTULO VI



PASTORES EN TIEMPOS DIFÍCILES

Dentro de la jerarquía de la Iglesia Católica hubo pastores que vieron con lucidez lo que ocurría desde los primeros tiempos y fueron decisivos en la posición asumida en la defensa de los derechos humanos y el apoyo a los perseguidos. Obispos como Fernando Ariztía y Enrique Alvear en Santiago. Bernardino Piñera, Carlos Camus, en Chillán, Carlos González, obispo de Talca, Sergio Contreras, entre otros, marcaron con su voz y su testimonio páginas de la historia reciente de Chile.

Pero no sólo hubo claridad mental entre los obispos. Entre el presbiterio hubo un número notable de curas que desde el primer momento vieron que era un deber sagradísimo, propio de nuestro ministerio, altamente propio de nuestra misión, tratar de salvar vidas humanas ante tanta tragedia.

Esto fue una cosa que se extendió como por ondas expansivas. Como cuando se tira una piedra en un lago y las ondas se van ampliando. Primero éramos pocos en las poblaciones, sobre todo. Ya el mismo 11 de septiembre invitamos a gente a quedarse en nuestras casas. Y un grupo entendió muy bien que, desde

el primer momento, aquello iba a ser trágico. Entonces nos adelantamos a ver si alguien sufría atrocidades, no por razones partidistas, sino humanitarias y de la propia misión.

Recuerdo en aquel momento a un misionero español, Domingo del Alamo Martín, quien después falleció de muerte natural. Inmediatamente tras el Golpe intercambiamos con él personas para “guardarlas”. El estaba en la parroquia de Renca, cerca de donde yo residía. También pasaba lo mismo con Gerardo Papen, párroco de Quilicura. Con ellos éramos vecinos. En la Palmilla y en la parroquia El Olivo estaban los misioneros Columbanos²⁹. Nos reuníamos e intercambiábamos los problemas que afrontábamos y personas para resguardar.

Entre los chilenos hubo mucha gente que se jugó a fondo en todo esto. Hacían cuánto podían. Aunque siempre dar nombres es ingrato, porque hay omisiones, no puedo dejar de recordar a Rafael Maroto –mencionado en capítulos anteriores, cuando ayudaba a trasladar familias a embajadas–, quien dio la cara y todo su ser por los perseguidos.

Nos encontramos por ahí muy a menudo pero estábamos en otras zonas. Los jesuitas, los franciscanos, y otras congregaciones religiosas como los Holy Cross o los Sagrados Corazones se portaron divinamente bien tratando de salvar vidas humanas, en especial, en las poblaciones que rodean Santiago.

²⁹ Los padres columbanos son misioneros originalmente provenientes de Irlanda, pero también hay de América del Norte y de Australia, Nueva Zelanda, entre otros países.

Primero mucha gente pensó que el golpe militar era consecuencia de las tensiones políticas y que después de unos meses, los militares convocarían a elecciones y después de unos otros pocos meses vendría de nuevo un gobierno civil. Los que veníamos de Europa, estábamos un poco más golpeados. Los españoles recordábamos la Guerra Civil y lo que pasó y la Segunda Guerra Mundial. Por eso, desde el primer bando militar que escuché entendí lo que venía. Y nunca creí que venían a “restaurar la institucionalidad quebrantada”, como decían. No les creí eso porque los golpes no hacen eso.

Como Jesús y sus seguidores

Me quiero detener unos minutos en la persona de don Fernando Ariztía, en ese entonces obispo auxiliar de Santiago. El tuvo un papel decisivo en la defensa de los derechos humanos y de los perseguidos. A Fernando Ariztía se le deben muchas cosas, pero una que poco se recuerda es que fue el primer párroco de La Legua, donde inició –hace más de 40 años– un nuevo modo de hacer catecismo. Lo que él empezó en esa población en el sector sur de la Región Metropolitana significó un cambio grande en toda la catequesis en Chile hasta el día de hoy.

Yo lo conocí inmediatamente después de llegar a Chile. Era asesor de la Juventud Obrera Católica, trabajaba en los medios pobres y modestos. Antes de la experiencia de Ariztía en La Legua la catequesis era muy pobre. Consistía en llamar a los niños una semana para que aprendieran algunas oraciones y darles la Primera

Comunión e ir a una fiesta religiosa. El empezó a desarrollar una catequesis para los niños que incluye a los padres y madres, e involucró a toda la familia. Y lo hizo justamente en la Legua, un poblado sumamente pobre y marcado por los conflictos. Por eso, el nacimiento de la iglesia en la Legua es algo evangélico, algo como hacía Jesús y sus seguidores en su tiempo. Renace la Iglesia en el mundo más ignorado, en el más insignificante, en el más pobre, en el que no cuenta para nada.

Desde esa época La Legua, a pesar de todos sus problemas, nunca ha estado sin párroco, lo que no es poco. Ahí estuvieron después Mariano Puga, y Ramón Aguilera. En este momento es Gerardo Ouisse, un párroco de origen francés que lo hace muy bien. Fernando Ariztía procedía de una familia muy acomodada, pero él era lo más sencillo, lo más simple, lo más humanitario, alguien fuera de lo común. Su pastoral desde muy joven fue en los sectores muy pobres. Mucho antes del Golpe a Ariztía lo consagraron obispo. Vivía como vicario de la zona oeste de Santiago –que reúne a las zonas de Pudahuel, Cerro Navia y muchas más– en una casita de madera del Hogar de Cristo, en la forma como vivían los pobladores humildes.

Fernando Ariztía siendo obispo auxiliar de Santiago, fue la primera persona dentro de la jerarquía eclesiástica –que yo recuerde– que después del golpe militar tomó la voz públicamente y denunció, muy pronto, lo que estaba pasando.

En los últimos días de septiembre de 1973, o quizá a inicios de octubre mataron gente de la comunidad de la parroquia que yo atendía. No había jueces, no

funcionaba la judicatura, no había nada que hacer. Entonces, cuando fui a ver a Fernando Ariztía, me dijo: “Es muy grave lo que está pasando, yo estoy haciendo lo que puedo. Ahora mismo hay una persona que en una oficina del Arzobispado, anota estos casos de desapariciones, de los cadáveres que aparecieron, para que luego las comuniquemos a las nuevas autoridades, a ver si corrigen un poco esto”.

En otra ocasión también por esos días, me encontré cerca de donde yo vivía con una pila de cadáveres. Eran personas que habían sido asesinadas. Fui hasta donde el nuncio, Sótero Sáenz Villalba y le conté lo que había visto. Y el nuncio me dijo: “Vete a hablar con Fernando Ariztía, porque él está con un proyecto, viendo qué cosa se puede hacer”. Volví nuevamente donde don Fernando y el me reiteró que se estaba formando un grupo, “un pequeño organismo que se va a llamar Comité Pro Paz y vamos a atender a gente, quien quiera que sea, que esté maltratada”. Y efectivamente en octubre de 1973 don Fernando inició con Helmut Frenz y con otras personas que le colaboraron, el Comité Pro Paz.

Y desde ahí, nunca más el obispo Ariztía dejó de preocuparse por los perseguidos. Fue muy incomprendido, muy mal mirado por mucha gente de Chile. Andando el tiempo, estuvo unos años de obispo con sede en Santiago, pero después lo destinaron a Copiapó, donde hizo un trabajo excelente. El visitaba personalmente, las barriadas más pobres de Copiapó y veía cuando estaba ausente la Iglesia. El hizo todo cuanto estuvo en su mano de hacer. En verdad fue un don de Dios para Chile. Lo mismo que el obispo Enrique Alvear”.

Con don Enrique Alvear me reuní muchas veces junto a otros presbíteros para conversar con él, para escucharlo. Nosotros éramos aún jóvenes, y le preguntábamos a él que tenía más edad cómo oraba. Nos llamaba la atención porque se levantaba muy temprano para leer la Biblia, muy de madrugada. Todos los días oraba muy largo y salía a trabajar y a echarle una mano al dolor humano donde estuviera. Era una persona diáfana, sencilla, un cristiano sincero, frontal. Hizo una labor muy grande en bien de los perseguidos. Trabajó en la zona oeste todo cuanto pudo, vivió en forma muy modesta. En una oportunidad la DINA alcanzó a detenerlo y después lo soltaron. Será porque no querían tener en sus recintos un obispo mucho tiempo encerrado.

Bajo el régimen militar los chilenos contaron con pastores de gran calidad humana y espiritual. Al Cardenal Raúl Silva Henríquez lo conocí en el Concilio Vaticano II, porque yo estuve un año estudiando en Roma durante la segunda sesión del Concilio. Entonces como ya sabía que venía a Chile con dos personas más, lo visitábamos con frecuencia. Y cuando tenían reuniones en la residencia de los obispos de Chile durante el Concilio, nos invitaban e íbamos a esos lugares. Había estudiantes para el presbiterio de Chile, algunos curas ordenados que estaban allá. Hacían estas reuniones en el Colegio Pío Latinoamericano, donde nosotros también íbamos. Yo creo que él quería mucho al Concilio, en el que fue una persona muy influyente. Las líneas que tomó el Concilio eran las suyas y él traía la ilusión enorme de poner el Concilio en la práctica en Chile. Cuando llegó de vuelta al país convocó al Octavo Sínodo –en la segunda mitad de la década de los '60– para llevarlo a la práctica.

Después aquí en Chile él impulsó cosas muy importantes como, por ejemplo, crear vicarías especializadas. Apoyó los movimientos obreros católicos como el MOAC, el Movimiento Obrero de Acción Católica; la JOC, la Juventud Obrera de Acción Católica y también el Movimiento campesino rural apostólico, en los medios de los trabajadores del campo a quienes estimuló poderosamente. Y después fue decisivo en este rol jugado por la iglesia en tiempos de la dictadura.

El Comité Pro Paz se instaló en octubre de 1973 en la calle Santa Mónica, al lado de la Vicaría de Pastoral Obrera. Cuando llegaban y con gran frecuencia, familiares de detenidos sin motivo, o desaparecidos, torturados, uno les acompañaba a ese Comité, donde encontraban algún apoyo. Pasado un tiempo, el Comité tuvo dificultades con las autoridades militares, y en su lugar el Cardenal creó la Vicaría de la Solidaridad. Con la misma misión pero aumentada. Fue una bendición de Dios, y un signo del Reino aquella Vicaría. Seguían llegando muchas personas que uno mismo conocía, huyendo de la muerte: no podían volver a sus casas.

Con el transcurrir de los meses, las capillas y parroquias eran vigiladas por los organismos de seguridad del gobierno. Buscábamos casas de familias amigas, rogándoles que acogieran a tal o cual persona que huía de la muerte, por algunos días; hasta que uno con el Comité pro Paz o la Vicaría se gestionaba la partida a algún otro país. Esos organismos preparaban sus documentos, buscaban el país que les recibiera. Luego uno debía ir a buscarlos a las casas que los alojaban y acompañarles al aeropuerto; a veces en grupo, por seguridad.

En la liturgia aparecía el temor

Como he dicho, había conocido muy de cerca, antes de estar en Chile, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, y los de nuestra generación sabíamos de la guerra de Corea y Vietnam; de las guerrillas de África y Oriente Medio para liberarse del poder colonial de las llamadas potencias europeas. Poco bueno se habría de esperar de un poder militar que tomó el gobierno de la nación con bombardeos y muertes, toques de queda, fusilamientos y desaparecidos. Que se declaraba en estado de guerra permanente contra “un enemigo interno”. Producía una profunda pena semejante situación frente al pueblo chileno: una población sencilla, solidaria, que no tenía memoria ni historia de situaciones tan trágicas. Cualesquiera que fueran los aciertos o desaciertos de quienes gobernaban antes de aquel Golpe, nada justificaba semejante catástrofe.

La mejoría económica que durante muchos años habían conseguido los sectores obreros, y trabajadores del campo, fue destruida. Lo mismo toda actividad sindical. Y toda libertad de expresión. El temor fue generalizado. De los abusos graves que acontecían a diario la gente no hablaba, salvo en forma muy discreta; como en voz baja. La excepción comenzó a producirse en locales y comunidades de la Iglesia, donde era imposible no hablar.

Estaba prohibida toda reunión, salvo que tuvieran permiso para tenerla; conversamos con los grupos parroquiales y acordamos que para reuniones de Iglesia,

como catequesis, comunidades, pastoral de jóvenes, y demás agrupaciones, jamás pediríamos permiso. Estos encuentros también se efectuaran en las casas, porque las salas parroquiales no eran suficientes. Se entregaba un certificado timbrado y firmado por la parroquia y lo tenían en las casas de reunión. Pero nunca pedimos autorización para reuniones de Iglesia.

El obispo auxiliar Jorge Hourton vino a dar unas charlas de contenido cristiano a una sala parroquial, a los laicos activos de la parroquia; hubo buena asistencia. Cuando fue el momento, citó textos del magisterio de la Iglesia sobre derechos humanos y sindicales de los trabajadores. Un hombre cooperador de la Iglesia pidió la palabra muy nervioso, para decirle al obispo que no mencionara esos temas porque estaban prohibidos. Intentaba “corregir” al obispo. Me acerqué a él y le dije que estuviera tranquilo; que en la Iglesia todo era distinto. Después hablaríamos con calma. El obispo dijo también que en la Iglesia no había que autocensurarse; ni tampoco mal acostumbrar a aquellas autoridades.

En la liturgia aparecía el temor. La oración universal se hace también desde la asamblea: el pueblo creyente ora públicamente. La oración de peticiones, acción de gracias, alabanza a Dios, se hacen en forma pública y con las expresiones de cada persona. Pero aquellos que querían orar por los encarcelados, o fusilados, exiliados o relegados, o elevar otras oraciones similares, venían a donde uno para que pidiera por sus intenciones. Tenían miedo de expresar incluso en el templo esas peticiones a Dios. Había que recuperar la libertad de expresión también en las oraciones comunitarias.

Clamor de libertad

Las familias afectadas por las tragedias provocadas por el poder militar, frecuentemente querían que uno fuera a sus casas a orar, aún en aquellos casos en que no tenían tradición de hacerlo. Comenzó pronto también la práctica de reunirse con una parte de los familiares de los desaparecidos, o exiliados o relegados, y hacer celebraciones de oración comunitaria. Era muy importante, según ellos. Y uno lo entendía: además del valor teológico de la oración, era un espacio de libertad necesaria y también de fraternidad, más necesario aún. Más adelante se fue ampliando esta costumbre, hasta tener celebraciones de oración de clamor por sectores más amplios. También a nivel de todo Santiago. Un solo ejemplo: los Vía Crucis populares en Viernes Santo, cuando miles de personas presididas por una gran cruz, con cantos y textos bíblicos, recorrían los barrios más modestos de toda la ciudad, se tornaban en instancias de clamor por la libertad.

Era un pueblo creyente que clamaba a Dios y a la vez experimentaba la necesidad de organizarse y movilizarse. Un derecho. Al correr los años bajo un gobierno autoritario, se hacía cada vez más necesario, entre la gente, encontrarse, intercambiar opiniones; lo mínimo que fuera de organización. Fue cundiendo un nuevo despertar entre el pueblo chileno. De importancia fundamental, en esto, fueron los agentes de pastoral de la Iglesia, especialmente en los medios modestos; también sus locales, salas de reunión, salones, capillas. Se entendió que era parte importante de la caridad cristiana y fraternidad humana el hecho de que pudieran reunirse.

Era impostergable que el pueblo modesto se informara sobre lo que sucedía. Se fueron creando instancias de “formación cívica”. Los sucesos que la prensa censurada no informaba; las leyes, casi siempre injustas, que dictaba la junta militar; las disposiciones de aquellos gobernantes. Estos grupos minoritarios informándose ellos, transmitían luego lo que sabían en las conversaciones habituales al resto de los vecinos. Se invitaba a expertos de la Vicaría de la Pastoral Obrera, y de Solidaridad. También a personas con experiencia sindical, abogados, y otros especialistas. Era lo que denominábamos “formación cívica”. Fue un gran bien para el futuro de Chile.

Estábamos en contacto con familias que tenían exiliados, desaparecidos, relegados. Les apoyábamos en lo que era posible. Personalmente visité a varios relegados en el norte y en el sur del país; y habitualmente a los encarcelados. Pero también otras personas de las comunidades en las que uno estaba inserto hacían estas visitas.

El 11 de septiembre se oían, desde muy temprano, los bandos militares que anunciaban y ordenaban varias cosas; una afirmación que hacían era que las “conquistas económicas” de las clases obreras conseguidas durante mucho tiempo, se respetarían. No fue así. No decían la verdad. Lo mismo pasaba en relación a los trabajadores modestos del campo, o a los beneficios que les habían traído la reforma agraria. En gran parte los avances conseguidos les fueron arrebatados y continuaban llegando emigrantes del campo a Santiago en situación deplorable.

Bolsas de cesantes

Soy testigo de la pobreza masiva y el hambre que crecía como por oleadas. Se multiplicaban las agrupaciones de ayuda fraterna en las capillas que visitaban a los más afectados y les ayudaban según lo que se conseguía. Al mismo tiempo, se creaban pequeñas agrupaciones de derechos humanos que hacían una buena labor: visitaban a relegados, a encarcelados, acompañaban al aeropuerto a quienes partían al exilio, estaban en contacto con la Vicaría de la Solidaridad; ayudaban a tomar conciencia a muchas personas de su dignidad del mismo modo de como ahora se crea agrupaciones de prevención de la droga y prevención del VIH/Sida.

Y también soy testigo de la formación de “bolsas de cesantes”: se agrupaban los que no tenían trabajo a través de estas organizaciones como un medio de información para buscar alguna ocupación; a veces en estas agrupaciones hacían pequeños talleres laborales de tejido, macramé, trabajos en cobre, telares, arpilleras. Y otras variadas formas de trabajo. También hacían encuentros culturales e informativos. La Vicaría de Solidaridad les ayudaba a vender sus modestos productos.

Explica mejor aquel panorama que se vivía el caso de una bolsa de cesantes que trabajaba en una sala parroquial que yo atendía. Ellos organizaron una peña folclórica en beneficio de familias que tenían relegados. El dinero que se recaudaría era para gastos de viaje para visitarlos. Les autorizamos a hacerla porque la finalidad era excelente. Cuando estaba por comenzar el

evento aparecieron varios autos “desconocidos” que circulaban lentamente alrededor de la parroquia. Pronto se entendió que era la CNI. Ya había llegado el Temucano y otros artistas que cantarían. Los organizadores, y yo, pensamos que era mejor suprimir la peña porque habría, sin duda, detenidos u otras sorpresas desagradables. No podíamos pedirles a todos que salieran juntos, porque afuera los podrían detener en grupo, así que les rogamos que salieran de a poco, por un patio de atrás, al que daban otras puertas de salida a otras calles. A los que iban llegando se los invitaba a pasar y luego, dentro, les indicaba por donde salir. Una procesión original. Un poco más tarde, me dirigí a los que ocupaban aquellos autos. Les pregunté si acaso deseaban algún servicio mío. No eran claras las respuestas. Les invité a entrar al templo si es que deseaban orar conmigo. Pero no se mostraron muy devotos.... Fueron desapareciendo.

Bendiciones atípicas

A principios de los años ‘80, después de la gran crisis económica, la falta de trabajo alcanzaba porcentajes nunca conocidos. El gobierno había destruido la legislación laboral y los sueldos de miseria de los trabajadores contribuían a la pobreza extrema. Ante todo eso cundieron, generalmente en locales de Iglesia, los “comedores populares”: era increíble ver la forma de organizarse para cocinar en común, con ayuda de los niños y familias sin trabajo; ellos mismos se organizaban para subsistir. Era más fácil reunir lo poco que había y cocinar juntos; a eso se sumaba lo que aportaban otras personas o instituciones como la Vicaría de la Solidaridad. Cundía más para todos si todo se juntaba.

Las “ollas comunes” se multiplicaron. A las autoridades de ese tiempo les molestaban estas “ollas”, los “comedores”, los grupos de derechos humanos. Se producían constantes tensiones a causa de estas formas de acción solidaria. Los pequeños episodios históricos simbolizan bien aquella dramática situación: llegó a visitarme en alguna oportunidad el obispo español de Badajoz, de la zona de Extremadura, Antonio Montero. Venía a ver a los presbíteros de su obispado que trabajaban en Chile. Mi origen no era de aquel obispado, pero quiso igualmente visitar los sectores que yo atendía, según él, para conocer de cerca los sectores de mayor pobreza en el Chile de aquella época. Casualmente se inauguraba una “olla común” en el poblado llamado 20 de Mayo que anteriormente fue conocido como Angela Davis. Tenían los alimentos que antes se habían buscado, para lo cual muchos habíamos cooperado.

Antes de comenzar a cocinar aquella olla grande, de la cual habían de comer varias familias, me pidieron que fuera a bendecirla. Invité al obispo español a esta bendición y le rogué que él mismo lo hiciera. Como nunca había bendecido realidades como aquella, me preguntó si tenía un ritual especial para esas bendiciones de ollas comunes. “No hay rituales”, le dije. “Estas son bendiciones atípicas: se pide el favor de Dios con creatividad espontánea”. Y así él pidió a Dios la bendición para los presentes, para sus modestos proyectos. Esas eran largas oraciones acompañadas de una gran cuota de emoción.

Posteriormente, el obispo español me preguntó si entre gente tan pobre no habría mucho anticlericalismo; él conocía el anticlericalismo español de parte de las

clases obreras antes, durante y después de la Guerra Civil. Le respondí que estábamos en otra tierra, otras situaciones, otros problemas. Las causas del anticlericalismo español no se habían dado aquí, afortunadamente. En aquellos momentos, precisamente, las masas humanas más oprimidas sentían y querían a los presbíteros de la Iglesia como parte de ellos mismos. No era fácil de entender, viniendo de una tierra en que ocurría todo lo contrario. También, dada su buena voluntad, me dijo que si no me sentía bien en aquel ambiente, que él podía recibirme en su obispado, allá en su tierra. “Gracias”, le dije, “pero yo había querido ser misionero hasta el fin de mis días. El lugar donde estaba era un don de Dios”. En su tierra y obispado no me sentiría misionero.

El mundo político, particularmente los diversos sectores más afectados por el régimen, venían a las parroquias y otras instituciones eclesiales buscando espacio para reunirse, intercambiar opiniones, informaciones. Otros independientes también lo hacían. Parecía un deber de fraternidad cristiana, y aún de justicia, ofrecer estos aleros, toda vez que en otros lugares no podían encontrarse. Evidentemente, sin perjudicar, la labor pastoral y misionera que siempre se realizó. Más aún, fue una oportunidad excelente de carácter misionero. La finalidad principal era la solidaridad, la fraternidad y el bien del país.

Pero en muchos casos el dialogo religioso, y el acercamiento a la fe cristiana, partía de ellos mismos. Las diferencias tradicionales y hasta los prejuicios desaparecían. La evangelización –que sí algunos buscaban– parecía ser algo así como una “añadidura”. A mi entender, para muchos, ha sido mucho más que una añadidura.

No faltaban, a veces, personas que se les venía a la mente que, en aquel régimen con demasiados signos de tiranía, lo que encajaría sería una sublevación armada. Existe una formulación moral en nuestra Iglesia sobre el tiranicidio, o la sublevación armada justa en caso de tiranía, y si se hubiesen agotado todos los demás medios. Pero uno, y en general en los ambientes de Iglesia, se expresaba con toda claridad que los aleros no eran para ninguna acción violenta, por ningún motivo. En general, esto era bien escuchado y recibido.

Parroquia paralela

En aquella época una determinada organización social-cultural de uno de aquellos barrios tenía dirigentes muy vinculados al gobierno militar y estaban muy molestos con las comunidades de la parroquia y, en general, con la Iglesia de Santiago. Fue por eso que, en conjunto con las autoridades, decidieron crear en El Salto “una parroquia paralela”. Buscaron el lugar: al terminar la calle llamada Reina de Chile, junto al cerro, hay una gruta de la Virgen.

Para la “inauguración” organizaron una procesión desde varias cuadras. Llegaron a ese lugar y pusieron “la primera piedra”: el alcalde de aquella comuna ofreció una secretaria para la nueva parroquia y un general del Ejército hizo un discurso de inauguración.

Lo inesperado del acto inaugural de tan pintoresca parroquia fue que la gente se preguntaba por qué no había presbíteros para bendecir; otros preguntaban por

mí, que era el párroco. Posteriormente, ante las dudas venían a verme e informarse. Cuando supieron que se trataba de una manipulación religiosa, nadie más asistió a ningún otro acto. Aunque lo habían anunciado en la prensa, se acabó la “parroquia paralela”.

LA VICTORIA, TIERRA DE MÁRTIRES

CAPÍTULO VII



LA VICTORIA, TIERRA DE MÁRTIRES

La población de La Victoria³⁰ se ubica en la comuna Pedro Aguirre Cerda de Santiago. Parte de su historia es conocida en todo Chile y lo que allí se gestó desde la década del '50 ha trascendido las fronteras. La Victoria surgió como resultado de una toma de terrenos cuando, la noche del 30 de octubre de 1957 unas cuatro mil familias decidieron crear allí sus hogares sin que existiesen las condiciones adecuadas, ni físicas ni legales, para construir sus viviendas.

Se instalaron, en el mejor de los casos, en improvisadas carpas hechas de lonas, cubrecamas, tablas, latas. Cada día fueron llegando más familias a esta "toma". Era éste el primer hecho de esta naturaleza que ocurría en Chile, un "sacrilegio" para quienes defendían la propiedad privada.

Miles de familias empobrecidas vivían en improvisadas viviendas a lo largo del zanjón de La Aguada,

³⁰ La madrugada del 30 de octubre de 1957, un gran número de familias ocupó los terrenos de la chacra La Feria, entonces parte de la comuna de San Miguel. Provenientes del "cordón de la miseria", como se llamaba a las poblaciones "callampas" ubicadas en torno a la extensión del Zanjón de la Aguada. Buscaban soluciones frente al problema habitacional que afectaba a amplios sectores de trabajadores pobres, especialmente en la primera mitad del siglo XX.

y en algunos otros lugares donde abundaba la miseria económica. Aquellas modestas familias tuvieron la feliz iniciativa de elegir directivos por sectores y un comienzo de organización en busca de un mejor lugar para vivir. En el año 1954 decidieron constituir una asamblea para comenzar a trabajar por su sueño de una vivienda digna. Se llamó Agrupación Comunal San Miguel y desde ahí planificaron la “toma” de La Victoria.

La historia de este barrio es una mezcla de pobreza con esfuerzo, con personas y hechos heroicos. Ellos han desplegado un gran empeño por sobreponerse a las más duras situaciones. Quienes recuerdan los primeros tiempos de la “toma” del terreno, relatan cómo los recién nacidos fallecían en medio de toda clase de desatenciones: carencia absoluta de toda asistencia médica, el agua que corría no era apta para el consumo humano y las enfermedades no daban tregua. Los grupos familiares se asentaban sobre una vegetación de yuyos y se protegían con lonas o frazadas; los ancianos no tenían atención ninguna en situaciones de enfermedades terminales. La cesantía afectaba a un alto porcentaje de los responsables de estas familias (porque no cabe decir “dueños de casa”, porque no había casa sino pasto verde). A diario morían ancianos y niños, los más débiles.

Y es aquí cuando apelo a la reflexión que resulte de la predica de la Iglesia sobre la “función social” de la propiedad o que ésta deba estar sometida a una “hipoteca social”. Eso no se tomaba ni se toma en cuenta. Son los afectados por los abusos los que tienen que hacerlo valer, mediante su organización y acción.

Un religioso de apellido Del Corro, que los acompañaba, consiguió material para que los que antes habían sufrido un incendio pudieran cobijarse en el nuevo lugar. Él mismo también invitó al terreno al Cardenal José María Caro, quien habló con los dos presidentes, el saliente, Carlos Ibáñez del Campo, y el entrante, Jorge Alessandri, y pidió que no hubiera ningún desalojo violento. Una calle de La Victoria lleva su nombre hasta hoy.

Durante la toma de los terrenos y para obtener unos metros cuadrados donde poder vivir, sucedieron más episodios trágicos entre aquellos pobladores, pero que la “historia oficial” nunca va a contar. A la muerte de niños y ancianos hay que agregar varios hechos estremecedores, como el del 8 de diciembre de ese año, 1957. Ese día llovió torrencialmente y de forma inesperada. Todo se inundó y sobrevino una ola de infecciones y neumonías letales. Cuando ya nada se podía hacer, los padres caminaban hasta diez kilómetros para enterrar a sus niños.

No había espacios dignos para vivir y menos locales para comprar los alimentos más imprescindibles. Fue importante especialmente Luis Caballero, quien repartía pan en un triciclo aunque en algunas carpas no había ni siquiera monedas para el pan, él igual se los dejaba cada día. Incluso, la solidaridad también se daba entre las carpas, porque muchas veces y en forma anónima los vecinos que algo más podían tener pagaban el alimento de otros.

Una vez en el terreno los pobladores se organizaron para elegir a sus dirigentes. Su primer presidente fue Juan Costa y un dirigente importante también fue Víctor Mayorinca, a quienes tuve la oportunidad de conocer:

acompañé a este último en su enfermedad y fallecimiento; su familia ha sido y es colaboradora de la Iglesia.

En ayuda de los dirigentes vinieron estudiantes de dos universidades, quienes les ayudaron a dividir el terreno y trazar las calles. Los nuevos sitios tenían muy pocos metros cuadrados y por muchos años carecieron de agua y luz eléctrica. Nunca olvidan cómo ocuparon aquel terreno en la madrugada del 30 de octubre y los días 1 y 2 de noviembre mientras llovía torrencialmente sobre Santiago. Inmediatamente volvió el calor y la enfermedad y la muerte para muchos. Sólo pudieron legalizar sus sitios durante las siguientes décadas.

Todo lo vivido por los pobladores contribuyó a que se creara un nuevo pueblo en ese terreno antes abandonado; un pueblo muy unido en la adversidad, los éxitos y fracasos. Se desarrolló una disposición positiva para crear y desarrollar las más diversas organizaciones sociales, una conciencia de que el futuro dependía de ellos y que los avances y soluciones en medio de tantas dificultades tenían y tienen que buscarlas por ellos mismos. Una parte importante de los habitantes de La Victoria adhirió siempre a agrupaciones políticas que históricamente han estado más próximas al mundo obrero y trabajadores modestos. Difícil pensar que pudiera ser de otra manera, aunque hubo siempre pluralismo en estas materias.

Al producirse el golpe militar este barrio sufrió las más duras persecuciones y atrocidades: muertes violentas sin juicio alguno, exilio, relegaciones, torturas; toda clase de abusos.

Un episodio simbólico: los nombres de las calles recuerdan hechos y personas vinculadas a la historia del movimiento social chileno y mundial, muy acorde con su historia, su cultura y su experiencia. Las autoridades militares hicieron desaparecer todos esos nombres de sus pasajes y de la única y pequeña plaza existente en el lugar. Parece que no entendían o no sabían que las ideas y expresiones culturales de un pueblo no se matan ni se destruyen con la fuerza bruta ni con imposiciones arbitrarias. Los nombres impuestos a sus calles y pasajes eran de oficiales o suboficiales militares, y otros símbolos contrarios al movimiento obrero; pero los habitantes se entendieron siempre con los nombres conocidos y queridos por ellos. Pasados aquellos años volvieron a estampar aquellos nombres simbólicos y así el espacio público retomó su historia.

Lo que en Chile se llamaron “las protestas”, especialmente en la década del ‘80, tuvieron un eco particularmente grande en esta población mientras el personal de la parroquia y los presbíteros de esas épocas intervenían positivamente para evitar más muertes y heridos. No existían atenciones de salud, ni servicio básico común alguno y es por eso que pronto se sumaron los Traperos de Emaus con un puesto que bautizaron como Urracas de Emaus, en la que ahora es calle Aurora de Chile, cerca de 2 de Abril. Se trata de seguidores de un movimiento fundado en París por el Abate Pierre –fallecido en enero de 2007– y extendido por cuatro continentes. Estos amigos de Emaus se instalaron en un pequeño espacio para brindar primeros auxilios y al mismo tiempo funcionar como un correo. Hasta la actual calle Yungay también llegaba un médico voluntario. Fueron los primeros esfuerzos que luego se convirtieron

en el actual Policlínico de La Feria, aunque para conseguir este último se necesitaron movilizaciones previas y protestas.

Quienes impulsaron la toma de La Victoria se organizaron en pequeños grupos y es por eso que hoy el lugar de sus reuniones se llama calle Los Comandos. En los primeros tiempos incluso se organizaban para vigilar que nada malo ocurriera durante la noche o por si venían los carabineros. Rescato, sobre todo, que algunos de los dirigentes se organizaron para dar vida a una escuelita que, para ser construida, recibió diez adobes por familia.

La organización fue vital para levantar ollas comunes, cavar pozos sépticos y concretar proyectos que permitieron vivir más dignamente en medio de la pobreza y las humillaciones que el régimen militar inflingía a los pobladores.

Los pobladores recuerdan que durante el primer domingo tras el golpe militar, el 16 de septiembre de 1973, seguían prohibidas todas las reuniones. Sin embargo, en los bandos militares de ese día se permitió la misa. Al oír esto, personas de la comunidad cristiana abrieron el templo junto con su párroco, Santiago Thysen. Lo abrieron, pero rápidamente se arrepintieron al temer que podrían disparar sobre ellos. No iniciaron la celebración, pero igual los militares irrumpieron en forma agresiva.

La Victoria celebra su historia con gran entusiasmo y la colaboración de todos. Como no hay plazas adecuadas para reunirse, todo momento de celebración se

aprovecha en la calle 30 de Octubre esquina Galo González. En cada fecha que elogia a la memoria de La Victoria la parroquia y los grupos evangélicos tienen su lugar.

Iglesia pobre y en medio de los pobres

La Iglesia estuvo siempre presente en medio de todos los vecinos; pasó por los mismos problemas, angustias y esperanzas de todos. Con las primeras familias que llegaron a la toma del terreno, llegó la Iglesia porque parte de ellos mismos eran creyentes sinceros: ellos eran la Iglesia, su centro, lo más importante. Pero, además, llegó el religioso Del Corro, quien siempre estuvo con los afligidos. Junto a él estaba el Cardenal José María Caro. Ambos hicieron celebraciones religiosas en una “capilla” hecha con frazadas sobre el pasto y desde ahí alzaron el símbolo de la cruz y alguna bandera chilena.

También la Iglesia (pobladores creyentes) “se tomó” un pedacito de tierra para su presencia visible. Fue una hermosa forma de hacerse visible y muy acorde con el Evangelio. Lo que ahí se estaba viviendo se pareció mucho a la forma en que las comunidades cristianas habían nacido en Corinto, Jerusalén, Jope o en Pozzuoli³¹. Y en muchos más lugares. Así nace la Iglesia más próxima a Jesús: pobre y en medio de los pobres. Aquel mismo lugar luego pasó a llamarse calle Ranquil 4721. Hasta el día de hoy.

Siempre hubo párroco en La Victoria con excepción de un año: los doce meses que siguieron a la expulsión del presbítero Pierre Dubois, no lo tuvieron. También

³¹ Hechos, 28,13.

viven y trabajan allá dos comunidades de religiosas. Sin embargo, la columna vertebral de la Iglesia en este lugar fueron los laicos. Ellos fueron siempre “la” Iglesia, y una Iglesia misionera: catequesis bien organizada, familiar, de adultos, jóvenes, preadolescentes, niños; comunidades de base y varios movimientos, ayuda solidaria, pastoral de enfermos, prevención y rehabilitación en cuanto a problemas de drogas y alcoholismo, actividades misioneras, un jardín infantil parroquial. Un espíritu solidario generalizado en medio del frecuente dolor común.

Uno de los aspectos que más llama positivamente la atención es la compenetración entre la comunidad cristiana católica y el resto de la población, particularmente las organizaciones sociales que los vecinos se han dado. También las diversas corrientes políticas y entre todos las mejores relaciones humanas. Lo más común es que personas activas de Iglesia estén también insertas, a veces en cargos dirigentes, en toda clase de organizaciones sociales. En todos los aniversarios de la población asisten los agentes pastorales de la parroquia, y en los aniversarios de la Iglesia están presentes diversas personas de las agrupaciones sociales.

La comunidad parroquial es aceptada y bien querida por toda la población; es servidora y colaboradora en las tareas de la población, incluyendo también actos ecuménicos con algunas iglesias pentecostales. Esta buena armonía, y aunque aparezcan excepciones, es muy propia de una comunidad parroquial misionera. En esta dimensión de la pastoral no había conocido a un sector tan espontáneamente misionero.

El asesinato de André Jarlan

Cuando a La Victoria le correspondió sufrir la más dura persecución durante el régimen militar, el personal activo de la Iglesia pasó por lo mismo. En un día de protesta fue fusilado Miguel Zavala mientras observaba desde la ventana de su casa. Sus padres Miguel y Nelly, y su familia, pertenecieron al Movimiento Obrero de Acción Católica, y a otras comunidades. Hasta hoy Nelly participa; Miguel falleció.

En el contexto de una protesta, las fuerzas de seguridad lanzaron tablas encendidas al interior del modesto templo parroquial. La intención era quemarlo. Aquellas tablas medio quemadas sirvieron para hacer una cruz que hasta el día de hoy se venera en el lugar.

En La Victoria las fuerzas de seguridad asesinaron al misionero de origen francés André Jarlan, quien murió en la pieza de su casa, en Ranquil 4721. Fue el mismo día en que horas antes ejecutaron a uno de sus vecinos, Hernán Barrales, cuyo cadáver quedó tendido en la vereda. El misionero y otros vecinos lo llevaron al modesto templo parroquial. André Jarlan fue a su casa, tomó la Biblia y leía unos salmos para preparar una celebración religiosa y orar por Hernan Barrales junto a un grupo de personas de la comunidad cristiana. Mientras leía los textos, una bala terminó con su vida.

El impacto de estos hechos fue enorme en todo el barrio. Hasta hoy se recuerdan y debe ser parte de la memoria viva no sólo de Chile. La modesta parroquia,

al tiempo de aquella protesta fue fundamental al lado y en medio de todos los vecinos, para que los graves abusos no fueran mayores. Igualmente sus responsables usaron su influencia para que los jóvenes y otros no tan jóvenes no agredieran con piedras, y otros medios peores, a la policía y a otros organismos llamados de seguridad.

El funeral de André Jarlan tuvo lugar en la Catedral de Santiago. Los vecinos de La Victoria salieron de sus casas a despedirlo. Dejaron todo ese día y sin temor alguno de que alguien les arrebatara sus modestas pertenencias. La policía no se acercó a aquella comitiva fúnebre que caminaba por la ciudad de Santiago. Con atuendos blancos, los presbíteros de la Iglesia iban junto al pueblo.

El asesinato de André y de otras personas hace que La Victoria sea una tierra de mártires, como también lo fueron los del cristianismo primitivo, que se convirtieron luego en columnas de la Fe para todo el Imperio Romano. Y lo son hasta hoy los mártires de nuestro tiempo. Todos los años se celebra en este barrio “La Semana de André Jarlan”, en la que participan las agrupaciones sociales, culturales, políticas y religiosas en la mejor armonía. Cada sector aporta lo suyo para bien de todos. Son “los granos de trigo que han muerto y por ello dan mucho fruto” aunque a largo plazo, “el crecimiento lo da el Señor”³².

³² I Cor, 3,6.

La Victoria de hoy

La Victoria sigue en pie. Pero ahora sus dolores son otros. Muchos consideran, sin ningún estudio previo que lo afirme, que en ese lugar se practica sin tregua la violencia. Sí, no han faltado los problemas policiales. Pero, ¿dónde no los hay? ¿En los barrios acomodados de la sociedad de Santiago acaso no hay violencia o asaltos, odios o hechos de muerte?

También se mira mal a esta población porque se le vincula a ciertas formas políticas de pensar. Esas corrientes políticas no son del agrado de los sectores ricos ni de los medios más poderosos de la prensa, por razones obvias: hablar de justicia social a muchos les molesta por que no la practican ni mucho menos. Y prefieren apoyar otras tendencias políticas que les protegen en su enriquecimiento, y los legitiman. La gran prensa siempre apareció mucho por La Victoria por razones de sensacionalismo. Los hechos policiales más bullados ayudan a vender ejemplares y a desacreditar a sectores poblacionales modestos.

Todo esto ha conseguido que esta población haya sido altamente estigmatizada; como si en ella se diera el conjunto de todos los males. Estos medios de comunicación poderosos, y quienes son por ellos representados, han conseguido que mucha gente piense que todo lo que allí hay es malo. Ha sido una constante calumnia. Con lo concreto se explica mejor: durante los años en que fui párroco en el lugar, repetidas veces una parte de los que necesitaban buscar trabajo me pedían que

le hablara a alguna familia amiga de otros sectores de Santiago para poner allí su domicilio. Es que si daban el domicilio de La Victoria nunca les iban a admitir en un trabajo. Era necesario poder dar una dirección que no fuera de La Victoria. Yo pedí estos favores a familias conocidas.

Una determinada familia de sectores medios necesitaba una empleada para su hogar, pero no querían que fuera de La Victoria salvo que yo la recomendara; algo así como que yo fuera un aval, por si se portaba mal. Les recomendé una persona que necesitaba trabajar para sobrevivir, pero les dije que ese juicio que tenían sobre la población era injusto, y para mí ofensivo porque yo vivía en ese poblado, era parte del mismo, estaba inserto en él. Les rogué que no tuvieran ese criterio con tintes de racismo y clasismo para mi pueblo. Problemas hay. Pero ¿dónde no? Entró a trabajar; pero de este tema descalificatorio de La Victoria nunca más me conversaron.

Quizá, como una docena de poblados de Santiago tienen estas características. Nacieron y se desarrollaron en una pobreza que les han impuesto. Es la injusticia más brutal de parte de los sectores poderosos. No es la naturaleza la que produce estos efectos discriminatorios y racistas ni mucho menos la voluntad de Dios. Es lo que los cristianos llamamos grave pecado: personal y social. El brutal pecado del modelo económico que enriquece desorbitadamente a unos pocos creando la miseria de los demás.

La toma de La Victoria fue importante porque se trataba de desacralizar la propiedad privada y lo que allí

ocurría tenía repercusión mundial. No era raro encontrar declaraciones de Pierre Dubois en la prensa internacional o sendos reportajes sobre estos pobladores. Es más, el lugar en que murió André Jarlan se ha convertido en lugar de peregrinación desde países tan diversos como Alemania, Taiwán, Nueva Zelanda o Sudáfrica. La embajada de Francia le recomendaba a los franceses que visitaban Chile, por lo menos cuando yo fui párroco de La Victoria, visitar la población y el dormitorio de Jarlan, un mártir.

Es más, en Francia funcionó con notoriedad pública una agrupación llamada Los Amigos de André Jarlan, que se encargaba de informar a ese país sobre La Victoria en dictadura. En la Semana de André Jarlan –que se celebra todos los años en septiembre– asistía la prensa nacional y extranjera. Recomendando aquí un libro: André de La Victoria, de la periodista Patricia Verdugo, cuya segunda edición es de 2004.

El haber vivido nueve años en medio de los vecinos de La Victoria, siendo uno de ellos, es una gracia de Dios y esa experiencia me ayudó a conocerme más a mí mismo y la propia Palabra de Dios. Y aquí me atrevo a mencionar una cita bíblica: “Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y lo despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es”³³.

³³ I Cor, 1, 27-28.

Caminando juntos

Para los presbíteros y apóstoles laicos de la Iglesia, es una bendición de Dios acompañar a las comunidades cristianas y pobladores, en general, de La Victoria. Siento que se parece a lo que hizo Jesús. Según el Nuevo Testamento, también se decía injustamente que “de Nazareth nada bueno habría de salir”. Más fácil aquí que en otros lugares “anunciar el Evangelio a los pobres”, signo mesiánico, inserto el presbítero en medio de todos, como uno más. Igual que el Hijo del Hombre que no había de ser servido sino servir. Y él surge inserto en los medios marginales del Israel de su tiempo.

Al acompañar a los habitantes de sectores modestos en el caminar cristiano, ellos también lo acompañan a uno. Lo evangelizan. Así lo sienten mi modesta experiencia. Los “consejos evangélicos” que tanto menciona la Tradición Espiritual de La Iglesia aquí adquieren sentido. ¿Voto de pobreza? Con voto canónico o sin él, no es posible ahorrar dinero para uno y ni siquiera caer en la tentación viviendo en medio de tantas carencias de los hermanos en la Fe. ¿La obediencia?, aquí se requiere la “obediencia de la Fe” del Nuevo Testamento para el servicio del Evangelio; también la obediencia al obispo que lo destina a uno a estos modestos lugares, pero la más grande obediencia es al Evangelio. Esto es lo que lo hace a uno libre y más próximo a Cristo. Es una obediencia más personalizada.

¿La castidad?, una alegría grande renunciar a crear la propia familia, para dedicar todo el tiempo, con co-

razón indiviso, a anunciar el Evangelio de la Vida a los hijos ajenos, a sus padres; a escuchar las alegrías y penas de una verdadera multitud de hermanos. El celibato le da a uno la libertad evangélica para llegar a todos, y acompañar y convocar a nuevas comunidades de hermanos en la Fe. Se forma una gran familia.

Quienes desean seguir los “consejos evangélicos” yéndose a algún monasterio apartado del mundo, bien hacen. Excelente. Quienes sienten el llamado a seguir “los consejos evangélicos” en medio de los empobrecidos del mundo, y víctimas de la injusticia del mundo, óptimo. Casi tengo la tentación de pensar que Jesús estaba más próximo, en su actuar y vivir, a este segundo mandato. Y digo esto sin desmerecer en nada lo primero. Aquí radica el fundamento de mi llamado cuando a veces ocurre que no hay muchos candidatos para ir como párrocos a los sectores azotados por la pobreza. Quizá no conocen bien la ayuda espiritual que ahí se encuentra y el crecimiento de la Esperanza cristiana que ahí se alza.

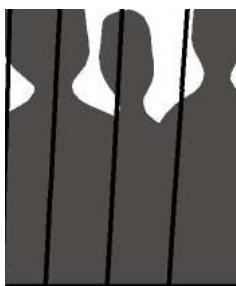
Para graficar lo que digo me detengo en el testimonio de una mujer que, como tantas otras, de La Victoria ha sabido compaginar su vida de luchas sociales heroicas con su fe y Espiritualidad profunda. Ella cuenta que “siendo chica oraba como jugando con el niño Jesús. Más adolescente se trataba de un Jesús joven, amigo que sabe escuchar”. Siendo adulta, sigue en su relato, “me relacioné con Cristo Jesús como mi Gran Amigo, que está en las buenas y en las malas conmigo. Dio su vida por la Humanidad, y algo muy importante: la dio por mí”. Sobre su participación política ella dice que “el acercamiento a Dios me ha ayudado a buscar y

a luchar por la justicia. Me estimuló a comprometerme en actividades también políticas”.

Ella, políticamente activa y de izquierda, ha sido intensamente mística en la relación con Dios. E incluso esa visión de Cristo la ha transmitido a su familia “siempre con libertad, en mi hogar existe una verdadera democracia entre la familia. Hay respeto en lo religioso, en lo social y en lo político. La evangelización ha sido a través de la fe y la vida, con gran valoración por la Fe cristiana y con los pies sobre la tierra”.

POR LA RUTA CARCELARIA DE SANTIAGO

CAPÍTULO VIII



POR LA RUTA CARCELARIA DE SANTIAGO

De pequeño y preadolescente oía el comentario acerca de una persona encarcelada, habitante de un poblado vecino al nuestro, en Galicia. Había cometido un ilícito grave. Fue encarcelado durante treinta años. Cuando salió en libertad y durante el poco tiempo que vivió, contaba a quienes lo escuchaban, la vida horrosa que se vivía en las cárceles de esos tiempos en España, así como los increíbles castigos y torturas a los que eran sometidos los presos. Mi segundo acercamiento a ese dolor lo tuve durante los estudios previos al presbiterado; en los días u horarios de descanso o paseo que contemplaba el reglamento, algunos estudiantes visitábamos sectores de las poblaciones pobres y a los encarcelados de la ciudad de Salamanca.

Ya en Chile comencé a visitar a los presos de la Cárcel Pública –hoy no existe– o de Capuchinos, un desaparecido anexo a la cárcel que se destinaba a quienes cometían delitos económicos y podían pagar la pensión del lugar. Ese trabajo lo hice hasta el año 2005, durante 40 años. En las primeras semanas en Chile visitaba a los presos y a las familias que provenían del sector donde

se ubicaba la Parroquia San Diego de Alcalá. Pero al mes ya visitaba a todos los que estaban encarcelados en el penal, era gente de Santiago y de provincias.

Fue así como visité, durante muchos años, cárceles construidas en el siglo XIX. La Cárcel Pública fue levantada por el Presidente Balmaceda, en calle General Mackenna, en un barrio aledaño al centro de Santiago. Al inaugurarla, Balmaceda habría dicho que era necesaria, pero que él pensaba que el problema del delito no se solucionaba construyendo muchas cárceles, sino escuelas. La construcción, proyectada para 250 reclusos, era lúgubre. Solo el hecho de estar dentro, aunque fuera de visita, ya era una especie de castigo que vulneraba la dignidad humana. Llegó a alojar a más de 2.500 reclusos, diez veces más que su capacidad inicial: pude ver que en celdas de no más de siete metros cuadrados residían hasta doce hombres. Los servicios higiénicos eran desastrosos y el grado de conflictividad era muy alto entre quienes estaban sometidos a semejante forma de vida.

En la Cárcel Pública me tocó ver cómo aquellos internos cuidaban y trataban muy bien a estos insectos llamados “baratas”, porque, según ellos, se comían las liendres y otras pestes que dañaban su piel en aquellas celdas tan sucias. La comida siempre fue muy mala, con excepción de aquella que se servía durante fechas del año significativas. Los internos decían haber visto ratones en medio de la comida de aquellas ollas. Así nadie tomaba ninguna comida, con lo cual los ingresos por venderla toda serían mayores. Cuando aparecían estos fondos, grandes ollas con la comida, muchos los miraban pero no comían. Era preferible el hambre.

Un sector de los internos recibía mercadería de vez en cuando de parte de sus familiares y así podían preparar sus propios alimentos en las mismas celdas. Solían compartirla con quienes no recibían visitas. Había solidaridad en medio de una situación de insolidaridad institucionalizada. Existía una especie de cultura de permuta, como cuando alguien tenía mucho frío y cambiaba algo para comer por una prenda de ropa. Así se iba formando una cultura carcelaria a la que se sumaron, después de septiembre de 1973, los presos políticos que, aunque en menor número –por hechos ocurridos ya en democracia–, se mantuvieron hasta 2005. Su historia y cultura son muy distintas a los de los llamados “comunes”: su capacidad de organización, y la de sus familiares hacía que su privación de libertad fuera diferente.

Invocar la libertad religiosa

La opresión y el maltrato entre los encarcelados “comunes” eran cotidianos. Entre ellos se producían situaciones de violencia; los funcionarios de Gendarmería también contribuían a este clima donde las riñas muchas veces terminaban en sangre, con muertos, personas gravemente heridas que debían ir a algún hospital de la ciudad o al de la Penitenciaría. Algo de esto conoce la opinión pública, incluso hasta hoy, pero allá dentro el drama y tragedia son graves y permanentes. Es algo que “la sociedad” no conoce. Condena y no sabe.

Los funcionarios que custodian penales tienen un trabajo sumamente difícil, duro y agotador. Una parte de ellos lo lleva muy bien, pero otra cede a la tentación de ver como enemigos, y solo como odiados enemigos,

a los privados de libertad que deben custodiar. Y los internos miran, con frecuencia, a los gendarmes como sus enemigos supremos.

Recuerdo cuando una mañana, al llegar a la Cárcel Pública, dos internos me esperaban pacientemente: Me comunicaron en secreto que en una galería existían dos bandas armadas con elementos cortantes y punzantes. Estaban listos para luchar durante esa mañana. Quienes me esperaban me dieron los nombres de los que encabezaban aquellos grupos. Fui a verlos, como cosa mía, hablando por separado con cada uno. ¿Cómo sabía yo de esta situación?, me preguntaban. Mi respuesta: “Por alguna intuición especial; además los curas tenemos secretos muy rigurosos”. Me escucharon y, después de poner atención a cuanto me decían, se fueron tranquilizando. Les dije que me entregaran las armas y así lo hicieron al pasarme cuchillas, dagas, fierros afilados. Tomé estos artefactos poco clericales y fui a la oficina del jefe de aquella unidad penal. Se los entregué afirmando que los había recibido bajo secreto. El jefe era nuevo en el cargo y no entendía mucho de secretos sacramentales y me dijo que sería responsable si no le daba nombres. Al final entendió.

En la Penitenciaría de Santiago ocurrió algo similar en los años 90. Dos bandas se alistaban para una batalla campal que sería presenciada por los gendarmes que no me dejaban entrar. Invocando la libertad religiosa logré llegar a los presos y la pelea no se desencadenó. ¿Cómo es hacer misión en las cárceles?

Una mañana llegué a un recinto carcelario para reunirme con pequeñas comunidades; algunos me decían

que había un interno muerto. Según los reclusos, los culpables eran los funcionarios, pero estos tenían otra versión de lo acontecido. No se sabía dónde estaba el cadáver. Pedí que me permitieran llegar hasta el cuerpo porque era necesario orar por el fallecido. No sin dificultades, e invocando una vez más la libertad religiosa, pude estar junto a él. Estaba en el suelo, sin ropa alguna, en una pieza oscura y sucia. Lo encontré en medio de utensilios usados para la limpieza, entre escobillones, tarros vacíos, bolsas con basura. Aún no había llegado el ataúd que el servicio de prisiones pone en estos casos. Los gendarmes decían que no había otro lugar para tenerlo. Oré a Dios por él y recité unos salmos. Los dos funcionarios miraban de lejos.

Uno se pregunta cómo terminan así los oprimidos y eliminados por esta sociedad que dice que tiene que defenderse de estos malos muchachos; ésta es, para muchos, una de las formas de defenderse. Parte de esta sociedad injusta los empuja a delinquir, y luego los destruye.

Oraciones bajo tierra

En una oportunidad, en la Cárcel Pública, un grupo de internos “comunes” cavó un túnel subterráneo para escapar. Se trató de una fuga masiva en la década de los ‘80. Como uno era confiable para los secretos, algunos me lo comentaron y les aconsejé que consideraran si luego los castigos que les impondrían serían muy graves o que quizá podían impedir futuros indultos. Hicieron su túnel y en una madrugada se escaparon como unos sesenta. La prensa de ese tiempo tituló con la

noticia durante días mientras la policía pronto recapturó a algunos, mientras otros se fueron al extranjero. Dos llegaron a mi casa a verme, porque no tenían familia en Santiago; solo parientes en el sur de Chile. A ellos les conseguimos boletos en buses y los embarcamos al sur.

Recuerdo que en una ocasión me esperaba el alcaide de la Penitenciaría de Santiago para mostrarme un túnel muy original. Tenía bastantes metros de largo. En él encontraron una especie de fuelle para dar aire con el fin de que respiraran los que trabajaban escarbando bajo tierra, y que, al avanzar, les iba faltando oxígeno. Aquel fuelle era artesanal, hecho con pedazos de parca de cuero. Este cuero habría sido llevado por el personal de Iglesia, cuando llevábamos abrigo a los presos. En aquel ventilador hechizo habían escrito oraciones a Dios pidiéndole que no les ocurriera nada malo mientras trabajaban bajo tierra. Estas autoridades me preguntaban a mí por qué estaban ahí esas oraciones. Les dije que toda persona creyente cuando desea orar, ora. Y si aquellos encarcelados deseaban orar bajo tierra, y pedir a Dios que no les faltara el oxígeno, ¿cuál sería el problema? Todo ser humano quiere respirar donde se encuentre. También me echaron en cara que habían usado bolsitas de nylon en las que nosotros llevábamos ropa para los necesitados. Los presos eran libres de hacer lo que quisieran con esas bolsas y no había ningún ilícito por parte de las personas de Iglesia.

Varios de los que sufrieron privación de libertad por algún homicidio solían portar un especial peso en su conciencia. Esto tocaba más su interior que otros ilícitos. Parte de ellos deseaba reunirse para reflexionar sobre

textos del Evangelio o recitar oraciones. Curioso era que no querían entrar a la Capilla porque tenían como muy “clara” la idea de que Dios no perdonaría jamás el haber dado muerte a alguien. Una parte pensaba así. Según su lógica, nunca más podrían entrar en un Templo. Qué duda cabe que su contenido de conciencia mantenía un sentido del bien y del mal: la sociedad en parte injusta, organismos policiales, jueces y actuarios, los murallones lúgubres de la cárcel, no habían destruido del todo su propia conciencia. Ellos creían que Dios jamás les perdonaría en ninguna circunstancia; o que nunca más podrían sacar de su interior el peso destructor de su culpa. “Me han enviado para dar la libertad a los oprimidos”³⁴.

“Ladrón pero no asesino”

En la primera fase del Gobierno Militar, la DINA se informaba y actuaba en todas partes, también en las prisiones. Máxime cuando había reclusos políticos. Este organismo, en una oportunidad, se puso al habla con un encarcelado que cumplía condena por “delitos comunes” y no por razones políticas. Lo invitaron a integrarse a formar parte de su organismo, y le dieron las razones por las cuales pensaron en él: tenía liderazgo dentro del penal. Ese liderazgo les era muy útil, según ellos. Había estudiado enseñanza media y tenía fuerte desplante y fuerza física. También la edad era adecuada y había cometido ilícitos. Era el perfil que buscaba la DINA. A cambio de sus servicios, le ofrecían no preocuparse más de los años de condena que le faltaban porque ellos se encargarían de que obtuviera su libertad. Además tendría “trabajo” seguro, buen sueldo. El quiso tener una larga

³⁴ Luc 4,18.

conversación conmigo porque quería consejo. El mismo reflexionaba. El sabía muy bien lo que era la DINA, aún siendo independiente en materia política.

Ese hombre también conocía la forma de “trabajo” que realizaban y me comentó: “Yo soy ladrón, pero no asesino; he robado repetidas veces, pero nunca maté a nadie; por un lado, tengo deseo de aceptar esto para salir de esta cárcel, pero sé que lo que tendré que hacer será torturar y asesinar; ellos están casi seguros de que, con lo que me ofrecen, yo voy a aceptar, pero estoy dudoso y no quiero ir con ellos; no sé que hacer; tuve catecismo de chico... usted sabe, padre, que vengo a los actos religiosos a la capilla y si acepto lo que me ofrecen nunca más tendré perdón de Dios”.

Finalmente no aceptó tal oferta. El Espíritu Santo también está en las cárceles. En forma diplomática se desentendió de aquellos visitantes. Siguió mi consejo al decir que se sentía enfermo, con angustia depresiva y ansiedad en grados agudos. Parecía conveniente hacer uso de este lenguaje para que lo consideraran “no apto” para trabajar para la DINA. A veces, en las sombrías cárceles triunfa el bien sobre el mal.

Los recintos carcelarios son, en su conjunto, como símbolos de muerte. Las excepciones serían muy pocas. Hay un mundo de signos, circunstancias, abusos de suma gravedad, sentencias de cadenas perpetuas, cadena perpetua “efectiva” que busca toda imposibilidad de indulto, y otras. La violencia de los penales recibe cobertura periodística extraordinaria en los medios de comunicación, con altos grados de sensacionalismo y morbosidad; no son pocas las veces en que estos con-

denan a los encarcelados mucho antes que los jueces dicten sentencia. Desacreditan a todos los internos, ponen en duda su condición de personas. Suscitan el mayor desprecio contra ellos y usan el peor lenguaje para los privados de libertad.

Los gritos de “mano dura”, “agenda dura contra la delincuencia”, “la tercera, o la primera, es la vencida”, “pena de muerte”, son expresiones que destruyen toda autoestima y la posibilidad de algún futuro mejor para los presos. El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez expresa en sus escritos, y con razón, que la grave injusticia social convierte a personas en no-personas; al hombre, en no-hombre.

Estos gritos no usan el mismo clamor para buscar, entender y remediar las causas últimas de la miseria, progenitora de la delincuencia. En los reglamentos de Gendarmería se habla de “rehabilitación” de los internos, pero en la práctica casi nada se hace. La palabra en uso en la institución a cargo de los penales no es “rehabilitación”, es “seguridad”, “castigo”; el encarcelado no es de nuestra especie ni de nuestra sociedad. Es un “anti-social” para ellos.

Un director nacional de Gendarmería, hace ya muchos años me decía: “Nosotros no rehabilitamos a nadie; lo nuestro es la seguridad. Quizá el personal de Iglesia que llega, o los familiares de los internos, puedan ayudar a la rehabilitación”. Decía la verdad.

Unión tras las rejas

No todo es negativo y signo de muerte, en estos centros de castigo. Queda ya escrito también lo contrario. En estas cárceles caóticas hay personas muy bien intencionadas con buen deseo de superación moral; hay esperanzas positivas en muchos para después de este cautiverio. La Pastoral de la Iglesia ha tenido y tiene su influencia. Desde hace ya varios años un notable contingente de laicos, hombres y mujeres, agentes de pastoral en sus parroquias, capillas, movimientos, viene trabajando en este sentido y se han ido incorporando a la Pastoral Penitenciaria con buenos resultados y mejores esperanzas. Tampoco es justo ignorar que otras personas llegan a los penales no por conductas delictivas, sino por otras circunstancias, como quiebras, cheques impagos, problemas políticos y otros casos similares.

Es aquí cuando pienso en Manuel Henríquez, un cristiano que participaba con mucho interés en todo lo relativo a la labor que hacía el personal de Iglesia en las cárceles. En aquellas pequeñas comunidades orábamos juntos, leíamos y comentábamos la Palabra; se presentaban en comunidad las situaciones por las que pasaban los encarcelados. Se hacían compromisos. Ahí se conversaba también el tema y la necesidad de que los internos tuvieran alguna directiva, alguna agrupación que los representara y defendiera en cuanto a sus derechos humanos fundamentales, algo que los reclusos “comunes” no tenían y sí lo tenían los presos políticos.

Una vez que Manuel salió en libertad fundó, junto con otras personas que le ayudaron, la Confraternidad de Familiares y Amigos de los Presos Comunes (Confa-

preco), con excelentes resultados hasta el día de hoy.

Si el Concilio y, en general, la Iglesia piden a los laicos que tengan un compromiso en las organizaciones sociales y temporales; que se inserten en todo grupo que trabaje por el bien común para mejorar la promoción y el derecho de todos, ¿por qué no habrán de ejercer este derecho y deber los presos comunes? Una excelente experiencia: ejercer el derecho de agruparse y tener más voz que defienda lo justo y propio de seres humanos. Nuestra Iglesia predica el derecho natural de organización sindical desde hace 115 años, cuando se promulgó la Encíclica *Rerum Novarum*. Si existe la libertad de prensa o la de asociación, ¿por qué no la habrían de tener los privados de libertad?

Manuel Henríquez y toda la Confapreco hacen una linda escuela de espiritualidad. Para esto precisamente escribió el Apóstol Pablo: “Tengan el mismo sentir que tuvo Cristo Jesús”³⁵. Es la Iglesia que, siendo universal, nace y crece en medio de los más pobres de los pobres. La Quinta Conferencia de Aparecida, en mayo de 2007, estudia y profundiza el “discipulado” de los cristianos en relación con nuestro Señor y Maestro. Todo parece indicar que este “discipulado” que nace de los encarcelados mismos es algo grande.

La Carta-Testamento a los Hebreos³⁶, pide a los cristianos de la siguiente generación a la de los primeros apóstoles: “Acuérdense de los presos como si estuvieran con ellos encarcelados, y de los maltratados, pensando que también ustedes tienen un cuerpo...”.

³⁵ Filipenses, 2,5.

³⁶ Hebreos Cap. 13,3.

El “Ronco” Rodríguez y Eduardo Frei

En los mismos días en que el ex Presidente Eduardo Frei Montalva, entre diciembre de 1981 y enero de 1982, ingresó a la Clínica Santa María para morir, yo visitaba la Cárcel Pública, que estaba en calle General Mackenna. En ese entonces había un muchacho del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que un día apareció muy grave en la enfermería carcelaria. Se llama Guillermo Rodríguez Morales. Todos comentaban que le había pasado algo muy extraño, que estaba envenenado. Lo fui a ver, hablé con él y sus compañeros, particularmente, tenían la idea común de que habían experimentado con él y que en la enfermería le habían hecho lo mismo que a Eduardo Frei. Hasta hoy le dicen, “el Ronco”, porque le practicaron una traqueotomía y su voz nunca fue la misma de antes. En aquel contexto fue escrito por internos del penal el libro Haceldama, que quiere decir “campo de sangre” en la Biblia.

Pregunté al alcaide del penal sobre este caso y él no se hizo cargo. En la cárcel hablaban del producto químico o la bacteria (el ministro en visita Alejandro Madrid, quien investiga la muerte de Frei, ha recabado que se hablaba de la bacteria botulínica y consigna este caso en su expediente) con que le habían envenenado. Todos en la Cárcel Pública lo relacionaban con lo que estaba pasando con Frei en la Clínica Santa María.

En esa época el clima era de temor. Recuerdo que junto a un grupo de presbíteros estábamos en Punta de Tralca el día en que murió Eduardo Frei. Entre ellos se encontraba un presbítero especialmente vinculado a la

familia del fallecido. Al conocer la noticia este sacerdote se despidió de nosotros, diciendo: “Me voy pronto a Santiago... y bueno, así vivimos, así estamos”. Espontáneamente se creó un ambiente en que sentíamos que esa muerte no había sido natural. Me parece chocante que después de tantos años, todavía la opinión pública no pueda conocer la verdad de estos hechos. ¿Cómo es posible que aún no se diga lo que realmente sucedió, si hasta un gremio que no es político y no tenía intereses de ese tipo, como el clero reunido en Punta de Tralca, entendió de inmediato que se trataba de un homicidio? Ese gremio eclesiástico estaba más susceptible, porque veía todos los días situaciones como aquellas.

Había gente en nuestro gremio presbiteral con mentalidad conservadora y que no había sido muy amiga del gobierno de la Unidad Popular que comprendía en esa época situaciones muy difíciles, como cuando uno contaba en las reuniones que dos catequistas habían sido arrancados de sus hogares y que desde entonces -que podrían ser semanas- no se sabía nada de ellos. En ese tiempo todos se quedaban con la respiración contenida. Ahora, que los diarios mintieran como mentían era una cosa, pero en el clero no podía entrar la mentira.

Por las parroquias y capillas pasaba la gente aproblemada y sabíamos mejor que nadie lo que sucedía. A la prensa, principalmente a través de las cadenas de El Mercurio y La Tercera, no se le creía. Había que leer entre líneas y hacer un cálculo permanente. Por ejemplo, cuando mataron a Tucapel Jiménez la gente estaba espantada, la prensa decía que era un crimen común y recuerdo que comenté que eso había sido obra de la Central Nacional de Inteligencia (CNI), sucesora de

la DINA, por orden de Pinochet. Cuando supe la noticia estaba en Malloco y de inmediato llamé a Santiago para hablar con gente vinculada a los derechos humanos. Evidentemente fue la CNI. La gente no le creía a la prensa en los '80, pero luego sí hubo un acercamiento de las personas críticas a través de revistas como Hoy, Análisis, Cauce, Apsi, y el Boletín de la Vicaría.

Hay hechos cotidianos que ayudan a explicar cómo uno se puede acercar a la gente sin juzgar, acogiendo desde su propia realidad, como la que viven los reclusos, condenados por “delitos comunes” en las cárceles de Santiago y que son, por cierto, la mayoría de los internos. Tienen de una u otra forma alguna religión y muchos no saben si son católicos o pentecostales o algo de aquí y de allá. Lo que sí ocurre es que no son ateos y tampoco son legalistas; no se exceden en apreciar las leyes ni humanas ni divinas. Aunque también hay muchas excepciones.

Con el Evangelio de la Misericordia

Siempre tuve claro que se va a predicar a las cárceles la Buena Nueva del Evangelio y no una lista de leyes morales. Pero a la vez el anuncio de la Palabra ha de repercutir en la conducta del creyente. También en las cárceles el que desarrolla su unión con Cristo tiene que plantearse mejorar su conducta.

Aquí quiero abordar la normativa relativa a la sexualidad y a la familia, aspectos de la vida que en el mundo de los encarcelados se pueden tornar dramáticos, ya que hay mínimas posibilidades de llevar una vida digna para tomar decisiones verdaderamente humanas.

En la Pastoral Penitenciaria colaboran diversas agrupaciones de laicos.

En una oportunidad llegaron a colaborar personas muy buenas, pertenecientes a un determinado movimiento. Su deseo no era otro que prestar el servicio del Evangelio y hacer el bien. Pero se escandalizaron de nosotros porque hacíamos catecismo a quienes deseaban recibirlo; y después de la preparación adecuada –tomando en cuenta las circunstancias carcelarias–, recibían los sacramentos.

Estos buenos hermanos que menciono se oponían a que los presos recibieran los sacramentos porque no cumplían la Ley de Dios ni de la Iglesia en las materias dichas, según ellos. Estos laicos, de excelente voluntad, defendían las normas de Dios, y al mismo Dios. Nosotros no queríamos o no sabíamos defenderlas, a su juicio. Pienso que en tales casos no basta tener buena voluntad. Es necesario tener “el mismo sentir que tuvo Cristo Jesús”³⁷, que “comía con publicanos y pecadores”³⁸ y “no vino a buscar a los sanos sino a los enfermos”³⁹.

Tuve la costumbre de conversar estos aspectos de la pastoral y de la vida y de la gente con profesores de Moral. Uno era el religioso jesuita Julio Jiménez, quien no tenía fama de progresista precisamente, pero sí era lúcido y sabio. También conversábamos de los encarcelados. Predicar normas genéricas en las cárceles carece de todo sentido, decía él. Ahí se va con el Evangelio de la Misericordia, con las parábolas que llevan el mismo nombre, buscando entre los internos dónde están “las

³⁷ Fil. 2,5.

³⁸ Mc. 2,16.

³⁹ Mc. 2,17.

semillas de Cristo”. Y sí que lo están. ¿Y el moralismo extremo? No es el caso, ahí no hay libertad ni interna ni externa. El Señor mismo arregla esto porque tiene Poder para ello. Otra vez estamos hablando de la epikeia⁴⁰. ¿Qué haría Jesús en este caso?

⁴⁰ “Se trata de saber aplicar con criterio cristiano, la ley moral universal, a los casos concretos, según ciertas circunstancias”. (Mi opinión sería mantener la palabra explicada; es importante en pastoral. Me parece bueno que la conozcan bien los laicos y también los presbíteros).

NO HAY JUSTICIA...

CAPÍTULO IX



NO HAY JUSTICIA...

Alberto Hurtado dejó escrito: “La injusticia causa enormemente más males que los que puede reparar la caridad”. También escribió que ésta empieza donde aquélla termina. Le hacemos grandes homenajes a él, pero poco seguimos, en la práctica, su enseñanza y testimonio. Como una parte de los israelitas hacían en tiempo de Jesús frente a sus antepasados, los profetas.

Me ha correspondido, gracias a Dios, vivir una larga vida en medio del mundo pobre. Un privilegio, un Don de Dios. También un dolor. No es lo mismo redactar documentos teóricos sobre justicia social y sobre la dignidad de la persona humana o leerlos que estar insertos en este mundo de los empobrecidos de la Tierra. No es lo mismo hablar de lo que uno ha leído, que de lo que uno “ha visto y oído”. Y ve y oye.

La injusticia social probablemente sea lejos el problema más grave de la Humanidad. La esclavitud durante el Imperio Romano fue monstruosa, pero, al menos, no ocultaban ese nombre. La horrorosa esclavitud de todos los demás imperios de todos los tiempos es un hecho; le cambiaron el nombre, pero no el espantoso abuso cometido hasta el día de hoy.

Además, dentro de cada pueblo o nación los sec-

tores minoritarios, inmensamente enriquecidos, muchas veces se han hecho de sus fortunas a costa de la pobreza, y también de la miseria de los demás. Algunos cristianos de la antigüedad, llamados Padres de la Iglesia, nos dejaron sus exhortaciones escritas y en varios de ellos se puede leer: “Los ricos de este mundo son ladrones todos; se apropian de lo que es de todos”. Algunos dicen que no, porque lo han heredado. Sin embargo la explicación, según los mencionados Padres de la Iglesia, no sirve. Si lo heredaron es porque fueron ladrones sus antepasados. Deben remediarlo si es que tienen convicciones cristianas profundas. También la última Encíclica de Benedicto XVI llama, citando a un Padre de la Iglesia, “una banda de ladrones” a quienes debiendo hacer justicia social no la hacen.

“Algunos ven al mundo dividido entre el mundo de los pobres y el mundo de los ricos. Por un lado, el poder del dinero, de la empresa, de la técnica, de la ciencia, de las armas de destrucción, de la soberbia humana y del desprecio de Dios. Por el otro, el mundo de los pobres, de los negros del África, los morenos de América Latina, los amarillos del Asia: el mundo de los humildes, de los que tienen Fe, de los que oran, de los que buscan la paz”⁴¹.

Cuando uno ha querido optar, desde el inicio mismo del Ministerio, por insertarse y trabajar en los medios obreros y pobres por toda una vida, muchas cosas ha visto y aprendido, sobre todo cuando se trata de una gran ciudad. Pero, ¿cómo se puede ser pastor de las personas hambrientas, de cesantes, de mujeres maltratadas por patrones en su trabajo, frecuentemente por

⁴¹ Obispo Piñera, Bernardino. Ser moderno o tener fe, p.63. Editorial Los Andes, Santiago de Chile.

sus maridos; también abandonadas? ¿Asesor espiritual de niños que piden pan, de jóvenes sin recurso alguno para estudiar ni posibilidad de trabajar? ¿De ancianos con pensiones de gracia, que más que “gracia” habría que llamarles de “des-gracia”? Y otras similares. Hay que aprender a ver a Cristo mismo en estos rostros, y con el Evangelio en la mano y en el alma. Es el mejor de los aprendizajes, porque cuando uno fue estudiante en seminarios y facultades teológicas no enseñaban mucho estas cosas. Todo parece indicar que aún ahora esta enseñanza escasea.

No sólo “mala suerte”

Recuerdo aquí algunos hechos, como cuando los vecinos de una enferma me llamaron para que la visitara. Es sola, anciana, con una pensión de “gracia”. Casi no se levanta de la cama de tablas y de pobreza extrema; la visitan personas vecinas, le llevan comida y le brindan alguna otra atención. Según estos vecinos, los parientes no la atienden. Sólo van a ver si acaso muere para quedarse con su casita y sitio. No me consta este último punto, pero sí es claro que no hay atención médica ni higiene adecuada ni medicamentos. ¿Cuántos hay en casos similares a éste? Innumerables en Chile y en toda la Tierra. No hay justicia.

Un adolescente de unos quince años no conoció a su padre. Su madre está llena de problemas y sobrevive con unos lavados de ropa que hace en su barrio. Su hermano mayor consume drogas. Debe cuotas en el colegio al que asiste. Bajaron sus notas y tampoco tiene en su casita la alimentación adecuada ni mucho menos. ¿Cómo

irá a ser su futuro? ¿Cuántos hay como él? No hay justicia.

Visito a menudo una farmacia donde conozco a sus empleados. Llego un día y me informan que una de las personas que atiende al público, muy conocida, la quieren echar. Nada malo hizo, sólo que por su antigüedad deben subirle el sueldo y sus empleadores no están dispuestos a hacerlo. Sus compañeros se ven impotentes. No sirven las leyes laborales. No hay justicia.

Me visita un obrero cesante al que conozco desde hace muchos años y que ha sido reiteradamente despedido de modestos trabajos. “Es la mala suerte”, dice. Su esposa desesperada se vuelve contra él; lo culpa. Es pésima su situación familiar y él incluso ha llegado al borde de tomar decisiones trágicas. Tienen dos niños pequeños y la situación no da para más. Pero, ¿cuántos cesantes hay en Chile? Ahí están las estadísticas, en la prensa. Un dato cruel, porque tiene culpables. La naturaleza no es la que produce cesantía; no es Dios quien crea la ausencia de trabajo. A pesar de que Chile es privilegiado, porque los países vecinos están mucho peor. ¿Cuántos sufren la muerte prematura e injusta por carecer de atención médica adecuada? Parece que nunca en la historia se conoció un genocidio de tal magnitud. La encíclica de Juan Pablo II, *Sollicitudo Socialis*⁴², habla del peligro de una ruptura en el mismo género humano. Los medios de información de masas no informan bien de esta catástrofe, porque en buena parte están en manos de quienes acumulan “la riqueza de las naciones”. No hay justicia.

Hace unos 30 años que conocí a un joven al inte-

⁴² Carta encíclica del Papa Juan Pablo II, promulgada el 30 de diciembre de 1987, con ocasión del vigésimo aniversario de la encíclica *Populorum Progressio*. Trata de la preocupación social de la Iglesia.

rior de una cárcel. Era “primerizo”, según el lenguaje de los encarcelados; quiere decir que había sido la primera vez que ingresaba a prisión. Al interior del recinto penal participaba en las comunidades de la Iglesia. La causa por la cual lo habían privado de libertad había sido tomar lo ajeno, en circunstancias de pobreza extrema en que se había encontrado: emigrante del sur, sin familia en Santiago. Salió en libertad con el firme propósito de que nunca más tomaría algo que no fuera suyo. Nunca más volvería a una cárcel, decía. Pronto le sobrevino una enfermedad incurable que le impide trabajar hasta hoy. Debe pedir limosna y ése es su trabajo. A veces ha podido dormir bajo techo en el Hogar de Cristo u otros centros similares. Durante la mayor parte de su vida su hogar ha sido la calle, su techo el firmamento. El cuerpo social, el Estado, ¿qué hace con estos seres humanos? No hay justicia.

“Mecanismos perversos”

En la comuna en que vivo se hizo una encuesta hace poco tiempo y encontraron que unas 90 personas dormían en las calles. ¡Solamente en una comuna! El país tiene 345 comunas: ¿Cuántas serán en total? Apareció una estadística que habla de siete mil quinientas. ¿Y en todo este continente? ¿Y en África, Asia, y en el llamado “cuarto mundo”? ¿Y en los mismos países de la enorme riqueza acumulada: Europa Central, Occidental, América del Norte, y algunos otros? Es que el mundo económico neoliberal y globalizado necesita estos y otros marginados y emigrantes para que el modelo funcione. Son “mecanismos perversos”, según la Encíclica recientemente citada.

Los medios de comunicación dan grandes espa-

cios informativos sobre asaltos, robos y crímenes. En los últimos tiempos aparecen y hacen aparecer una mayor cantidad de menores en estos hechos delictuales. Niños de muy corta edad roban y asaltan, lo que genera grandes debates en los medios, entre las autoridades y en el mundo judicial. Con especial agresividad reaccionan en los sectores ricos de la ciudad, sobre todo cuando aquí actúan estos menores. Es natural. También en otros medios más modestos reaccionan, lógicamente. Se clama pidiendo castigos ejemplares. A veces se piden las peores penas imaginables para estos niños.

En lo que no se esfuerzan los estratos sociales altos es en saber y descubrir cuáles son las causas por las que estos niños vienen a parar en estos delitos; menos aún tratan de mejorar el mal en sus causas. No interesa. Quienes tienen de todo piden mano dura a la justicia para estos niños, sin más consideraciones.

El 1º de mayo 2006 y durante la fiesta religiosa de San José Obrero, el Presbítero Vicario de la Pastoral Social, Rodrigo Tupper, en su homilía pidió a los legisladores que aprobaran una ley para mejorar la situación particularmente injusta con que se trata a los trabajadores subcontratados. Inmediatamente algunos representantes del gran empresariado amenazaron con crear más cesantía si se aprobaba esa ley; y en la prensa trataban a la Iglesia no precisamente con cortesía. Es otra punta de un iceberg. Es el mundo “frío del dinero”, decía desde México el Documento de Puebla, en marzo de 1979.

Algún prelado salió también a defender, al menos

indirectamente, a los dueños del capital; estoy obligado y deseo pensar que en este último caso lo hizo con buena voluntad y lo hizo quizás por no haber tenido la oportunidad de conocer al obrero pobre ni a su familia a pesar de que hasta hoy recita sin duda los Salmos en su oración personal y litúrgica, como aquel que dice: “Él hará justicia a los humildes del pueblo, salvará a los hijos de los pobres”⁴³. O cito sólo el viejo dicho castellano: “Ojos que no ven, corazón que no siente”.

Esa palabra oportuna que pide mejorar las condiciones de los subcontratados es lo mínimo. La injusticia que clama al cielo es mucho más extensa que ese sector. ¿Y los cesantes, los que cobran el salario mínimo para vivir una familia, los huérfanos? ¿Y otras agrupaciones ya mencionadas? Es lo más suave que se puede decir.

Los dueños de los medios de producción y sus medios de comunicación manipulan la cultura del pobre en grado elevado: a quien habla de justicia o la desea le tachan inmediatamente de comunista o marxista, sin mayor análisis ni discernimiento alguno. Ciertos sectores modestos repiten la misma expresión mecánicamente: es parte también de la pobreza. Conocemos la expresión, muy difundida, “miente que algo queda”. Es el caso. Además, si alguien opta por ser marxista no deja de ser persona y deben ser respetados sus derechos personales. Esta deformación cultural, de estigmatizar a quienes defienden los derechos humanos, sociales, políticos y económicos, la llevan a campañas electorales casi todos los sectores políticos. Durante algunos meses previos a las elecciones se hacen donativos a los pobres con alimentos, pagos de recibos de luz o agua. “Pan y circo”,

⁴³ Salmo, 72,4.

como en el viejo Imperio Romano. Parece que el neoliberalismo económico les impone su ley a casi todos los sectores políticos, por lo menos a los más masivos.

Insistiendo en pequeños hechos concretos sólo menciono aquí uno más. Hace algún tiempo visité una parroquia en el barrio alto para conversar con los buenos hermanos que llevan la pastoral y colaboran en ella. Era un poco antes de la Navidad. Había un letrero en la puerta que decía: “Hagan justicia: colaboren con doce mil pesos para una caja de Navidad para los pobres”. Las cajas de Navidad llevan algunos alimentos para que en esa noche tenga qué comer una familia humilde y hasta podría ser que quede algo para el día siguiente. Se alegrarán, al menos en ese día, quienes poco o nada tienen. Está bien. Pero hay que aclarar que no se “hace justicia” con una caja de Navidad; tampoco con doce mil pesos. También recordar que el sol no sólo sale y se pone el día de Navidad sino que todos los días. El año tiene 365 días. La vida del pobre, y del desnutrido -aunque con frecuencia se acorta-, tiene muchos más días. La caja de Navidad algo es, siempre que se tenga claro que no es eso hacer justicia. Tampoco a la manera como la enseñan las Encíclicas.

Los empresarios y “la otra ética”

Hace mucho tiempo Pío XI dejó dicho en la Encíclica “Quadragesimo Anno” que los problemas de justicia social, no se solucionan con “limosnas”. Siempre hubo un “Resto de Israel”, es decir gente siempre fiel al Evangelio en materia de justicia, que proclamó esto que Alberto Hurtado supo hacer muy bien.

Mientras ojeaba el desaparecido Diario Siete del

día 12 de mayo de 2006, en su página 14 me encontré con una carta firmada por Manuel Blanco Vidal que viene al caso. Dice que la Iglesia se equivoca cuando predica la justicia social; porque eso sólo alcanzaría a “personas naturales”, pero no “a la empresa”. Da razones: los empresarios que no se rigen por la “ética católica” no tienen que hacer justicia; por tanto los “católicos” no pueden mejorar los sueldos de hambre porque quebrarían. No pueden competir con los de la “otra ética”. Encarecer las actividades sociales de la empresa dando mejores salarios es “absurdo”, dice el firmante. Y peor aun, habla de “señales equívocas de personeros católicos que se saltan la economía real por no conocerla o no querer conocerla”. Aun dice más: “Grandes empresarios en Chile y el mundo son muy generosos al efectuar donaciones importantes para fines sociales diversos”. Y volví a recordar las cajas de Navidad.

Lo que intenta decir Blanco Vidal es que los empresarios no pueden actuar con justicia salarial, porque no podrían competir con sus colegas. Pero lo que la justicia social propone desde la Iglesia es que inexorablemente los empresarios tienen que ser todos justos. No hay excepción.

Veamos con atención. Con ocasión del Sínodo último de la Iglesia de Santiago, se manejaron encuestas que afirmaban que un 92 por ciento de los empresarios se definían como católicos. Pero el ocho por ciento restante no son ateos: hay quienes se definen como miembros de otras iglesias cristianas o israelitas que creen en el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. La casi totalidad, según esto, son creyentes. Si son consecuentes con la ley de Dios, los Profetas de Israel y el

Evangelio Cristiano, todos juntos podrían hacer justicia sin que se produjera tan “mala” competencia. Tienen las fuentes de la Fe claras, y a la mano. La “otra ética”, que menciona Blanco, nadie la profesaría.

Pero hay más. Los “buenos empresarios y generosos” deberían estar felices de que se legisle a favor de los trabajadores injustamente remunerados. Así la ley pareja obligaría a los de la “otra ética”, junto con los generosos a subir los salarios injustos. No se podría dar la nefasta competencia, que impide a los buenos ser justos. Lo que ocurre es que “ni los buenos” ni los de la “otra ética” desean dar salarios justos. Esta es la verdad que se ve y se palpa.

Si algo probaran estas argumentaciones de los grandes dueños de los medios de producción sería que el modelo económico es “perverso”, como se lee en la Encíclica mencionada. También prueban que se necesita la organización sindical de los trabajadores; la que con sus acciones en pro de lo que es justo, harían gran bien a sus integrantes. Y también un bien enorme al mundo empresarial: así serían empujados todos juntos, los “malos” y los “generosos” a ser más justos. Tarea urgente.

Actuar “con” los pobres

Desde la *Rerum Novarum*, que enseñó que la asociación sindical del mundo obrero era un derecho “natural”, hasta hoy mismo, el Magisterio en sus distintas formas no dejó de proclamar los derechos de las masas oprimidas y los derechos sindicales. ¿Qué dijo y qué hizo, en todo esto Alberto Hurtado? Muchas cosas,

como también lo han hecho los sindicatos obreros. Hoy él está canonizado.

Es aquí cuando me detengo en otra figura, la de Clotario Blest, sindicalista, contemporáneo de Alberto Hurtado. El dio charlas en las parroquias en que estuve y en más de alguna oportunidad pude conversar con él largamente sobre su trabajo cristiano y su compromiso sindical. Ya siendo él muy mayor y mientras vivía solo lo fui a ver en varias oportunidades a su casa del centro. El visitó siempre a los presos políticos, siempre vestido con overol. Iba una mañana a la semana hasta que enfermó y cuando eso ocurrió lo acogieron los franciscanos. Era un hombre sumamente religioso. Faltan personas como él.

El movimiento sindical hoy está atrofiado; hay grupos empresariales que quieren destruir las pocas leyes laborales que existen y eso atenta contra la dignidad humana, como si quisieran volver al tiempo de Adam Smith, de liberalismo absoluto. Este empresariado es institucionalmente injusto.

El Presidente de la Conferencia Episcopal, Alejandro Goic dijo a la prensa: “(...) Hay que ponerse al servicio del protagonismo de los pobres. No basta desplegar iniciativas “para” ellos. Es la hora de actuar “con” los pobres y “desde” los pobres”⁴⁴. Lo anterior se ha dicho muchas veces y nuevamente en la homilía del Tedeum del 11 de septiembre de 2007, pronunciada por el Cardenal de Santiago en la Catedral. El problema sería que no se les hiciera caso o que se quedara todo esto en “débiles vivencias”, en frase del Documento de Aparecida. Necesitamos verdaderamente, según el mismo texto,

⁴⁴ Diario El Mercurio, 16 de septiembre de 2007. Santiago de Chile.

una muy fuerte “conversión pastoral” y “personal”. Este insertarse “con” y “desde” los empobrecidos es una dimensión profunda de la Misión.

Las Sagradas Escrituras tienen una gran cantidad de exhortaciones sobre justicia social, “liberaciones históricas”, justicia de Dios (el Santo y Justo), el Liberador (Goel), justicia entre los humanos, testimonios; opción por los pobres. Imposible presentar aquí tanta riqueza de Luz y Esperanza sobre el tema que nos ocupa. Vamos a mencionar solamente un texto: la Carta de Pablo a Filemón.

Parece que poco se la conoce, apenas se la lee, menos se la cita. Siendo un verdadero tesoro cristiano. Filemón, dueño de esclavos, se convirtió a la fe cristiana oyendo la predicación de Pablo (v. 19), obraba el bien y la caridad con los necesitados (v. 7) y se distinguía por su amor y Fe para con Cristo Jesús (v. 5). Un esclavo suyo, de nombre Onésimo, por algo malo que probablemente habría hecho, se escapó de donde su amo; huyó lejos, e incluso fue puesto en una cárcel, en la cual estaba también preso el apóstol. Recibió de Pablo instrucción cristiana en la misma cárcel, estando los dos “entre cadenas” (v. 10). Onésimo arrepentido tuvo temor de volver a donde su amo, pero Pablo lo envió con esta carta de recomendación. Lo más importante es esto: “Recupéralo para siempre, y no más como esclavo sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido, que siéndolo mucho para mí ¡Cuánto más lo será para ti, no sólo como amo, sino también en el Señor Jesús... Acógelo como a mí mismo!” (v.15-17).

LA MISIÓN Y LOS JÓVENES

CAPÍTULO X



LA MISIÓN Y LOS JÓVENES

Hace un tiempo, me subí a una micro en Santiago. Sentado a mi lado iba un joven. Al pasar la micro delante de la torre de un templo este joven levantó un poquito su gorro e inclinó la cabeza hacia ese símbolo religioso. Entramos en amena conversación los dos. Le pregunté qué significaba su saludo a aquel templo y me dijo que desde muy pequeño había visto que su madre lo hacía. El también lo seguía haciendo. ¿Cuál es la razón de este signo?: “Mi mamá dice que ahí está el Santísimo, y yo digo que ahí en la iglesia está ‘el Flaco’”. El ‘Flaco’ es Jesús, según él. Y siguió: “El ‘Flaco’ está ahí, pero también anda con uno; si uno agarra un choreo el ‘Flaco’ lo entiende, a mí me entiende. Anoche hubo una pelea en mi casa; mi padrastro dice que no cree, pero yo no estoy ni ahí con mi padrastro. No le hago ningún caso. El viejo dice ‘puras cabezas de pescado’. No lo hablo, no lo inflo. El otro día recé así: “sabís, ‘Flaco’, estoy amargado, me quiero arrancar de la casa, pero mi mami no quiere, y llora. Sabís Flaco, no quiero que mi mami llore ni que el viejo la gritonee, tú me entendís, ‘Flaco’”.

¿Podría haber algún teólogo o misionero en medio

de la cultura juvenil que escriba alguna “Flacología”? Y no es broma, aunque lo parezca. Quizá haga falta una reflexión teológica que incorpore la cultura y el lenguaje del mundo juvenil. Particularmente en los medios modestos, en medio de “los hijos de los pobres”⁴⁵.

Al comenzar el ministerio en Santiago era necesario formularse varias preguntas. Venía de otro país, de otro continente y otro hemisferio. Algunas de las interrogantes eran: ¿Sería bien aceptado por las comunidades de jóvenes existentes en el sector al que fui destinado? ¿Cómo convocar a otros jóvenes? En mi tiempo joven, y por diversas circunstancias, debí asumir responsabilidades de adulto; también esto ayudaba a interrogarse.

Ocurrió lo contrario. El mismo día que llegué a Santiago estuve en una reunión de jóvenes. Antes de 15 días partí como asesor a un campamento de responsables de lo que se llamaba entonces “Corazones y Almas Valientes”, a Valdivia de Paine. Desde ese momento hasta hoy mismo una parte importante de mi tiempo lo he ocupado con jóvenes. Siempre en las bases: en parroquias, capillas, poblados modestos y cárceles, donde la mayoría absoluta de los privados de libertad fueron y son jóvenes. Una gran cantidad me ha pedido desde los inicios hasta hoy que yo fuera su padrino de confirmación o de bautismo. La lista de ahijados es muy grande, por lo que es muy difícil ser un padrino responsable. Algunos, de los primeros tiempos, tienen bisnietos. Otros de los que asesoré como jóvenes están en la tercera edad y otros están recién ahora llegando a su juventud. ¿Resultados de todo ello? Los conoce Dios. Uno ha sido enviado a sembrar y es Otro el que cosecha.

⁴⁵ Salmos, 72,4.

Las preguntas, antiguas y nuevas

En la segunda parte de la década de los '60, la Conferencia Episcopal de Chile daba directrices pastorales en las que priorizaba el trabajo pastoral con la juventud. Posteriormente se crearon, con mucho acierto, Vicarías especializadas para esta labor. Los documentos de Medellín y Puebla pidieron una opción preferencial por los jóvenes –y también por los pobres– en la pastoral de todo el continente. Lo uno y lo otro no salía de la nada. Bastante gente en diversos lugares había hecho esta opción, con anterioridad a los dos acontecimientos.

Algunos hechos: uno, es el desencuentro frecuente entre generaciones. Eterno problema: los adultos se quejan de los jóvenes y estos de los adultos. Podría parecer algo normal que el tiempo mismo lo resuelve. Sin embargo, en estos años, ya del siglo XXI, toma connotaciones más serias y preocupantes. La droga, el alcohol y una cierta desvalorización de la familia se suman a los medios de comunicación que frecuentemente presentan al público contravalores en distintos aspectos de la vida, violencia, crímenes, guerras atroces, libertinaje sexual, consumismo exacerbado y otros similares. No obstante, en la cultura popular debo reconocer que existen ciertos espacios en esos mismos medios de comunicación que sí trabajan por dar información bajo la mirada de testimonios humanitarios.

Sin embargo, la parte negativa pareciera que llega más, impacta más, desorienta, particularmente al mundo joven. Ha de ser constante aquella pregunta ya mencionada: ¿Qué se puede hacer? Siempre fue necesario

aprender a criticar la cultura que nos rodea. Criticar no necesariamente es condenar; es discernir. Si nuestros antepasados en la fe, “las columnas” de la primera Iglesia, habrían de “juzgar a las doce tribus de Israel”: ¿Cómo nosotros, y junto con los jóvenes, no vamos a desarrollar un juicio de valor, la capacidad de orientarse y orientar, en cuanto a lo que entregan los medios de comunicación masivos? Tratamos de hacerlo, y con razón especial, en la hora presente.

En tiempos del gobierno militar, la censura férrea a los medios no permitía al pueblo sencillo conocer lo que en verdad ocurría. La necesidad de información verdadera era fundamental; así se extendió la costumbre de hacer formación cívica en locales de iglesia, y por todo Chile. Los resultados fueron excelentes. En los momentos actuales algo tan sencillo como conseguirse películas o videos, y otros medios con los correspondientes diálogos o foros –como en Internet–, es una excelente forma de desarrollar la conciencia crítica. Cuando el auditorio es propicio, también se ora. Llevar la oración a estos debates, cuando es posible, lo considero sumamente importante. Más aún si se trata de jóvenes y adolescentes.

La entrada a la primera juventud siempre ha sido tormentosa. Un mundo de interrogantes de toda especie se presenta en el intervalo entre el niño y el adulto joven. Siempre sucedió eso, pero en estos momentos el campo de las interrogantes se ha ampliado notablemente. Y la credibilidad para con sus familiares adultos parece haber descendido. La comunidad cristiana de jóvenes tiene la tarea de sustituir, en el grado que sea posible, la poca –a veces ninguna– influencia valórica y cristiana que se transmite de padres a hijos. Así ocurre

muchas veces, sin desconocer las excepciones.

¿Interrogantes? Muy variadas, sobre las fuentes mismas de la Fe o sus contenidos, sobre la parte visible de la Iglesia y su normativa en cuanto a ciertos aspectos de la conducta humana. En lo concreto: ¿Hay que seguir lo que dice la ciencia sobre la evolución de la vida y aún del cosmos, o a la Biblia que afirma lo “contrario”? Entre muchos se da por supuesto que hay una contradicción plena. El Big-Bang, ¿qué explica?, ¿sustituye a Dios creador? La noción de Trascendencia, lo que llamamos los Atributos de Dios, los jóvenes los encuentran poco comprensibles para sus modos de expresión. Como que su lenguaje no está entrenado para aproximarse a su contenido. No es posible que no se planteen interrogantes sobre muchos pasajes bíblicos, que lógicamente han sido escritos miles de años antes de nosotros, usando formas de expresión del tiempo de sus autores humanos.

¿Otras interrogantes? Claro, sobre el autoritarismo del cuerpo eclesiástico, la incoherencia entre el testimonio y predicación de Jesús y lo que hacen y dicen algunos dirigentes eclesiales; episodios históricos antiguos y no exentos de ambigüedad, como las Cruzadas o la Inquisición, o la conquista de este continente por parte de naciones cristianas. Se han reactualizado en interrogantes. En estos últimos años la prédica moralizante de un sector de Iglesia ha sido mal interpretada por matrimonios en dificultades y por sus hijos; por las llamadas minorías sexuales y otros grupos. Las preguntas aumentan. ¿Cómo es posible afirmar que es mejor que se extienda el Sida y la muerte, que usar preservativo?

Oportunidades para la misión

Los agentes de pastoral tendríamos que, por amor al Evangelio y al pueblo que debemos servir, estar preparándonos constantemente. Escuchar con toda atención y aprecio toda pregunta u opinión, o interpelación que se nos pueda hacer, particularmente desde la juventud. La polémica que ha suscitado el Código da Vinci y el Evangelio gnóstico de Judas en los medios de comunicación revelan que el pueblo cristiano entre nosotros no distingue entre lo que es la ficción de una novela y los hechos históricos; no sabe que hay más de cien evangelios “apócrifos” y “gnósticos”; es un asunto de siglos. Urge más información. Todo creyente que trata de ser misionero ha de sentirse privilegiado en esta época que se nos ha regalado, y en medio de esta juventud. Un don de Dios extraordinario. Los salmos de acción de gracias debieran estar de continuo en nuestros labios. Los cuestionamientos que nos llegan son una hermosa oportunidad misionera.

Se nos pregunta “¿Cómo se podría explicar aquello de la creación en siete días, cuando sabemos muy bien que fueron no sólo cientos sino que miles y muchos miles de millones de años de evolución, que han dado la existencia de este cosmos que vemos? ¿Cómo se ha de creer que la humanidad venga de una sola pareja, Adán y Eva, hechos de la greda; en cuanto a Eva también de una costilla de Adán, cuando sabemos cómo ha sido la evolución de la vida sobre el pequeño planeta Tierra? ¿Y la humanidad tiene quizás algunos millones de años y está frente a esta evolución ascendente?”.

Se ha de responder lo que muy bien enseñan los

exégetas de cualquier facultad de Teología, sobre la procedencia de tales o cuales relatos, la intención del autor en cuanto al mensaje que quiere comunicar. Manejar un poquito, y ojalá más de un poquito lo que se llama hermenéutica (interpretación de los textos bíblicos en su contexto, y aplicarla bien en la realidad en donde se aplica). Hay que explicar bien y con el lenguaje de la generación joven todo esto. Pero hay algo más grande: es la oportunidad de presentar aspectos de la Historia de la Salvación que el interlocutor no ha tenido la oportunidad de conocer. En el Antiguo Testamento son anuncios que más tarde se han de cumplir.

La Sagrada Escritura no es ningún tratado de cosmología moderna ni antigua, ni Geología ni Biología. No. Es una colección de libros de Promesas, de Esperanzas, de Anuncios: se anuncia que Dios creará luego un pueblo, el suyo. Algo Nuevo. La Nueva Creación en Cristo. La Nueva Creación en los seguidores del futuro Mesías. Nosotros, “¡creaturas nuevas!”, “hombre nuevo creado según Dios en la justicia y santidad verdadera”. “Revestirnos del Hombre Nuevo”⁴⁶. Allá en el Génesis habrá que explicar lo de la “civilización de la greda”, de dónde venían aquellos relatos, por qué se insertaron en el Génesis los “géneros literarios”. Pero mucho más importante aún es lo que anuncian: la Nueva Creatura, la Nueva Creación. En la palabra de vida del Nuevo Testamento, hay que leer y esclarecer el Antiguo. Esto importa mucho. Esto es la misión. Como lo es el descubrir con el interlocutor nuestro rol activo en la Nueva Creación, para crear nosotros, junto con Cristo, un “mundo nuevo” en que “habite la justicia”.

Sobre la Torre de Babel también preguntan. Parece

⁴⁶ Ef. 2,15; 4,24; Col 3,10

infantil el relato ¿Se puede interpretar que de ahí haya partido la diversidad de lenguas actuales o la pretensión de “ascender” hasta el tercer piso en su parte más alta? Como en el caso anterior, hemos de “dar razón” del significado de la presencia de este relato en el texto sagrado y explicar bien lo que sería de incorrecta una lectura fundamentalista. Pero veamos: ¿Qué se anuncia ahí? ¿Qué Esperanza hacia el futuro? Se responde en el Nuevo Testamento: fijémonos sólo en todo el capítulo de Hechos 2: El Espíritu Santo les da poder de hablar en lenguas, en sus lenguas, a israelitas venidos de unos 16 países distintos.

Las lenguas diversas se unen como si fueran una sola, escuchando “las Maravillas de Dios”⁴⁷: el Kerigma, el Nuevo Pueblo, la “Nueva Creación”, el Cumplimiento. Hay que explicar a todos, particularmente al mundo joven el Poder de la Palabra y la respuesta de la Fe para unir a todos los creyentes, pero muy particularmente a los creyentes del mundo popular y pobre. Unión “en Cristo”, pero con exigencias de actuar unidos en la promoción y acción como “agentes y testigos de la justicia” para un mundo unido, sin esclavos ni hambrientos ni la muerte injusta del pobre que nos rodea.

Es la misión. Así, pensamos muchos, debería ser la iglesia que teóricamente se define como misionera. Hay que estar agradecidos de quienes nos plantean dudas y desean interpelarnos en forma personal o a través de los medios.

Ellos son la respuesta

⁴⁷ Hechos 2,11

Son constantes las interrogantes sobre la cantidad de dinero que dispondría la Sede Romana, el pontificado, así dicen y sienten muchos jóvenes. Uno responde que son equívocos, que hubo varios años seguidos en que los balances allá dieron déficit, que varios pontífices, particularmente los últimos, han sido de origen y familia muy modesta; Juan XXIII en su testamento dejó las cosas de uso personal y una pequeñísima tierra heredada de sus modestos antepasados en Sotto il Monte a sus parientes.

Asimismo, está generalizada la idea de que el cuerpo eclesiástico está más cerca de los sectores sociales altos o más ricos, y más lejos del mundo pobre. Muchos creen que en nuestro pasado reciente la opción preferencial por los pobres sí existía, pero que ahora eso se ha extinguido. ¿Respuestas? Creo que se pueden dar, al menos en parte. No todo el mundo tiene el mismo estilo de vida. Alberto Hurtado no fue el único, ni mucho menos. Ocurre que en este caso quienes lo expresan (otros lo sienten y se callan), ven, se fijan. La mejor respuesta es el testimonio. Lo es en esto y en todo, pero en esto es particularmente decidor lo que podemos ver más que las respuestas verbales. Enrique Alvear, André Jarlan, Blanca Rengifo, Juan Alsina, Clotario Blest, Fernando Ariztía, Oscar Romero son la respuesta. En la historia: Charles de Foucauld, Bartolomé de las Casas, Francisco de Asís y muchos más. En esta materia vale mucho más lo que se ve que lo que se oye. Parece que el modelo económico neoliberal de mercado y su, llamémosle filosofía, está tan globalizado que envolvería también al cuerpo apostólico de la iglesia. Pero existe en este contexto una gran excepción y son aquellos a

los que se refirió Jesús cuando dijo, según san Mateo⁴⁸: “Bienaventurados los pobres según el espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos”. Y en san Lucas: “Bienaventurados los pobres porque suyo es el Reino de Dios”⁴⁹. ¿De estos hay? Sí: ellos son la respuesta. El clamor al Espíritu Santo para que haya muchos más es urgente.

El anuncio del Evangelio en medio de los jóvenes ha ido ganando terreno, gracias a Dios, en cuanto a organización y a liberar algunas personas de otros rubros pastorales para dedicarse por entero a esta urgente labor. Hace tiempo que se quiere avanzar por este camino. Hay directrices reiteradas en Chile, y también en el continente. Los documentos de Puebla y de Aparecida sin duda han influido positivamente.

Con todo, parece urgente incrementar este rubro pastoral. No todo el personal eclesial ha de especializarse en esto, pero sí, en mi modesto parecer, todo ese cuerpo habría de aportar este granito de arena a esta labor, aun sin ser especializados en la materia. Parece lo lógico sin que importe el rubro en que se desarrolla nuestra labor ni la edad que podamos tener ni las dificultades generacionales. El mundo joven recibe sumamente bien a quien les escucha, a quien les valora, a quien se alegra con su alegría y comparte sus dificultades que no son pocas. No podemos descansar en que algunos especializados se ocupen de esto. Todos hacemos falta.

Hagamos que los jóvenes tengan un lugar próxi-

⁴⁸ Mt.5, 3.

⁴⁹ Lc., 6,20.

mo en nuestras relaciones sociales. En todas las celebraciones litúrgicas en que la asamblea se compone de adultos, niños y jóvenes. Sería desastroso que nos dirigiéramos en el culto sólo a los adultos como si los jóvenes y niños no estuvieran presentes.

Tiempo atrás llegué a un lugar de Santiago. Había una reunión de jóvenes y les pregunté por qué no tenían la costumbre de ir el domingo a la misa. Uno me respondió por todo el grupo: “Aquí la misa no es para nosotros, es para gente de mucha edad”. En las celebraciones de la Palabra, con ocasión de aniversarios, tijerales, inauguraciones, administrar la unción a los enfermos, bautismos, funerales, no dejo nunca de dirigirme también a los jóvenes presentes y a los niños. Cuando es oportuno -y procuro que lo sea-, también les pregunto sobre el contenido del Evangelio o del evento que se celebra.

Ausencias

Lo menos que les interesa a los grandes medios es mencionar las causas que hacen que una minoría de adolescentes se desoriente. Las callan. En un hogar dañado por la cesantía, como ocurre en tantos; en los que el ingreso es el mínimo legal, ¿Cómo va a vivir una familia? Ni una sola persona puede vivir con 145 mil pesos.

La gente joven dice que la tienen marginada de la actividad y responsabilidad pública de la nación, como es el caso de su presencia en el mundo político. Un caso no menor, es el sistema electoral binominal: los

jóvenes que pudieran traer inquietudes, proyectos, ideas nuevas, no pueden desarrollarlas. Está la cancha rayada. El modelo económico injusto hace su propio daño a las nuevas generaciones. La escandalosa injusticia social que produce abarca más aún a los jóvenes.

Con todo, son muchos más, muchísimos, los jóvenes con alto grado de responsabilidad: el bien es mayor que el mal.

En este momento recuerdo un caso que vale la pena mencionar. Acaba de morir tras un accidente una mujer joven que deja solos a seis niños que tampoco tenían a su padre. El segundo de los hijos, de 16 años, en medio del drama se comprometió a ser apoderado en el colegio de sus hermanos más chicos y a inscribirlos en el momento oportuno en la catequesis. Quiere ir a los encuentros con los demás papás adultos que van por sus propios hijos. Otros familiares se disponen a atender otros aspectos. Este adolescente nos enseña cómo actuar en momentos gravemente dramáticos.

Otro joven, con quien me encuentro a menudo trabaja en la mañana, estudia en la tarde, es dueño de casa junto a su madre y se preocupa de su familia como si fuera el padre, que está ausente. Además, colabora eficazmente en la pastoral juvenil de su parroquia. Pero los medios no reportean estos casos.

También puedo señalar el testimonio de otro joven que nació en un hogar pobre. Y a los pocos años su padre biológico abandonó su casa. Su madre debió criarlo junto con otros dos más. Tuvo una alimentación deficiente y malas notas en el colegio. A los amigos y

vecinos entre quienes creció les ocurría lo mismo. Todos están marcados por la falta de un padre. El explica que por todo esto él y sus amigos crecieron con timidez, complejos de inferioridad, tendencia al pesimismo y otras dificultades y sufrimientos.

Lo invitaron a participar siendo ya joven en una comunidad cristiana juvenil y luego tuvo responsabilidades diversas en labores de pastoral de la juventud. Participar en estas comunidades, afirma él, “me dieron en buena parte lo que me había faltado por carecer de mi padre; en la comunidad juvenil, con asesoramiento cristiano, encontré fraternidad sincera y me valoraron; también descubrí por primera vez la dimensión religiosa de la vida, absolutamente importante para mí”. Casado ya, y con un hijo, afirma: “No quiero que mi niño crezca sin padre; esto no ocurrirá. Y yo quiero que mi hijo sepa, para que nunca se sienta solo, que Dios es padre y madre”.

A los amigos y hermanos en la fe, laicos, que nos conocemos por tantos años, me atrevo a darles algún consejo nuevamente: examínense en su condición de creyentes, de discípulos y seguidores del Maestro y Señor. ¿Cómo están sus relaciones con sus propios hijos, nietos, con el mundo joven que de una u otra manera nos rodea? Examinémonos todos, pidiendo al Espíritu Santo su luz y nos la dará para ser instrumentos y canales de tal forma que la voz de Dios, su Palabra, pase a través de nosotros y a los que vienen atrás; a las generaciones futuras. Como decía una expresión litúrgica antigua, “hasta la tercera y cuarta generación”.

AGNOSTICISMO

CAPÍTULO XI



AGNOSTICISMO

El pluralismo es una realidad que todos la vemos. Un hecho mundial. Pluralismo político, ideológico y pluralismo religioso. Así es también en Chile. ¿Cómo se puede anunciar el Evangelio y el Reino en un mundo tan plural? El anuncio del Evangelio no se ha de detener; se ha de proponer. Algunas veces, aunque sea las menos, la Palabra no es bien recibida, pero el testimonio siempre lo es.

Charles de Foucauld, monje y misionero, cuando llegó a compartir su vida y la pobreza con los musulmanes en el desierto de África –donde lo asesinaron en 1916-, no podía predicar el Evangelio con la Palabra, entonces lo hizo con el testimonio heroico. “Predicar con la propia vida”, solía decir y, a la vez, afirmaba que no se puede callar. Los creyentes “no podemos ser perros mudos”, decía. El anuncio de la Palabra es algo tan grande que requiere la libertad del oyente.

El pluralismo es muy variado. Múltiple. Es un hecho que no se ha de ver solamente con lente negativo. Eso sí, es altamente necesario que los presbíteros, laicos, religiosos, jóvenes, hombres y mujeres tengamos la correspondiente información e instrucción sobre lo que

piensan, hacen y sienten quienes no pertenecen a nuestro credo cristiano-católico. De tantas formas de pensar diversas que componen este pluralismo, solamente vamos a mencionar dos grupos humanos. Uno de ellos es el agnosticismo.

Hace algunos años se decía o percibía que el mundo estaba penetrado de ateísmo. Un ateísmo militante, argumentado. Algunos Estados lo tenían como su ideología. Un caso de especial intolerancia fue Albania. Procedía de diversas raíces. En algún momento se habló de novecientos millones de ateos en el mundo; en unos cuantos años se trastornó este cuadro enteramente. Es una pequeña minoría en todas partes. Pasó el tiempo en que los estudiantes de enseñanza media o universitaria llegaban diciendo, “yo soy ateo” y esperaban oír el eco de su afirmación. Era como una moda, que generalmente se les quitaba después de algún tiempo. Hoy se da en casos más excepcionales.

Se presenta ahora otra forma de hablar y/o de sentir que se llama agnosticismo. Pocos llegan diciendo, soy “ateo”. Dicen: “Tengo un amigo que es agnóstico. O, mi polola o novia es agnóstica”. Otros preguntan de qué se trata porque lo escuchan en su ambiente, e incluso en ambientes académicos que dicen promover la tolerancia, donde declararse católico o cristiano “no viene bien” y lo que sí se estila es declararse en algún grado agnóstico. Eso, que he visto y oído, implica para muchos académicos “tener mayor nivel intelectual”.

Entre los griegos había muchas formas de pensar o sentir. Las palabras gnosis o agnosis, vienen de ellos. Estos dos términos se miden de acuerdo al grado de

confianza en la razón humana. El agnosticismo quiere decir que nada sabemos más allá de lo que tocamos u oímos o vemos, como si sólo el conocimiento que se genera en un laboratorio fuese el único. No estaríamos capacitados para ir más allá de esto; o de lo que pueden encontrar en un laboratorio. Incluso se podría pensar que desconfían de todo sistema filosófico. Hacer historia de estos temas, o profundización teórica, no es la finalidad de este escrito.

En el campo religioso tiene amplia repercusión. Los agnósticos no son ateos, en forma afirmativa o argumentada, porque “no saben”; no pueden afirmar que Dios no existe. Tampoco pueden, según ellos, afirmar utilizando el raciocinio humano, que Dios existe. Porque es precisamente en cuanto a ese raciocinio que “no saben”. Pueden parecer frases teóricas, pero están en el ambiente; también en los medios modestos en que uno se mueve. Es una forma “cultural” antigua, pero muy actual.

La libertad de la fe

Tengo muy buena amistad con una familia colaboradora de la Iglesia en el campo solidario –sobre todo con los encarcelados– y en sentido amplio. Parte de sus integrantes también participan en labores de evangelización. El dueño de casa siempre se definió como agnóstico y colabora también en la acción solidaria. Viven en la comuna de Las Condes y no encuentran obstáculos para desplazarse a sectores modestos. Sus hijos fueron educados con instrucción cristiana, por la influencia de su madre, pero con la plena aprobación

de su padre. Cuando alguien en su familia, por parte de él o de su mujer, pasó por enfermedades delicadas, me llamaron siempre para la atención religiosa. El siempre fue de los primeros en pedir que yo les visitara en tales circunstancias.

Cuando él mismo estuvo enfermo de cierta consideración, también pidió mi presencia. Como no es allegado a la iglesia, su petición era en el sentido de que fuera a orar junto a su familia y así nosotros hiciéramos la oración que él no hacía. Dimos cumplimiento a su deseo. Pero luego amplió su sentir: quiso que la celebración de la Palabra y Oración fuera en la misma pieza en la que él estaba convaleciente. Así se hizo. El estaba muy agradecido por este servicio religioso, aunque él no oraba. Fácilmente se comprende su sentir y su pensar. Usa su libertad –esta libertad es algo grande– para tomar sus decisiones. Todo esto tiene que ver con la Misión.

Los hechos vividos hablan mejor que las formulaciones genéricas. Recuerdo la historia reciente de un hombre joven que creció en Osorno y que procedía de un hogar muy tormentoso, donde la violencia intrafamiliar era muy dura. Su madre, sola, no pudo tener la justa autoridad y disciplina adecuada hacia él. A los 13 años entró en el mundo del alcohol y “malas” juntas. Se vino a Santiago para estudiar la enseñanza media y a los 18 años cayó fuertemente en el mundo de la droga, aunque sí terminó los estudios secundarios y continuó estudios superiores, pero sin poderlos terminar a causa de sus problemas de adicción. Vivió innumerables dramas. En julio de 2005 quiso dejar las drogas y el alcohol, y en ese momento le ofrecieron un camino religioso, según

él, muy impositivo: “Que Dios te sana”... “Que hay que sacar el demonio de ti”... El no entendió y no aceptó ser parte de este mundo pentecostal, porque estas expresiones religiosas tan bulliciosas no iban con él.

Este hombre joven fue bautizado siendo un niño, pero no tuvo ninguna otra catequesis. Él siente que su vida, hasta hace muy poco, se podría definir como agnóstica, en cuanto a la dimensión religiosa, aunque no usara esa palabra ni se dedicara a debatirla. Así, en una oportunidad en el Sur, en plena crisis por drogas y alcohol, a la hora de la amargura, e insoportable soledad, se subió a un roquerío alto y estuvo al borde de un precipicio. Dudaba sobre lanzarse al vacío. Con una mano se agarró de una rama o algo similar y en la otra mano tenía una botella de licor. “Desafié a Dios”, me dijo más adelante. “Dios, ¿dónde estás?, si tú existes muéstrate y sácame de aquí”. Salió del lugar con vida. Pero con una dura reflexión: “No vi ni una señal y experimenté una soledad más que común, descomunal”.

La soledad fue terrible durante años; un vacío universal y espiritual muy profundo y doloroso. La soledad destruye y mata. Con frecuencia por las noches lloraba sin parar. Alguna vez, me contó, tomó un pequeño Nuevo Testamento que había en su casa; leía un poco, como buscando algo. Para él era urgente encontrar alguna forma de paz, pero ésta no llegaba. Lanzó al suelo aquel Nuevo Testamento, desesperado.

Todo ese tiempo de vida fue como la experiencia de la ausencia, y peor aun, acrecentada por el pésimo recuerdo del padre. Una carencia más amplia y generalizada que la de la persona concreta que fue su

progenitor biológico. En la mayor parte de esos años él no manejaba la palabra agnosticismo, no estaba en el lenguaje común de sus amigos. Pero obviamente que ahora, de un tiempo a esta parte, si la conoce y más aún, con ocasión de su matrimonio por la Iglesia, tomó contacto con otras personas y otra comunidad cristiana. Encontró acogida y verdadero diálogo sin que nadie se escandalizara ni mucho menos de su dura historia. Encontró personas creyentes, verdaderamente “hermanos”. Estos hermanos, según él, le “dieron razón de su Esperanza”⁵⁰ que él necesitaba, la que buscaba o pedía y no encontraba.

Ahora se confiesa cristiano. Quiere que sus hijos, mañana, tengan ideal y esperanza cristiana. De esto –dice–, viene la fuerza para enfrentar situaciones, encarar con alegría la vida y el futuro. Ahora tendrá sentido tener los hijos que no quería tener, con Dios Padre en el horizonte.

En el diálogo con estas personas se percibe un sentir y una conducta muy tolerante, lo que es positivo. Algunos dicen sentirse alejados de la Iglesia por los dogmas que nosotros profesamos. Asocian dogmas con intolerancia. También una parte de ellos piensa que muchas afirmaciones, o tomas de posición de sectores eclesiásticos en variados campos, son “dogmas”. Y no lo son, como todos sabemos. Justamente lo que perjudica la pastoral y el anuncio del Evangelio, es el discurso “dogmático” en temas que no son “dogmas”. Así como las posturas que en la historia fueron intolerantes, y por las cuales pidió perdón Juan Pablo II variadas veces; han hecho mucho daño. También lo hace ahora el discurso moralizante agresivo y discriminador. Quienes lo

⁵⁰ I Pedro 3,15

escuchan, piensan en forma demasiado rápida que son “dogmas” inamovibles cuando no es más que la opinión de algún sector y no lo es de la totalidad de la Iglesia ni mucho menos.

Trascendencia

En mi modesta experiencia, el presentar las verdades centrales de nuestra Fe y el lenguaje con que se las nombra o describe compenetrado con el Amor, con la esperanza cristiana actual y eterna, es incompatible con la intolerancia. El lenguaje del Evangelio de la Misericordia, de la Paz, no conoce la intolerancia. Hay un equívoco en la opinión pública, que habría que esclarecer.

Cuando los agnósticos ven que personas o sectores de Iglesia que conocen, “gritan el Evangelio con la propia vida”, frecuentemente se interesan. Si confían en el carácter tolerante, servicial, y humanitario del creyente, también muchas veces oyen la Palabra.

El obispo don Bernardino expresa muy bien lo siguiente: “Lo captó muy bien el ex Presidente Lagos cuando habló de mi libro en el lanzamiento. El dijo: Usted es un cristiano que predica el Evangelio, pero usted lo predica de una manera en que los que no somos cristianos lo entendemos y nos interesa’. Ese es mi esfuerzo”⁵¹.

No es tan infrecuente que alguien agnóstico se acerque a Dios. Y en otros casos que sea creyente y con vida cristiana desarrollada. También existen corrientes teológicas que responden a estos creyentes en algún grado, como por ejemplo el Fideísmo.

Los contenidos de la fe cristiana se presentan en

⁵¹ Revista Mensaje N°551, p.18. Santiago de Chile.

un contorno y un grado de oscuridad. Esta oscuridad no es igual al agnosticismo ni a la duda. Se trata de que Dios es siempre mayor que nuestra razón. Tal oscuridad no impide el desarrollo y crecimiento constante de la fe sino todo lo contrario: la hace más libre, más personalizada, más madura. Más apta para el diálogo con quien piensa diferente.

Informémonos y preparémonos en forma adecuada y constante para esta misión en relación con estas personas que adhieren a esta “cultura” que comentamos. Se trata de manifestar nuestras convicciones en un contexto amistoso; una amistad que se busca no como una táctica para convencer, sino porque son personas y tienen valores humanos y humanitarios, como su amor por la libertad y otros.

El agnosticismo, si fuera químicamente puro, crea en la persona un grave vacío: ¿Qué es vivir? ¿Para qué? ¿De dónde venimos y para dónde vamos? ¿Qué consistencia tiene mi existir y el existir de las personas que yo amo? ¿Qué futuro le espera al amor sincero que está dentro de nosotros, y dentro de aquellos que queremos? ¿Qué sentido profundo tiene y a largo plazo el bien que tratamos de hacer? ¿No hay dentro de nosotros un deseo arraigado de que los hijos de uno llevaran algo dentro, abierto a la Eternidad, algo más lúcido que el “no saber”, y más fuerte que la muerte?

Si no optamos por responder éstas y otras preguntas, para nosotros mismos, para quienes nos son más próximos, ¿qué sentido tiene todo lo demás? ¿Qué futuro?

Es en este punto donde recuerdo la historia de

una persona relativamente conocida en Chile y agnóstica, quien relató en una revista, no hace mucho, el impacto que le produjo la muerte de un amigo, quien junto a su familia tenía convicciones cristianas. La muerte de este amigo caló hondo, provocando en él un gran vacío, pero también le impactó la reacción de la familia de su amigo: ellos sobrellevaron aquel dolor con fe y esperanza. Quien sintió este impacto y este vacío añora la esperanza de los otros.

Esta reacción se parece a las que se producían cuando el existencialista francés Gabriel Marcel dialogaba con sus amigos agnósticos: “La muerte de quien uno ama, ¡la muerte del amigo!” puede aniquilar la esperanza si uno no tiene un sentir de trascendencia.

Nos toca vivir el trozo de tiempo que se nos ha dado. Nosotros no hemos elegido el mundo que nos rodea durante nuestra corta vida (aun la larga es corta). Es el mundo que Dios ha querido o ha permitido que en él se mueva nuestra existencia. Aceptémoslo con alegría, así como es, aportando nuestro granito de arena, en cualquier orden de cosas, para mejorarlo, sobre todo acrecentando nuestro sentir solidario en medio de sectores empobrecidos. Procuremos aportar la fe y esperanza que llevamos dentro. Es lo más importante. A este pedacito de historia en que se mueve nuestra existencia démosle un sentido más grande que los pocos años que dura.

No se avanza mucho quejándose de todo. Llevamos dentro, si es que deseamos llevarlo, algo más grande y seguro que la desesperanza o la amenaza de un “no saber”. Es cosa de querer optar por darle a este

corto vivir un sentido radicalmente creyente y lo más lúcido posible.

LA “DOGMÁTICA” DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ

CAPÍTULO XII



LA “DOGMÁTICA” DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ

En la misión también nos encontramos con otro de los grupos humanos muy alejados de nosotros y de todas las iglesias cristianas. Se trata de la Congregación de los Testigos de Jehová. Nosotros estamos obligados, por amor a Cristo, al diálogo fraterno con todos. No deberíamos tratar mal a nadie porque piense distinto o porque esté equivocado. El amor es universal y tienen derecho a él los integrantes de esa congregación. También se percibe en las personas de esa organización cosas buenas y positivas. Es justo reconocerlo: creen en la trascendencia de Dios, defienden la fidelidad del matrimonio cuando los dos son de su misma asociación; son contrarios a la droga, al alcohol y otras formas de vicio; dan generosamente su tiempo, son fraternales entre ellos y tienen un profundo sentido de la disciplina. Todo eso es muy positivo.

Procuraremos siempre tener un espíritu ecuménico, un diálogo entre diferentes iglesias u otros credos religiosos. El ideal es que conozcamos lo mejor posible estos otros credos; sus fundamentos, sus orígenes. Con mayor razón hemos de conocer siempre mejor nuestro propio credo. Por lo menos debe existir el deseo eficaz

de hacerlo, de desarrollar el propio conocimiento, y la propia conversión constante al Señor. Así podremos realizar con buenos resultados el diálogo Ecuménico.

Imposible en tan modesto escrito siquiera mencionar a todas las iglesias cristianas u otros credos religiosos no cristianos. Páginas atrás decía que, en forma breve, hablaría de dos grupos: los agnósticos y la Congregación de Testigos de Jehová.

Elijo este último grupo por algunas razones: visitan frecuentemente todas las casas de Chile y un alto porcentaje de la población afirma que poseen una alta dosis de fanatismo. Atemorizan a la gente modesta, según testimonios muy numerosos, anunciando grandes catástrofes bajo la palabra de Armagedón; le dan indebidamente un sentido de catástrofe. Por vía del temor se les acerca buen número de adeptos. Todas las iglesias cristianas, para ellos, somos “la gran apostasía”, ese tipo de disidencia dura, que fractura.

Siendo así, ¿cómo podemos practicar el ecumenismo? Desde nuestra parte, de la forma más cristiana posible. Se dirigen a nosotros, los escuchamos ya que traen estudiado lo que quieren decirnos. También tomamos la palabra con lenguaje fraterno, pero claro, y les decimos nuestro parecer, lo que encuentro que es un deber de conciencia en particular en lo relativo a su traducción bíblica llamada “Nuevo Mundo”, intencionalmente mal traducida en muchos casos, aunque los que hacen las visita casa a casa no lo sepan. En forma cortés y lenguaje fraterno, siempre. Es el ideal. Pero se comprende que personas nuestras, que no hayan tenido oportunidad de interiorizarse de lo que se trata, les di-

gan que no desean atenderles.

Su fundador en el siglo XIX, en Estados Unidos, fue Charles Taze Russell, hijo de padres protestantes. Russell dejó la iglesia de sus padres y se unió a un equipo de ex adventistas, uno de los cuales se llamaba Barbour. Fundaron un grupo nuevo que se denominó Estudiantes de la Biblia. Luego Russell formó la Sociedad Watch Tower (Atalaya); pronto salió su revista con el mismo nombre; esa publicación se distribuye hasta hoy.

Russell y sus colaboradores establecieron una especie de “dogmática”. Como una lista de “verdades”, o enseñanzas formuladas por él y sus primeros socios. Se las entregaron a sus nuevos seguidores como enseñanzas inamovibles. Así, lo que tenían que hacer los “estudiantes” era hacerle decir a la Biblia las enseñanzas de Russell. Les era difícil esta tarea, porque las traducciones bíblicas que había en ese tiempo en inglés no coincidían con lo que Russell enseñaba. En sus primeros tiempos usaron una traducción en inglés llamada La Biblia del Rey Jaime: era una traducción bastante mal hecha que no era usada en esa época en las iglesias cristianas de Estados Unidos. Usaban otras versiones. Cuando tuvieron adeptos en países de lengua castellana, utilizaron la traducción de Reina-Valera, de amplio uso en las iglesias evangélicas. Pero esta versión tampoco legitimaba lo que Russell les había mandado profesar. Las contradicciones eran muy notorias.

La Biblia de Nuevo Mundo

Para remediar esta disconformidad entre los textos bíblicos y lo que ellos tenían que pensar y practicar, acordaron hacer ellos mismos una propia traducción que fuera fiel a lo que Russell les había dejado como creencias y normas. Crearon un “comité de traducción de Nuevo Mundo”. Procuraron mantener en secreto hasta hoy los nombres de esos traductores, pero igual se conocen. En el prólogo de su versión dicen que el secreto es por razones de humildad. Pero nos parece más bien que el secreto se mantiene por otras razones, como la falta de competencia en el trabajo de traducción. Fueron: Frederik W. Franz, Nathan H. Knorr, Albert Schroeder, Milton Henschel y George D. Gangas y algún ayudante más. Ninguno de ellos conocía en profundidad las lenguas originales bíblicas, ni mucho menos. Estas son el hebreo antiguo y el griego coíné. En las primeras páginas de su traducción confiesan, en la edición castellana de Nuevo Mundo, que tradujeron del inglés. Está tan mal traducida que a los textos originales que están en desacuerdo con lo que ellos profesan –que son muchos– les cambiaron el contenido al traducir. Le hacen decir a su traducción lo que ellos recibieron de su fundador. Expertos bíblicos de peso, ya sean católicos o protestantes, coinciden en todo esto.

Siempre procuraron que su lista de creencias fuera lo más contraria posible a lo que enseñan todas las iglesias cristianas. Así, el fin del mundo iba a ocurrir en 1914. No pasó nada. Luego lo pusieron, después de varios titubeos en 1975. Nada ocurrió. En algún momento hablaron del año 2000. Nada. Ahora dicen que es inminente, pero no ponen fecha.

Otros puntos: si todos los cristianos hablamos de

la Cruz, con razón, ellos no; dicen que Jesús murió en un palo vertical. Jesús, para ellos, es un “dios” secundario. Ellos tienen dos “dioses”: uno es Jehová, “Todopoderoso”; y otro Jesús, un dios solo “poderoso”. Su concepción del reino no es la predicación del Reino de Jesús, ni lo que entienden por ella todas las iglesias cristianas. Ellos profesan un extraño milenarismo, sin fundamento. El Espíritu Santo, según ellos, no es una Persona, a lo más es una fuerza activa. La Trinidad en la que creemos todas las iglesias cristianas, para ellos es una superstición. Si el mundo cristiano tiene templos o capillas, ellos ninguna de las dos cosas: “salones” del reino. Si el mundo cristiano habla de obispos, ellos no: son “superintendentes”. La palabra “iglesia”, según ellos, significa apostasía. Y muchas cosas más de ese tenor.

En cuanto a la sociedad civil, los Testigos de Jehová ejercen una actitud y un lenguaje altamente negativo. Imposible esperar colaboración alguna de ellos para mejorar el mundo o que puedan participar en sindicatos o en obras de justicia social. No. Las “liberaciones históricas” sobre las que habla abundantemente la Biblia no las toman en cuenta. Russell no les dejó dicho nada de esto. Además, profesando la inminencia de una hecatombe en que todos pereceremos menos ellos, ¿para qué preocuparse de la sociedad? Seguir a Jesús, en cuanto a los pobres, los marginados, los preferidos del Reino, no lo conocen. Profesan que viene “la destrucción de este estado de cosas”. A uno le dicen y se les escucha siempre: “Viene el fin del sistema de cosas actual”. Es uno de sus “dogmas”. No es que se refieran al cambio de un “sistema de cosas” injusto por otro mejor. Quienes sobre la tierra desean y aportan lo que pueden para un mundo mejor no podrán encontrar su colaboración.

Dentro de su misma organización, los discípulos de Russell tienen un autoritarismo extremo. Mejor lo expreso con dos o tres hechos de los variados que he tenido la oportunidad de conocer:

Por el año 1970, en el interior de una familia donde los dos papás eran Testigos de Jehová, en la comuna de Conchalí, uno de los hijos tenía buenas notas en sus estudios y aprobó el ingreso a la Universidad Católica, donde quería estudiar Medicina. Los padres se opusieron rotundamente. Razones: el estudio duraba como siete años, pero como el fin del mundo vendría en 1975, él no alcanzaría a terminarlos. Además, como esa profesión tenía que “tocar la sangre”, por ningún motivo podría estudiarla. Aquel joven perdió la oportunidad. Lo lamenta hasta el día de hoy.

En la comuna de Recoleta, un matrimonio pidió casarse por la Iglesia: necesitaban certificados de bautismo. La madre del marido era Testigo de Jehová, pero cuando nació su hijo lo bautizó en la Iglesia Católica. Cuando fue a preguntarle en qué parroquia lo había bautizado, ella le respondió lo mismo que ya le había dicho muchas veces: que no lo consideraba hijo porque no iba al “salón del reino”, que no se lo iba a decir. Hubo que buscar el certificado por otra vía.

Recientemente, una pareja de novios también quiso casarse por la Iglesia. La joven mayor de edad, hija de una señora de esa congregación, se encontraba con la férrea oposición de su madre; que al final la presionó con lo mismo: que no sería más hija suya. Se le aconsejó a la joven que le restara importancia y que la siguiera queriendo como a su madre que es, aun cuando ella

diga lo que estime conveniente. Imposible narrar la cantidad de anécdotas que uno conoce bajo circunstancias muy parecidas.

Quienes procuramos escuchar a los Testigos de Jehová, nos damos cuenta perfectamente que quienes les dirigen les imprimen una alta dosis de intolerancia e incapacidad para el diálogo. En todo caso, hemos de mirarlos como a hermanos, eso también es misión.

Voy a mencionar aquí algunos textos del Nuevo Testamento que la traducción llamada Nuevo Mundo los expone en forma altamente equivocada. El poner las citas bíblicas que siguen no es por afán de erudición; ni por complicar al lector con algunas expresiones de lenguas originales. Es por que se ha afirmado que la versión bíblica “Nuevo Mundo” tiene textos abiertamente mal traducidos, lo que no es una afirmación gratuita o arbitraria. Por eso van los siguientes textos:

Para rebajar la persona de Jesucristo:

En el salmo mesiánico 110, versículo 4: todas las traducciones bíblicas anuncian al Mesías así: “Tú eres sacerdote para siempre”. El NT igual.

Pero la traducción de Nuevo Mundo dice: “Tú eres sacerdote hasta tiempo indefinido”. Se ve que no es lo mismo “para siempre” o “indefinido”. En el original hebraico la palabra “OLAM”, significa “eternidad”.

En Tito 2,13: todas las Biblias dicen: “...La gloriosa manifestación de nuestro gran Dios y salvador Jesucristo”.

Pero la versión Nuevo Mundo registra: “...Gloriosa manifestación del gran Dios y de nuestro salvador Cristo Jesús”. Hay una añadidura: “de nuestro”, lo cual cambia

el sentido original, por eso lo agregan la expresión “de”, que no está en el original. Es “KAI SOTEROS”. No está “de”. Cambia. Pero igual podríamos ver en: II Pedro 1,1; 11 Cor.4,4; Mt 2,11; Mt 28,17-19; Jn 8,24.28.58; Jn 1,1; Jn 1,4. Y muchos más.

Para negar la existencia personal del Espíritu Santo:

En I Tim 4,1: todas las Biblias mencionan Espíritu (Pneuma en griego en letra mayúscula y sentido Personal). Pero la traducción Nuevo Mundo lo cambia y le llama “la expresión inspirada”. La palabra Espíritu, en innumerables lugares la ponen en letra minúscula o cambian por una expresión que altera el sentido. Así lo hacen en relación con otras variadas creencias que ellos tienen.

Recuerdo aquí que en la parroquia Nuestra Señora del Carmen de El Salto teníamos un policlínico en bien de los sectores más afectados por la pobreza. Se atendían muchas personas que no tenían acceso en aquella época, en tiempos del régimen militar, a la medicina. En una oportunidad me visitó un hombre muy indignado contra el personal médico de aquel modesto consultorio. Era testigo de Jehová, y para tratarle la dolencia que le aquejaba le estaban recetando unas inyecciones intravenosas.

El encontraba que eso era monstruoso, algo así como una blasfemia contra Jehová, ya que no se puede “tocar la sangre”, una especie de “dogma” que solo ellos profesan. Hablé con el personal de aquel policlínico por si podrían recetarle algo que “no tocara la sangre”. Los profesionales encontraban el hecho chistoso, además decían que al final, igual ese fármaco llegaría a la

sangre. Pero el quedó muy conforme y agradecido.

Posteriormente, el mismo hombre también llevó al consultorio a uno de sus hijos que necesitaba atención de salud e igualmente me pidió que intercediera para que no le “tocaran la sangre” de su pequeño paciente, cosa que yo hice. Nuevamente se sintió muy agradecido, anunciando para nosotros, bendiciones de Jehová.

Quienes hemos querido ser misioneros, según mi modesto modo de ver, tratamos de hacer lo posible y aún lo imposible para establecer diálogo con todas las culturas y todos los credos religiosos alejados de nosotros; aunque esto plantee las dificultades mencionadas. También a veces un diálogo por escrito. Es una hermosa oportunidad de escuchar y aprender. También de parte de uno, de “proponer” los correctos contenidos de la fe. Escuchar con atención y aprecio y expresar lo que uno en conciencia siente es misión.

RELIGIOSIDAD POPULAR

CAPÍTULO XIII



RELIGIOSIDAD POPULAR

Procedente del campo, crecí en un ambiente de lo que llamamos “religiosidad popular”, como ya he contado. El catecismo que se venía usando por algunos siglos, tenía el valor de enseñar el Credo y otras “verdades” de la fe como los Mandamientos. Esto era importante para las masas humanas que en los hechos no tenían, en su mayoría, ulteriores oportunidades de una formación más profunda. Se aprendía de memoria. Aquellos catecismos no usaban el lenguaje del Nuevo Testamento, lo que ya era una grave deficiencia. Tampoco tomaban en cuenta la realidad de la gente ni los hechos históricos que afectaban su vida, ni el clamor y la situación de los empobrecidos. Las homilías que uno oía más bien se reducían a lo moralizante. Sobre la predicación del Reino y sus implicaciones históricas poco se escuchaba.

Hubo intentos de mejorar esto ya antes del Concilio Vaticano II, pero fue éste el que apuntó hacia cambios profundos, así como también Puebla, y otras directrices. Hubo y hay esfuerzos para “evangelizar la religiosidad popular”, aunque con resultados diversos. Mi generación conoció una época en que se criticó con energía las limitaciones de esta “religiosidad”, pero sin que a la vez se anunciara el Evangelio con la debida fuerza y poder; por esto se produjo un vacío pastoral.

Luego se volvieron a estimular estas prácticas religiosas sin la adecuada evangelización, lo que representó un serio retroceso.

En las creencias populares hay que distinguir aquellos aspectos que no dicen relación con lo cristiano y otras formas de religiosidad que sí lo tienen, en el contenido y en el lenguaje. Los hechos vividos que siguen aquí son de los primeros.

Creencias y temores

El mismo día en que pongo esto por escrito me visita una señora. Son cinco personas en la casa. Con mucho temor me dice que los visita un “fantasma”, y que todos lo ven. Su marido tomó un palo para defenderse el y defender a los suyos; pero sólo logró romper los vidrios de la casa. El fantasma volvió, porque no fue eficaz el palo. Me pide agua bendita para que se vaya este visitante no deseado. Se les está atendiendo. Les entregué el Padrenuestro escrito a todas las personas de la familia, para que lo reciten; dos personas de la comunidad cristiana los visitan para conversar, leer la Palabra y comentarla con ellos, orar juntos y pedir a Dios la esperanza cristiana.

Hace muy poco tiempo me buscaron también porque había dos o tres casas juntas que estaban “cargadas”. Querían que yo hiciera “algo” para liberar estas viviendas de esos “poderes malignos”. Allá fui a conversar con las familias. Oramos en calma. Tenían niños en edad de catequesis. No sabían mucho de esto, pero los animé a integrarse. También a los jóvenes de estas fa-

milias invité a llegar a alguna instancia juvenil de Iglesia. Parece que les quedó claro que a quienes desean ser hijos de Dios, ninguna entidad maligna puede dañarlos.

Es frecuentísimo que acudan a la Iglesia porque algún familiar ha sido “poseído por el diablo”. La persona hace gestos, da gritos o tiene reacciones que hacen que la familia crea que ésa es la causa. Otras veces culpan de los problemas a vecinos o a determinadas personas que les han lanzado algún “mal”. Es un fenómeno generalizado afirmar que los niños chicos han sido “ojeados” o que los espíritus de los antepasados vinieron a “penar”, lo cual encierra las más diversas reacciones y percepciones. Estos espíritus unas veces dan “consejos” o presentan “exigencias” a sus familiares; o les comunican “secretos”. También les piden tales o cuales acciones para dejar de penar. Vienen donde uno con no pequeña angustia. Es la oportunidad, incluso privilegiada, para explicar el sentido cristiano de la muerte, la vida eterna.

La joven a la que una “mano” la ahogaba de noche llegó a tal extremo que toda la familia quería abandonar la casa, pero con oración y con calma se pudo saber que ella se angustiaba durmiendo y ella misma se hacía daño inconscientemente.

Recuerdo una vez que durante un velorio, al que asistían personas de la familia que habían participado en sesiones de espiritismo, comenzó el rumor de que había desaparecido el cadáver del ataúd. Entendieron que el diablo se lo había llevado. Era un escenario caótico al que me convocaron. Fueron a buscarme para que fuera hasta allá. Entonces leí un texto bíblico y se lo expliqué a la gente angustiada, pero nunca me referí ni mencioné

ese “hecho”. Cantamos cánticos al Señor, conversé con los familiares y me fui. No sé cómo, pero encontraron ellos solos el cadáver donde debía estar y siempre debe de haber estado. ¿Acaso era sólo sugestión?

Sacramentos y bendiciones

En este tipo de religiosidades, el “diablo” tiene un alto protagonismo. Acuden al sacramento con la idea de que uno posee “poderes” mágicos que ahuyenten esta naturaleza de males. Cuál es la verdadera misión del presbítero y de la comunidad cristiana, no la saben, ni es posible explicarlo en dos palabras. Pero sí, uno trata de hacerlo. Las comunidades religiosas pentecostales con frecuencia dan un gran protagonismo al demonio en medio de los poblados modestos. Comúnmente hay en las casas variados santitos y símbolos religiosos, pero sus habitantes no participan en la liturgia oficial de la Iglesia Católica porque no la entienden y se aburren; tampoco entienden el lenguaje de nuestras homilías. Al menos en un porcentaje muy alto de casos. A lo que sí acuden es a peregrinaciones a los santuarios: esto es masivo y muy conocido.

Los sacramentos de la Iglesia les dan una motivación, en algún grado, mágica. Particularmente el bautismo y la unción de enfermos. En cuanto al bautismo hay conversaciones previas. Respecto de los enfermos graves se ha extendido una hermosa práctica: agrupaciones laicales de la Pastoral de Enfermos los visitan y oran con ellos. Sin embargo, vienen a buscarle a uno frecuentemente cuando aquel familiar está ya muy grave. Llegan con gran urgencia; si uno no está recorren a otras pa-

roquias, suelen decir expresiones como esta: “Está tan grave que solo lo espera a usted”, “venga pronto para que descanse”, “sólo le falta que usted vaya”. Ya sabe uno que debe explicar esto con paciencia por todo el tiempo que sea necesario. En la unción se ora para que el enfermo viva. No debiera uno irse de ese hogar sin que comiencen a entender esto.

No soy especialista en religiosidades o en sociologías religiosas. Solo deseo ser misionero. Hay directrices en la Iglesia de Chile para Evangelizar estas creencias populares. Ponerlas en práctica y mejorar lo que se hace es de sentido común cristiano. Pero debe haber también el estilo personal, la creatividad misionera en las modestas tareas de cada día:

Llevo conmigo siempre escritos, el Padrenuestro, el Credo, el Avemaría, el Gloria; también algún texto bíblico corto que apunta hacia algún contenido profundo de la fe. A todas horas piden que les bendiga una medalla, anillos o argollas de “ilusiones”, algún santito, un niño que se asusta, últimamente unas pulseras, una casa, algún sector de ella en que dicen ver o sentir fenómenos preternaturales; también banderas, monumentos, recuerdos. Y muchas más cosas. Nunca me niego a hacerlo; siempre que puedo voy. Pero nunca lo hago sin explicar que las “bendiciones” no son mías: bendice Dios. Que les quede claro. Uno sólo es instrumento; uno pide a Dios que les bendiga y Él es el que bendice. En el cuerpo sacerdotal no debiéramos dar motivo alguno para que nos divinicen. Nos hace mal. Somos instrumentos de Otro y nada más. Estas cosas parece que contribuyen a una forma de clericalismo; con el peligro de sustituir a Dios en algún grado por el cuerpo eclesiástico. El pueblo

creyente ha de entender que su oración es excelente. El Señor la oye, sobre todo el “clamor de los pobres”.

Dique de contención

La religiosidad popular es de contenido cristiano; aceptada, a veces estimulada, por la Iglesia: peregrinaciones a santuarios, devociones marianas, veneración a los santos, mandas u otras formas conocidas. Para algunos estas formas de religiosidad son algo importante y grande, y no quieren reducirse a una elite o minoría. Otros se sienten en su verdadero lugar al ver delante de sí tanta muchedumbre: un verdadero triunfo. Para otras personas se trata de un sincretismo religioso más que discutible; predominaría lo “pagano” mucho más que lo cristiano: afirman que estas “muchedumbres” no tienen ni dimensión de conversión personal ni conocen el Evangelio, ni son una fuerza de transformación social para hacer un mundo más justo y mejor. Otros ven en estos elementos de magia y sugerencias. Aun hay quienes piensan que esto de las “mandas” y “sacrificios” personales para pedir algo a cambio es como dicen los abogados, do ut des.

Personalmente, y por la experiencia de una larga vida, estimo que hay que tratar con todo respeto a las personas y agrupaciones que adhieren a estas formas de religiosidades. Valorar lo bueno que ahí hay o pueda haber. No hay que apagar “la mecha de la cual brota humo”, porque más allá del humo que se ve pueden haber brasas, llamas que hay que estimular. Al mismo tiempo, es necesario predicar el Evangelio.

También estimo que hay que tomar en serio un

hecho doloroso: personas de tradición cristiano-católicas se pasan a otros credos y justo en esto hay algo constante: su afirmación de que “antes no había conocido el Evangelio”; tampoco “su conversión a él”; pero afirman que ahora, sí. Ahora, según ellos, tienen la experiencia de que la Palabra los limpia, purifica. Es obvio que en esas comunidades hay muchas ambigüedades, y no tienen las notas que identifican en plenitud a la Iglesia universal. Pero sí leen el Nuevo Testamento en una traducción correcta; eso hay que valorarlo. Otras veces se van a otras agrupaciones más extremas donde la traducción bíblica está abiertamente mal hecha o tienen otras fuentes distintas del Evangelio. En este último caso es una pena y una grave irresponsabilidad.

Esta llamada religiosidad popular para algunos es como un dique de contención, una muralla que nos defiende de pasar a ser una pequeña minoría. Alguna razón tienen. Por ningún motivo se puede desmerecer lo que en esas prácticas hay de válido, y de cristiano. Nunca. Los documentos de Puebla, México, y Aparecida, Brasil, mencionan los valores que tienen estas prácticas, y también las deficiencias. En todo caso, afirman que se debe evangelizar esta religiosidad: “Evangelización liberadora”.

Es importante para laicos y clérigos conocer y valorar lo que la Santa Biblia dice sobre María, Madre de Jesús. Iglesia es Cuerpo de Cristo y por ello es Madre de la Iglesia. Jesús la llama MUJER: Importa mucho ahondar en el significado de esta palabra en las Escrituras y en Israel. También el nombre mismo de María y su relación con “la Hija de Sión”. Cómo María oraba

con el Antiguo Testamento, en el *Magnificat*⁵²: proclamaba la grandeza de Dios, a la vez que unía su voz al clamor de los pobres: todo ello con expresiones bíblicas insertas en su plegaria. Así, la oración es algo grande. Orar como ella lo hacía. En el *Avemaría* aparecen ecos bíblicos también; de su visita a Isabel, de su diálogo en la Anunciación. Testimonio bíblico: “Ruega por nosotros” es lo que corresponde decirle. Otras muchas expresiones de devoción no son las más apropiadas, como las largas oraciones marianas en el que está algo diluido el contenido cristiano, o aquel lenguaje barroco o medieval para referirse a María, a veces con títulos divinos que corresponden sólo a Dios.

Para el tiempo del Encuentro Continental de Jóvenes se compuso un canto titulado Padre Amerindio, muy difundido y con acierto musical, pero al referirse a lo Trascendente, mencionaba al Padre y a María. Nunca a Cristo ni al Espíritu Santo. Cuando le advirtieron esto a la persona que lo compuso habría respondido que estas referencias se sobreentendían. Todo esto más bien manifiesta decadencia religiosa.

El Nuevo Testamento llama “santos” a los seguidores del Santo (que no es otro sino Cristo Jesús). Santos son todos los cristianos sinceros en las cartas de Pablo, Hechos, Apocalipsis, etc. Hay también una lista de santos que son canonizados. Para mostrarlos como modelo a los demás cristianos. Muy bien. Pero ni por un segundo se habría de olvidar que el Santo de Israel es Yahve-Dios y Jesús es el Santo y el Justo también⁵³.

⁵² Lc. 1,45-56.

⁵³ Hechos 3,14.

Santos en las poblaciones

Santos son los cristianos sinceros en la iglesia primera, que nos dan testimonio permanente y son “norma” para la Iglesia de todos los tiempos.

Los presbíteros conocemos innumerables “santos” que también han sido y son modelo para muchos que los conocen o conocieron. Menciono muy pocos, por razón de espacio: Carmen Pinto, Angela Pinto, allá en la comuna de Recoleta, quienes prestaron el servicio de evangelización toda su vida; fundaron y acompañaron comunidades de lisiados durante muchos años, a la vez que colaboraron en organizaciones sociales en bien de los vecinos siempre que les fue posible. Y a labores de Iglesia dieron todo su tiempo.

También menciono a Eulogio Lagos, en la población Juanita Aguirre Cerda. Un hombre muy modesto, profundamente religioso, lo que transmitió a sus hijos; uno de ellos es presbítero, otros emigraron hacia Australia, mientras algunos permanecieron en Chile. Muchas otras personas recibieron su testimonio y su palabra, incluido el que escribe estas notas. Recuerdo también a María Bastías, en la población La Victoria; a quienes pregunten en ese lugar por ella les explicarán cómo fue su vida creyente, y su actividad de servidora del Evangelio del Reino, en medio de la pobreza y de innumerables dificultades propias y ajenas.

Menciono a Clotario Blest, fundador de sindicatos obreros; célibe “a causa del Reino” para entregarse a la causa de la justicia social de su pueblo. Llevando adelante siempre, una “noble lucha obrera por la justicia

social”, aún mucho antes que usara esta expresión una encíclica de Juan Pablo II.

También está Ernesto, apóstol laico ejemplar. Toda su vida la dedicó a la población José María Caro, participando en organizaciones culturales y vecinales, siempre para el bien de todos. En el templo San Pedro Pescador falleció luego de leer la Palabra en el altar, en medio de una Eucaristía: su cuerpo cayó sobre mis rodillas.

Todos ellos son santos. Sería fatal que los hermanos en la fe, los laicos, pensaran o sintieran que esto de los santos es para unos pocos que están en una lista especial, canonizados. Y que los demás creyentes sinceros somos una masa de segunda o tercera categoría. Hay que desarrollar la autoestima también, la acción de imitar y seguir al Santo y justo; y desarrollar la personalidad creyente. Con estas y otras formas, según mi modesto parecer, se trata de evangelizar la religiosidad popular; se cumplen directrices de Iglesia, y sobre todo las del Evangelio mismo.

Subyace en algunos sectores eclesiales la idea de que las muchedumbres, particularmente más modestas, han de vivir su fe en estas formas de “religiosidades”, porque su escasa instrucción no les permitiría entender otras formulaciones teológicas, ni los textos más profundos del Nuevo Testamento, ni los salmos. Como que no estuvieran capacitados para recibir una evangelización más seria. No es esto así. ¿Tendrían mucha mayor instrucción aquellos que recibieron y predicaron el Evangelio en tiempos de Jesús, y en el tiempo inmediatamente posterior? En absoluto. Predicaban lo Esencial, según

nos enseñan los expertos; la Novedad que salva. Y fue entendido. Los estudiosos nos enseñan que antes que estuviera redactado el Nuevo Testamento como lo tenemos nosotros hoy, las comunidades creyentes se sabían de memoria textos importantísimos. Confesiones de fe, las más profundas, que luego pasaron al Nuevo Testamento. Oían la Palabra y su respuesta era la fe cristiana en crecimiento. Así el anuncio, “Dios resucitó a Jesús”, o el himno de Filipenses 2,5-11, y muchos más –siempre según los estudiosos–, estaban en su oración, personal y comunitaria. En su liturgia.

Esto no era cualquier religiosidad. Era el Pilar del Edificio cristiano. Cuando se nos ocurre, en el cuerpo pastoral, pensar que muchos no manejan los contenidos grandes del Evangelio, y por tanto que se deben quedar con sus devociones de santitos, nos equivocamos; o quizás nos autodisculpamos. He conocido personas que no sabían leer ni escribir, y en su tercera edad buscaron quién les enseñara para poder leer personalmente el Evangelio. Los sencillos, la “pequeña grey”, desean el Evangelio.

EL EVANGELIO O LA LEY

CAPÍTULO XIV



EL EVANGELIO O LA LEY

El pueblo en su vida cristiana, en los sectores modestos y sencillos, tiene una clara prioridad por las leyes; por el legalismo, al menos en lo que se refiere a la dimensión religiosa de la vida. Mandan a preguntar, a veces por terceras personas o a través de un niño, desde qué día y hora hasta qué día y hora no se puede comer carne en Semana Santa. O si los novios pueden o no ser padrinos, porque han oído que está prohibido. Que les manden a decir si tal persona puede comulgar o no debido a unas u otras situaciones que le afectan. Dan por supuesto, a veces, que a las madres solteras se les prohíbe bautizar a sus niños aunque esto sea falso.

Gran preocupación y culpabilidad hay porque no han podido cumplir una “manda” hecha a la Virgen, o el santo del santuario les “ha cumplido” y ellos “no pueden cumplir”. Hay que persuadirles que cambien aquella “manda” por otra que puedan cumplir, para así quedar en paz, y aclararles que el favor que Dios hace es gratuito.

En tiempos antiguos y durante siglos se distinguía entre países cristianos y países paganos. Tierras de cristiandad y tierras de misión. En naciones cristianas se

pensaba que ya habían sido cristianizados todos; la nación entera. Eso ya estaba hecho, y de lo que había que preocuparse era de cumplir normas legales y morales. Este legalismo religioso que se percibe en un porcentaje muy alto de personas ¿viene de épocas pasadas y pasa de padres a hijos?

Un sector del cuerpo eclesiástico piensa también que esos tiempos fueron mejores, y frecuentemente en sus exhortaciones y prédicas priorizan normas y legalismos más que el Evangelio del Reino. Existe una fuerte añoranza de que los tiempos pasados fueron mejores. Está bien estudiar las razones que dan, aunque estudiarlas no quiere decir que sean siempre las mejores. A veces ni siquiera son buenas.

En tiempos recientes ha habido gran debate público sobre estas normas morales, más en particular en lo que dice relación con la sexualidad humana y la familia. También ha habido en Chile un largo debate en torno a una legislación sobre el divorcio, Y el derecho de las minorías sexuales aún causa polémica. Subsisten problemas relativos a la natalidad, la planificación familiar, los anticonceptivos. Particularmente grave se presenta el problema de la expansión del Sida.

Excesos de legalismo

Todos estamos de acuerdo, en teoría, que lo mejor sería una tercera opción: abstenerse de la actividad sexual o ser siempre fieles en el matrimonio. Esto es lo mejor. Entre los cristianos, ciertamente, nadie dirá lo contrario. Otra cosa es que en la realidad, en los he-

chos, un alto porcentaje de personas no se abstiene o no es fiel en su matrimonio. Esa es la realidad. En abril de 2006, el Cardenal Carlo María Martini planteó esta opción del mal menor en la prensa italiana y mundial. A los pocos días, personeros de la Santa Sede anunciaron la preparación de un documento oficial en ese sentido. Esperamos esa palabra oficial del Magisterio Supremo para estudiarlo.

En estos problemas también hay opinión del obispo don Bernardino: "... Ayudar a las personas de buena voluntad a ser fieles en el cumplimiento de la voluntad de Dios y a su conciencia; al mismo tiempo evitar el quiebre de una familia en que hay ya seis niños que necesitan de su padre y de su madre juntos (...) Por fin debe reconocer la Iglesia que su doctrina en estas materias tiene que ser formulada en términos nuevos, más inteligibles para el mundo de hoy, que tomen en cuenta los progresos de la ciencia, de la psicología, de la pedagogía y de la medicina reproductiva"⁵⁴.

El legalismo en estas materias tiene otros aspectos. Quizá me expreso mejor partiendo de un sencillo hecho histórico: tiempo atrás unos catequistas vinieron a hablar conmigo. En unos encuentros una señora de otro sector y sus catequistas les conversaron el problema.

Ella había quedado huérfana desde muy chica. Fue maltratada. En su adolescencia, sin orientación de nadie, fue a parar a una casa de prostitución para sobrevivir. En tiempo posterior un hombre le ofreció contraer matrimonio, lo que realizó por el civil. No tuvieron hijos y debido a eso persuadió a su marido para adoptar un

⁵⁴ Ibidem. Piñera, Bernardino, pp 89-90.

niño huérfano. Cuando este niño tuvo edad de catequesis, la mamá adoptiva lo fue a inscribir para que pudiera ser bautizado y recibiera la comunión. Asistió con todo interés a la catequesis y quería hacer su primera comunión junto con su niño. Le dijeron que no podía comulgar porque no estaba casada por la Iglesia; deseaba hacerlo, pero su marido nunca había querido casarse en la Iglesia, ni participar en ella.

Acudió a un párroco que, según lo que ella entendió, le dijo que no podía comulgar porque estaba en pecado mortal permanentemente. ¿Será que ella no entendía bien la explicación que se le daba? Posiblemente. Los pobres de este mundo, a veces, no entienden bien las explicaciones: es parte de su pobreza. Como estaba empeñada en que su niño fuera “como todos” –según sus palabras–, y ella a su vez quería ser “como las demás mamás” fue a consultar su caso a otras personas de Iglesia buscando solucionar esto... Si es que ella entendió bien, le dijeron que no pertenecía a la Iglesia, que estaba excomulgada.

Sus catequistas –un matrimonio– vinieron a verme con ella junto con otros colaboradores que yo conocía. Les pregunté qué pensaban de lo que la señora expresaba. Estos laicos no habían estudiado los libros de moral ni pre ni post-conciliares, pero tenían sentido común; pensaban que ella tenía razón. Que tenía que ser atendida con todos. No conocían la palabrita griega Epikeia, pero decían lo mismo con su lenguaje no tan sofisticado.

Les pregunté también, si podían hacer memoria de hechos o personas del Nuevo Testamento o dichos de

Jesús, que nos dieran luz: recordaron enseguida a la Samaritana, la mujer que iba a ser muerta a piedrazos. Jesús había dicho a Escribas y Fariseos que las mujeres que tuvieran estos problemas en su vida “les precederían en el Reino”. También están los casos de Zaqueo, los Zelotes, la mujer que lavó los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. El Señor no les preguntó muchas cosas... decía una catequista. Otra agregaba: solucionemos esto ahora, que ella tanto desea, y los chilenos decimos: “Por el camino luego se arregla la carga”.

Pensaba lo mismo, pero era necesario hacerlo bien; el sentir misionero me indicaba que debía visitar a aquel hombre alejado, el marido que no se quería casar, en su propia casa. Crucé Santiago, conversamos fraternalmente y el quiso contraer matrimonio con criterio cristiano. La Misión requiere salir de las oficinas o de las sacristías de las parroquias.

Recibieron con mucho gusto los sacramentos en la Parroquia que atendía. Aquellos catequistas, les hicieron fiesta. También fueron padrinos de aquel niño y del matrimonio de sus padres adoptivos. “Llegó la salvación a aquella casa”⁵⁵ y hubo “gran alegría”⁵⁶. El legalismo extremo hace daño a las personas y a la Iglesia misma. Es un poco como aquello de poner la carreta delante de los bueyes: el legalismo extremo causa grave daño a la carreta, a los bueyes y al campo que deben trabajar.

Recuerdo un hecho de vida que es ejemplar. Recientemente llegué a una oficina en el centro de Santiago, para hacer un documento. En un mesón atendían un hombre y una mujer. Posteriormente me dijeron que

⁵⁵ Luc. 19,9.

⁵⁶ Luc. 15,17.

eran casados. Aquella oficina no era la indicada para ese documento, pero en vista de que yo era un presbítero, igual me lo harían. Deseaban conversar conmigo. No tenían público que atender, y por eso entablaron una amena conversación: era un matrimonio irregularmente constituido; los dos procedentes de familias cristiano-católicas. Habían acudido a alguna parroquia y, según ellos, no fueron bien recibidos. Cuando quisieron bautizar a su primer niño, no fue posible, según sus afirmaciones. Después fueron a “casarse” a una Iglesia no católica, en la cual fueron acogidos y recibidos; tuvieron allí un “servicio religioso”. Aunque tampoco se integraron a esa otra comunidad. “No queremos pertenecer a ninguna iglesia –dicen–, aunque sí creemos en Dios”. El haber escuchado algunas intervenciones de algún clérigo en televisión, varias veces, les afirmó más en su rechazo al conjunto.

Ellos no sabían que aquel matrimonio anterior que se quebró podría quizá haber tenido causales de nulidad; incluso podría ser lo más probable, según los datos y hechos que recordaban. Posiblemente algún tribunal de Iglesia podría haber declarado esa nulidad. Habían terminado por pensar que sus rezos no tendrían ya ningún valor ni que la lectura del Evangelio hecha con amor podría ser un camino seguro para alimentar la fe y obrar bien.

Nadie les había hablado del Evangelio de la Misericordia. Solamente leyes, prohibiciones y rechazos: éstas eran sus palabras. Mi llegada a ese lugar no tenía como finalidad predicar sermones, sino confeccionar unos documentos. Pero ellos lo plantearon y preguntaban: Entendieron –según mi apreciación–, que sus ora-

ciones seguían teniendo mucho valor, que su tradición cristiana seguía siendo igual de importante o quizá más. Como preguntaban y deseaban escuchar les recomendé que leyeran los Evangelios, un trozo cada día en clima orante, para lo cual al día siguiente les hice llegar un Nuevo Testamento.

Los laicos deben tomar la palabra

Esto no es un caso aislado; hay un ambiente bastante amplio con casos similares, lo que plantea notorias interrogantes. No se trata de ignorar las leyes morales de Dios o de la Iglesia; al contrario, “la ley es santa, y santo el precepto, y justo y bueno”⁵⁷; pero hay que evitar que se convierta en “muerte”⁵⁸.

Cuando el pueblo cristiano escucha públicamente a algunos sectores de su Iglesia, hablar casi solo de “leyes” y condenas y no está compenetrado, o no escuchan el Evangelio del Reino, estos legalismos, de suyo buenos, se convierten en un “yugo de esclavitud”⁵⁹. Es importante al observar estos casos que todo creyente desarrolle una conciencia lúcida, formada, equilibrada; más aún en nuestros tiempos y en los que vienen.

Los laicos son la Iglesia. El último Concilio comienza describiendo a la Iglesia como Pueblo de Dios. Esto no puede ser sin consecuencias. Los ministerios específicos son necesarios para el bien de ese pueblo, para el que son servidores. Desde el más alto ministerio hasta el más bajo, si es que se pudiera hablar de “más alto” y “más bajo”.

⁵⁷ Rom., 7,12.

⁵⁸ Rom. 7,13.

⁵⁹ Gal 5,1.

Por tanto, los laicos deben tomar la palabra, muy particularmente en relación con esto del legalismo extremo que reapareció con fuerza en los últimos tiempos. Una parte del laicado así lo hace, y en buena hora. En el campo político, sindical, en publicaciones, en la pastoral de la Iglesia misma. Sin embargo, otra parte solamente se queja.

Para tomar con eficacia la Palabra es necesario estar lo más informados posibles, y sostener el deseo permanente de tener una conciencia instruida. Las personas que han sido llamadas a los variados Ministerios tienen que saber que la teología tradicional enseña que se debe escuchar al pueblo creyente. Hay tecnicismos en el lenguaje como éste: *Sensus fidelium*. Quiere decir, más o menos, el sentir ampliamente mayoritario del Pueblo de Dios.

Durante 2006 y comienzos de 2007 se pidieron opiniones al laicado para la V Conferencia Episcopal Latinoamericana que se celebró en la ciudad de Aparecida (Brasil). Y ahora se pedirán opiniones para ponerlas en práctica. Ya Pío XII, en su tiempo, había hablado de la necesidad de opinión pública en la Iglesia. La clave es el diálogo. Una Encíclica de Paulo VI (*Ecclesiam Suam*⁶⁰), habla de la práctica del Concilio y su enseñanza, particularmente del diálogo intraeclesial.

Hay que tomar la palabra y abrir el diálogo. En fraternidad, en ánimo constructivo, impregnado del Amor de Cristo. Diálogo entre quienes llaman a Dios “Padre”, por tanto son hermanos y ojalá pidan en oración al Espíritu Santo, su presencia y su luz para todos.

⁶⁰ Encíclica promulgada en 1964.

Como se dijo en los primeros capítulos, existen quejas de parte de sectores laicales. Una muy común es la queja hacia el autoritarismo. Hay reclamos frente a algunos párrocos, según dicen, porque tratan a la gente como si estuvieran en un regimiento. Ellos, mencionan, los presionan con imposiciones indebidas. Pero no las hay, ni mucho menos, en cuanto a otros. No es poca la gente, al menos en sectores modestos, que va de una parroquia a otra o de capilla en capilla, buscando ser mejor atendidos. Porque, según afirman, les trataron mal, no hubo acogida, les imponen leyes y más leyes.

También hay quejas hacia algunos obispos y malestar porque, por ejemplo, se traslada sin aviso a un párroco de una a otra parroquia. Es muy común que se produzca descontento de la gente del lugar de partida y del de llegada. Puede ser que en algunos casos sea conveniente o necesario el cambio. Pero, ¿por qué no se consulta a los laicos, en el lugar de partida y de llegada? No se escucha al Pueblo Creyente que lleva con nosotros “el peso del día y del calor” en labores apostólicas y solidarias. ¿Cómo no se le toma en cuenta en algo que tanto le afecta? ¿Se considera que no están capacitados para entender la conveniencia si es que existe? Los resultados del autoritarismo no siempre son óptimos: frecuentemente se retira de su actividad una parte del laicado del lugar de origen y del de destino. Y en los demás se crea una especie de infantilismo que perjudica a la Iglesia. El laicado no ha de sentirse infantil para prestar las labores del Reino. Hay que solucionar este tipo de situaciones.

Autoritarismo y fraternidad

Algunos piensan que el autoritarismo aparece cuando no está muy presente la autoridad moral. Tendríamos todos que examinarnos ya que es otro el testimonio que nos dejó el “Hijo del Carpintero”. Hablaba “como quien tenía autoridad”, pero era otra autoridad, de otra naturaleza. Importante sería incorporar a nuestro vivir y actuar, por participación, la autoridad moral de Jesús, del que aceptó ser “Cordero degollado”, siendo a la vez “Rey de reyes y Señor de señores”. Qué necesidad tan grande tenemos de escucharlo cuando decía a los primeros seguidores suyos y a todos nosotros: “No sean como los jefes de las naciones”. Ellos “las tiranizan, ustedes no han de ser así”.

La Conferencia Episcopal de Aparecida, que terminó el 31 de mayo de 2007, trata nuestro tema: “Lamentamos cierto clericalismo, algunos intentos de volver a una eclesiología y espiritualidad anteriores al Concilio Vaticano II, algunas lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar, la ausencia de un sentido de autocrítica, de una auténtica obediencia y de ejercicio evangélico de la autoridad; los moralismos que debilitan la centralidad de Jesucristo”⁶¹.

Estos temas atañen profundamente a los laicos. Entre el laicado con responsabilidades pastorales también aparecen formas excesivas de autoridad, por parte de algunas personas; cosa que tampoco sucede en la mayoría. Podría ocurrir que estos excesos se contagien mutuamente. Parece urgente una nueva conversión de todos a Cristo. La conversión siempre nueva a la fraternidad en Cristo sería el mejor remedio frente al au-

⁶¹ Documento Conclusivo, Capítulo 2, número 109, versión no oficial

toritarismo. En Aparecida se dice reiteradamente que se necesita urgente una “conversión pastoral”.

En una sesión del Concilio Vaticano II el Cardenal Giacomo Lercaro decía que en la Iglesia habríamos de llamarnos todos hermanos y no de otras maneras. Tuvo eco su intervención y buena acogida de muchos sectores. Pero luego vino un retroceso, hasta el momento, como si se tratase de los mismos títulos que los franceses daban a sus aristócratas antes de la Revolución, en el siglo XVIII, y que son exactamente lo contrario al término hermanos. ¿Son detalles sin mayor importancia? No y es necesario tomar conciencia de que la fraternidad en sentido profundo en nuestra Iglesia debe optimizarse. Sería bueno llamarse hermanos, y mejor aún, serlo.

CON APARECIDA EN LA MIRADA

CAPÍTULO XV



CON APARECIDA EN LA MIRADA

El sindicalista chileno Clotario Blest, fundador de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), optó por el celibato a causa del Reino de Dios y su justicia. Hacía su “hermenéutica” comparando los dichos y acciones de Jesús, y lo que él hacía y estimulaba en el campo sindical. Tuve ocasión de escucharle repetidas veces: en charlas, jornadas de reflexión, en su casa, en parroquias incluida una de la cual fui yo párroco. Cuando en Chile hubo muchos presos políticos y entre ellos numerosos sindicalistas, él los visitaba todas las semanas en la llamada Cárcel Pública, de calle General Mackenna. Era muy bien recibido. También él había estado encarcelado en tiempos más antiguos y gracias a ello había un sentido de cuerpo con quienes visitaba.

Una mañana de los años ‘80 llegamos juntos a aquel recinto carcelario: él se reunía a conversar con una veintena de aquellos presos políticos. Conversaban de todo lo humanamente conversable, y además él ponía, por su cuenta, también lo divino. Aquella mañana estuve durante toda su reunión. Clotario coordinaba la conversación. Salían los problemas sindicales en legalidad o en clandestinidad; los históricos y los actuales de ese momento. El, además, ponía sus convicciones cris-

tianas y religiosas en el debate, a tiempo y a destiempo. Era exactamente la fe inculturada en aquella cárcel y entre aquellos internos privados de libertad.

La reunión que aquí recuerdo tuvo lugar pocos días antes de la Navidad; él igualmente impregnaba en el diálogo el sentido religioso de la vida y la Navidad. En aquella modesta asamblea no había “partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia”⁶². Había políticos socialistas, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), del centro político, comunistas, independientes y un clérigo que era yo mismo. Por cierto, entre nosotros había creyentes, agnósticos, indiferentes, algunos definidos como ateos, otros sin particular definición. Todos en común fraternidad preguntábamos, opinábamos y lo escuchábamos a él con toda atención e interés. Traía a debate aquello de que nos nace un “Salvador, el Mesías, el Señor”; salvador y salvación, temporal y eterna. Usaba el término “salvación en la historia”, y en la historia del pobre y del obrero con todas sus consecuencias.

Expresiones bíblicas navideñas como “el derecho y la justicia”, que deben abrirse paso entre las naciones. El tenía conciencia clara de ser agente de justicia, signo mesiánico, y de que sus amigos que estábamos ahí con él también lo éramos. Había recibido esto de un presbítero, Francisco Vives y, por supuesto, de Alberto Hurtado. Al margen de lo que podía pensar cada uno de los presentes, todos estábamos admirados del lenguaje de aquel hombre. Todos, oyendo las “Maravillas de Dios”.

⁶² Hechos 2,9-31.

Misión ad gentes

Blest era un ejemplo de misión ad gentes en medio de presos políticos, que sentían hambre y sed de justicia, la que estaba demasiado ausente en este mundo que nos rodea.

¡No es sólo teoría! Al tiempo de escribir esto, acabo de conocer el caso de una abuelita que vive de una pensión de miseria. Se encontró con un niño en estado de abandono y ella lo tomó para criarlo, a pesar de su pobreza. Personas de Iglesia, y de su confianza, le dijeron que debía bautizarlo. Se interesó, pero se vino a dar cuenta que ella misma tampoco estaba bautizada. Preguntó por qué era importante el Bautismo; se lo explicaron con la debida calma. Se preparó y se bautizaron los dos con mucha alegría. Su punto de partida había sido “el camino del prójimo” pobre. Punto de llegada el Reino “Los pequeñuelos a quien el Padre le agrada darles el Reino”. Hay tantos casos similares.

Otro hecho. Dos chilenos jóvenes, amigos míos desde algún tiempo, emigrantes en Argentina. Trabajan y estudian en una ciudad de ese país. Practican la solidaridad con los modestos pobladores de una Villa Miseria. Vivían entre familias muy pobres instaladas en pésimas condiciones en un terreno fiscal. Cuando las autoridades procedían a la expulsión de esas familias, los dos chilenos se unieron a los afectados. Consiguieron un abogado para su defensa. Presentaron una querrela contra quien resultara responsable por intentar aquel desalojo y destrucción de las modestas viviendas. Ganaron el pleito; ya no pueden destruirles lo poco que tienen.

Estos dos emigrantes chilenos en tierra extranjera fueron misioneros: uno de los dos profesa la Fe Cristiana, desde la cual entró en ese compromiso. El otro no es allegado a ninguna Iglesia, pero su solidaridad casi heroica lo llevó a “recorrer el camino del prójimo” amenazado. En uno de estos casos está “la labor del Reino”, propia de su condición de creyente; en el otro están las “semillas del Verbo”. ¿Misión ad gentes? Sí. También se podría llamar Misión ad Villas Miseria. Una forma profunda de Misión. El hecho, en esa ciudad, trascendió a la prensa y al centro de estudios en que participan. El mundo también necesita estos testimonios de Misión.

“Vayan y hagan discípulos a todas las gentes”⁶³. Tenemos este mandamiento. Una parte de aquellos jóvenes de tantos años atrás hadado buen tiempo de su vida, hasta hoy mismo, a la linda tarea de “hacer discípulos” del Señor. Pocos en número en el presbiterado o vida religiosa, pero una cantidad mucho mayor como apóstoles laicos. La mayoría en Chile, Santiago o en regiones. Con muchos nos relacionamos frecuentemente; otros están en el extranjero: partieron un día en busca de trabajo o por razones de exilio, y partió con ellos el Don de Dios y el deseo de evangelizar. Así, en Australia, en Panamá, en Argentina, Brasil, Suecia, Francia hasta en la Isla Mauricio.

Es aquí cuando recuerdo el testimonio de una joven que hace varios años trabajaba en casa de una familia en Europa. Por razones del trabajo de los dueños de casa debían pasar temporadas largas en un país de África, al sur del Sahara. Allí hacía catecismo, en un sector alejado de una inmensa parroquia o misión, en medio de un ambiente mayoritariamente no cristiano. Ella se convirtió en misionera.

⁶³ Mt. 28,19.

Exiliados con la Biblia en la mano

Recuerdo también el caso de un joven matrimonio que se fue al exilio, a Suiza; partieron con lo puesto e informaban después que lo más precioso que pudieron llevarse fue la Biblia de Jerusalén. En Suiza colaboraron en labores apostólicas y solidarias en una parroquia. Trabajaban recibiendo y atendiendo a emigrantes extranjeros. Un hijo de ellos es apóstol activo en la ciudad de Roma. Ellos fueron exiliados que se convirtieron en misioneros.

Otro matrimonio, jóvenes de nuestra pastoral hace años, tienen ahora actividad evangelizadora en una parroquia de la provincia de Murcia, en España. Ellos hacen misión tal como ese joven boliviano que conocí mientras buscaba trabajo en Chile, en los primeros años de los '70, llegando a colaborar en nuestra pastoral de juventud con mucho interés. En la actualidad está a cargo de un sector pastoral, como diácono, en una ciudad boliviana porque en el sector no hay sacerdote. Ellos son misioneros.

Un buen amigo encarcelado no pudo nunca tener abogado. Ni familia próxima. Le dieron una condena de cadena perpetua y además 69 años de presidio. Quien lea esto dirá: ¿Y cómo habría de cumplir con los 69 años después de cadena perpetua? Algo ridículo, pero ha habido muchos casos similares. Él era bien querido al interior de las prisiones. Trataba de leer más que la mayoría, se informaba lo más que podía, también sobre algunos temas jurídicos o disposiciones legales. Nada le servía para él, pero así ayudaba a otros compañe-

ros, que teniendo condenas más cortas y que tampoco tenían abogado, al informarlos de esas disposiciones podían encaminarse a la libertad. Hacía de abogado sin serlo, con buenos resultados a veces. Llevaba dentro, a pesar de todo, las “semillas del Verbo”. El también hacía misión.

Precisando el camino

Hechos como los anteriores nos introducen en el documento de Aparecida y su tema prioritario. Si en una parroquia gastan su tiempo en arreglar papeles y documentos, en hermopear torres y campanarios de los templos, en miles de cosas más de tipo administrativo, puede ser que no les quede mucho tiempo para la Misión permanente.

Hay personas que afirman que al llegar a capillas o parroquias les ponen muchas normas y muchas leyes al pedir algún sacramento, de modo que algunos van de lugar en lugar, de una a otra parroquia a ver dónde hay menos prohibiciones o resulta más “barato”. Varias de estas cosas serán inevitables. Pero está claro que esto no es la Misión.

Otra vez las preocupaciones podrían estar en reglamentaciones litúrgicas, bordados de casullas y otros ornamentos, mucho incienso; gastar demasiado tiempo en preocuparse de la dignidad eclesiástica, sus derechos, su autoridad sobre el cuerpo de la Iglesia o todavía más allá de ella. El anuncio del Evangelio queda muy aminorado. No se trata de arrasar con todo esto. El problema es que no se prioriza la Misión.

Aparecida precisa el camino: aprender la “Lección de ser pobres siguiendo a Jesús pobre”, “anunciar el Evangelio de la Paz sin bolsa ni alforja, sin poner nuestra confianza en el dinero ni en el poder de este mundo (...), gratis”⁶⁴. Que “el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo... enamorado del Señor... ardoroso misionero”, que “no se contenta con la simple administración”⁶⁵. En el trabajo misionero al que se nos llama, los obispos, presbíteros, diáconos, religiosos(as), laicos(as) necesitamos “ser acompañados y formados”⁶⁶, abiertos a una “conversión personal y pastoral”, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu esta diciendo a las iglesias”⁶⁷.

Para esto es necesario entrar en “los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas...” Importante sería abrir un debate: ¿Cuáles son las estructuras “caducas” y cómo hacer “abandono” de ellas?⁶⁸

La “conversión pastoral exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera”. Esto requiere “introducir el Evangelio en la historia de cada comunidad eclesial”⁶⁹. Esto parece, igualmente, de la máxima importancia: el conservadurismo no le hizo bien a la Iglesia desde los primeros tiempos, cuando ya fue denunciado por el Apóstol Pablo bajo el nombre de “los judaizantes”⁷⁰. Nunca le hizo bien

⁶⁴ Aparecida, N° 30.

⁶⁵ Aparecida, N° 201.

⁶⁶ Aparecida, N° 282.

⁶⁷ Aparecida, N° 366.

⁶⁸ Aparecida, N° 365.

⁶⁹ Aparecida, N° 370.

⁷⁰ Carta a los Gálatas.

hasta hoy mismo: por eso, Aparecida afirma que no se ha dado debido cumplimiento al Concilio Vaticano II ni a las anteriores Conferencias del Celam⁷¹. Ya el actual Pontífice Benedicto XVI, inmediatamente después de ser nombrado, afirmó que varios aspectos del último Concilio no se habían puesto en práctica, pero que en su Pontificado deberían ponerse.

La “pastoral de conservación”, las estructuras “cáducas”, los pastores convertidos en “administradores”. Esto no es la Misión.

Los pasos que ha de dar el cristiano laico pasivo o el clérigo dedicado a “pastoral de conservación” son varios. Uno es el Kerigma, al profundo “encuentro, con Jesús de Nazareth el Cristo”, ha de seguir el anuncio del kerigma y la acción misionera de la comunidad”. El kerigma es “el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Cristo”⁷². “La fuerza del anuncio kerigmatico” lleva a encontrar al Salvador “como quien da pleno significado a su vida y a seguir sus pasos (...) imprescindible del proceso de formación de discípulos y misioneros”⁷³.

Este anuncio permanente del Resucitado, que da vida, sentido, alegría activa y Paz va con otros pasos fundamentales. “El que vive” con y para su pueblo creyente es el que murió en una Cruz, el que vivió en Palestina. Pero ¿cómo vivió? Nació sin techo, vivió sin tener donde reclinar la cabeza, se insertó en medio de los marginados y “desechables” de su tiempo.

⁷¹ Aparecida, N° 9, 16, 19, 369, 396, 402

⁷² Aparecida, N° 278.

⁷³ Aparecida, N° 278.

“Desechables” del continente

Según lo que había llegado de las consultas previas, Aparecida nos devuelve el eco también en relación a los “rostros sufrientes de Cristo”, como Puebla, pero más actualizados. “La mayoría de los católicos de nuestro continente viven bajo el flagelo de la pobreza”⁷⁴ y se dan algunas precisiones además de las numéricas: indígenas, afrodescendientes, mujeres excluidas, jóvenes sin futuro, pobres, cesantes, emigrantes, campesinos sin tierra, prostitución infantil, hambrientos, drogados, portadores de sida, ancianos abandonados, presos. Explotación y opresión, exclusión social. “Los excluidos no son sólo explotados sino sobrantes y desechables”⁷⁵.

“La opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña”⁷⁶ y la expresión quizá más importante de la V Conferencia⁷⁷: “La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica...” “Ilumina el misterio de Cristo”⁷⁸, porque hemos de acompañar a los empobrecidos “en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación”⁷⁹.

La propia Iglesia se compromete a “ser abogada de la justicia y defensora de los pobres ante intolerables desigualdades sociales y económicas (...) si no hay esperanza para los pobres no la habrá para nadie, ni siquiera

⁷⁴ Aparecida, N° 176.

⁷⁵ Aparecida, N° 65 y 402.

⁷⁶ Aparecida, N° 391.

⁷⁷ Aparecida, N° 392.

⁷⁸ Aparecida, N° 393.

⁷⁹ Aparecida, N° 394.

para los llamados ricos”⁸⁰. La Iglesia seguirá siendo “con mayor ahínco compañera de camino para nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio”⁸¹.

¿Todo esto tan grande y tan evangélico podría “quedarse en un plano teórico o meramente emotivo”? Podría. Por eso pide el documento a toda la Iglesia “opciones y gestos concretos”, “buscando desde los pobres la transformación de su situación”⁸². También esta opción tiene que “conducirnos a la amistad con los pobres” junto con Jesús El Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos”⁸³, y le señala a los religiosos y a todo creyente una vida radicalmente profética (...) un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida”⁸⁴. Lo que antecede es una forma muy profunda de Misión.

“El Reino de Dios está cerca”⁸⁵. Esto proclama la V Conferencia en todos sus capítulos. Lo ya dicho en estas reflexiones se relaciona también con el Reino. Los discípulos de Jesús anunciaron el kerigma, pero Jesús predicó el Reino. Este es un término bíblico de máxima importancia y contenido. Se realiza aquí en nuestra historia, llevando a cabo liberaciones históricas. Igualmente tiene connotaciones de Esperanza Trascendentes y Eternas.

“Semejante es el Reino” al siguiente hecho: en el invierno de 2007 hubo una huelga en la minas de cobre, por 35 días. El obispo presidente de la Conferencia Epis-

⁸⁰ Aparecida, N° 395.

⁸¹ Aparecida, N° 220.

⁸² Aparecida, N° 397.

⁸³ Aparecida, N° 398.

⁸⁴ Aparecida, N° 220.

⁸⁵ Mc. 1,15.

copal, Alejandro Goic, facilitó el diálogo entre las partes: firmaron un acuerdo. Con ocasión de ello el obispo hizo declaraciones a diversos medios denunciando la grave injusticia social que vive el mundo obrero de Chile: grandes empresas ganan muchísimo. ¿Cómo no entender que las ganancias han de ser compartidas? Evidentemente que hay empresas que pueden hacerlo. Las diferencias son escandalosas. Injusticias que claman al cielo y sueldos escandalosamente injustos.

No un sueldo mínimo, sino un sueldo ético. Hay –dice el obispo– una deuda pendiente para quienes sufren la injusticia social. Conoce, afirma, a un joven con un hijo a su cargo que gana 120 mil pesos. ¿Cómo sostiene su casa?

Hace falta –continúa– abrir un debate nacional, sobre todo esto. Un diálogo sobre esta situación a nivel de la nación, y esto urge. De lo contrario, los conflictos van a ser más frecuentes. Va a haber demandas de justicia social en forma legal o ilegal. Pido que no sea con violencia, pero los conflictos van a venir.

En Chile, sumando los cristianos católicos y evangélicos, somos el 85 por ciento. ¿Cómo puede darse una situación de injusticia así? Hay que colocarse en el lugar del pobre.

Cuando el obispo Goic pidió salario ético, el presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio, Alfredo Ovalle, le respondió a través de la prensa: “¡Esto es crear un ambiente antiempresarial!”. El representante de los empresarios incluso advirtió, tras una movilización de los trabajadores, que él aceptaba una

mesa de negociación entre los empresarios, el gobierno y la Central Unica de Trabajadores (CUT), pero con la condición de que no se pusiera en la agenda el “salario ético”.

El obispo Alejandro Goic no hace otra cosa que llevar a cabo la “predicación del Reino”, como lo hizo Jesús. A esto nos llama a todos los creyentes el documento de Aparecida y nos compromete: “En la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos... sujetos de cambio y transformación de su situación”⁸⁶. O cuando afirma: “Jesucristo es el Reino de Dios”⁸⁷. Esta fórmula tiene grandes potencialidades de justicia social y de esperanza creyente.

El presidente de los obispos ejerce el ministerio profético en este tema, como lo hizo el Nazareno y sus primeros apóstoles. Eso lo comunica y explica Aparecida para nuestros tiempos: la vida misionera esta llamada a ser “radicalmente profética, capaz de mostrar a la luz de Cristo las sombras del mundo actual y los senderos de vida, para lo que se requiere un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida”⁸⁸.

Primavera eclesial

Tal como he relatado desde un comienzo, durante varios años algunos sectores de nuestra Iglesia han priorizado una prédica moralizante y muy reducida a algunas normas y leyes con olvido de otras, pero más aún con cierto olvido de la predica del Maestro: el Evan-

⁸⁶ Aparecida, N° 394.

⁸⁷ Aparecida, N° 382.

⁸⁸ Aparecida, N° 220.

gelio del Reino aplicado a nuestra realidad actual. Esa reducción incluso hizo que muchos se entrometieran en el campo propio de los biólogos, quizá con deficiente preparación. Los resultados no parecen haber sido los mejores. La V Conferencia, sin olvidar principios morales universales, *priorizó* la predicación del Evangelio del Reino de la Misericordia.

En su primera redacción no oficial mencionaba un “clericalismo” no acorde con la Misión o un “moralismo que dañaba la centralidad de Cristo”⁸⁹. En la redacción oficial cambian las palabras pero está el mismo contenido en otros lugares. Así, en el número 12 afirma que la fe católica no se puede reducir a un “elenco de algunas normas y prohibiciones”, tampoco a “moralismos blandos o crispados”. Se vive la vida cristiana por el “encuentro con un Acontecimiento, con una Persona (...). Los cristianos somos portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras”⁹⁰. “No somos convocados para algo (purificarse, aprender la ley) sino para *Alguien*”⁹¹. Hay muchos descontentos, no tanto con el contenido del mensaje de la Iglesia, sino con la forma como éste es presentado”⁹².

Hasta la liturgia tendría que ser menos fría y ser más vivencial y misionera. Sería “fundamental que las celebraciones litúrgicas incorporen en sus manifestaciones elementos artísticos que puedan transformar y preparar a la asamblea para el encuentro con Cristo”⁹³.

⁸⁹ Aparecida, N° 109.

⁹⁰ Aparecida, N° 29.

⁹¹ Aparecida, N° 131.

⁹² Aparecida, N° 497.

⁹³ Aparecida, N° 500.

Algunos de los más importantes teólogos del siglo XX y con influencia decisiva en la realización del Concilio Vaticano II, como el alemán Karl Rahner o el francés Congar, hace ya bastantes años que habían expresado que nuestra Iglesia entraba en un nuevo “invierno eclesial” o que se percibía en ella un proceso de “involución”. Otras personas, recordando hechos de la política francesa antigua, le llamaron también una “restauración”.

Esperamos que la V Conferencia Episcopal de Aparecida contenga y desarrolle los brotes de una nueva primavera eclesial y un poderoso impulso a la Misión en un tiempo y una época de cultura evolutiva y no regresiva.

EVALUANDO LA MISIÓN

CAPÍTULO XVI



EVALUANDO LA MISIÓN

Hace ya muchos años, cundió la idea, en mi generación, de que dar consejos era perder el tiempo; no eran creíbles. La predicación estaba en crisis. Lo que servía era el testimonio. Solo eso. El antiguo dicho “no es lo mismo predicar que dar trigo” se volvió a hacer presente.

Estas cosas son más complejas. Mientras que esa mentalidad reinaba en muchas personas de nuestra Iglesia, el sociólogo y cristiano suizo Cristian Lalive publicó un libro en Chile llamado “EL REFUGIO DE LAS MASAS”, hacia fines de la década de los ‘60. Fue un trabajo serio sobre el movimiento evangélico pentecostal chileno. En este libro, muy fundamentado, se constata que la mayoría absoluta de los nuevos adherentes al pentecostalismo se sumaba como resultado de la predicación en las calles, en los campos, en las plazas públicas. Este movimiento creció vertiginosamente en Chile durante los últimos 97 años. Quiero decir que no estaría en crisis la predicación cristiana, sino que lo estaría la mala predicación, la decadente que a veces tienta a algunos.

La vida de la inmensa mayoría de nosotros discurre en ciudades urbanas, por lo general grandes. Hay quienes viven recurrentes cambios de domicilio o de

ciudades, a veces de países. Esto afecta lo que ahora se llama “nuestra cultura”: la interior y exterior. Los entendidos dicen que “cultura” no es acumulación de datos en la memoria, sino la forma de sentir, las convicciones profundas, la escala de valores que uno lleva y proyecta.

¿Vivir en grandes ciudades es ventaja o desventaja para la Misión? Un ejemplo: en Santiago, según los médicos, cada vez hay más enfermedades relativas a la psiquiatría, los nervios, la psicología, el stress y otros. Esto afecta también las prácticas religiosas, las convicciones cristianas, la conducta humana. Y según las distintas épocas de la vida, en el libro de Lalive citado se explica cómo la ciudad produce un vacío. De ahí el éxito de las comunidades pentecostales. Se trastorna la “cultura” sobre todo la del pobre y del emigrante.

Menciono un hecho entre muchos. Un joven había llegado del campo buscando trabajo, se acercó durante un tiempo a una de nuestras comunidades juveniles. Posteriormente le fue tan mal en esta ciudad, que llegó al extremo de tomar la decisión de quitarse la vida. Al momento de ejecutarlo recordó a su madre ya fallecida y el entorno en que había crecido; también recordó la pequeña comunidad de jóvenes cristianos en que había estado con nosotros. Entonces se dio una tregua en su decisión, y vino a verme como para despedirse. También quería decir adiós a algunos jóvenes. Le recibimos muy bien; recuperó los valores en que había crecido con su madre, que era mujer creyente. Se encontró con la fraternidad cristiana y así superó el anonimato agresivo al que la gran ciudad lo había sometido. Hoy tiene su familia unida, y sus cuatro hijos son jóvenes.

La masificación de los medios de comunicación social, particularmente la televisión, tiene una influencia enorme en las masas humanas, y produce cambios en la cultura de los pueblos; afecta, por tanto, sus convicciones religiosas, en un sentido o en otro. ¿Cómo hacer que cada cristiano tenga un buen discernimiento crítico, y distinga y oriente a otros en lo que son valores, o lo que son antivalores y deseducan a tantos?

La enorme riqueza que crea este modelo económico neoliberal se encuentra en muy pocas zonas de la Tierra: el resto de los habitantes trabaja para un enriquecimiento siempre mayor de esa minoría, y eso genera una miseria cada vez mayor de hambrientos sobre el planeta. Nunca hubo tanta riqueza en la historia y nunca hubo tantos miles de millones bajo el nivel de la pobreza y miseria.

Hay como una especie de “ideología” que expande el modelo económico: la prioridad en la vida sería consumir, lo máximo es tener y gastar. La injusticia social que clama al cielo se trata de ocultar. A los sectores en la miseria se los esconde lo más posible. El racismo aumenta. El desprecio por el pobre y el trabajador modesto es lo habitual. No gusta la palabra obrero y hasta la erradican. Se trata de ocultar una realidad hasta en el nombre. Ni siquiera esto es acorde con las Santas Escrituras: todas las traducciones bíblicas que están hoy a la mano traducen varios textos sagrados por la palabra “obrero”. En la misma liturgia católica se celebra la fiesta de san José Obrero. El misionero e intelectual en El Salvador, Ellacuría, solía hacer la pregunta de los filósofos europeos al ver delante de sí la extrema miseria, y masiva, pero la hacía al revés: “¿Por qué la nada y no más bien el ser?”

Se percibe como los jóvenes rechazan y prescinden de lo que viene por tradición, pero viven un vacío apenas disfrazado de alegría exterior. Sin ideal eterno, su alegría poco dura.

Todo esto no impide reconocer y saber que hay muchas cosas buenas sobre la tierra, personas llenas de bondad, de amor a la justicia social y de paz. Hay “los pobres según el Espíritu”⁹⁴, “los que trabajan por la paz”⁹⁵: los que saben muy bien que “la justicia, la misericordia y la fe”⁹⁶, es lo más importante y lo practican.

Hay que actuar. Introducirnos de una u otra manera en “las labores del Reino de Dios y su justicia”. Quizá las situaciones personales, de familia, trabajo o del entorno en que vivimos, las presiones sobre nosotros del mundo de cemento en que habitamos nos tienen alejados u olvidados de una oración a Dios, de la presencia en nosotros del Espíritu Santo. “Necesitamos volver al Amor primero”⁹⁷. En este caso volvamos; abramos nuestra existencia a Él en la situación en la que ahora nos encontremos.

Tomemos la costumbre, si no la tuviéramos todavía, de conversar los contenidos de la fe, de la oración con los más jóvenes, adolescentes, niños. Con los propios hijos y nietos en el cariño del hogar y con quien nos encontremos: vecinos, parientes, con todos. Estemos al servicio de los que vienen detrás de nosotros, en el servicio del Reino. Viene de Aparecida, Brasil, el estímulo para una nueva misión para todo el continente: una Iglesia en estado permanente de Misión.

⁹⁴ Mt. 5,3.

⁹⁵ Mt. 5,9.

⁹⁶ Mt. 23,23.

⁹⁷ Ap. 2,4.

Estamos presentes en aquellas organizaciones sociales llamadas a trabajar por el bien común, especialmente por el bien común del pobre: agrupaciones de vecinos, sindicatos de obreros y trabajadores, grupos culturales diversos; participamos en la vida pública y política cuando el creyente tiene esta vocación, para que con la presencia y actuación de los creyentes esas actividades cumplan su misión siempre mejor.

¿Restauración e involución?

Desde hace unos pocos años, un sector echó a andar una avalancha de predicación moralizante y dura y todo el discurso lo centra casi en torno a un solo tema: la sexualidad humana, con la vertiente de la familia, la homosexualidad, la ley de divorcio, la píldora del día después y todos los problemas que conocemos.

Hay sectores de la Iglesia que pensamos que esos asuntos hay que tratarlos con el lenguaje adecuado, y con un tono modesto, con la humildad y el espíritu evangélico. Pero, hay quienes prefieren tratar esa vertiente de la moral con un lenguaje áspero y excluyente, con formas que no atraen a nadie, que separan a la gente de la Iglesia, con un estilo que se parece un poco al de los antiguos cruzados.

Pienso que habría que priorizar en la prédica el anuncio del Evangelio de la paz, de la misericordia, la predicación del Reino, el Kerigma; priorizar el anuncio de la Resurrección del Señor y el terreno de esperanza profunda, que apunta a todo creyente. Esta es la ruta de la Misión.

Hay muchos cristianos que tienen dificultades matrimoniales, por ejemplo. A un creyente sincero que oye la voz del Evangelio le va a ser más fácil solucionar sus problemas, pero a quien tiene poca experiencia del Evangelio y se le predica solamente moralismo, no se le va a atraer ni orientar a ninguna parte, y en muchos casos se va a ir de la Iglesia. Eso constituye para muchos una gran preocupación y no es sólo teoría vista desde lejos; yo he visto los hechos de vida.

La Iglesia tiene que tener una palabra orientadora, pero los sectores que tratan esto deben conocer la realidad muy bien, particularmente la realidad del mundo de los pobres. No se puede predicar mucho moralismo desde la teoría sin entrar en las casas donde hay dos o tres familias allegadas en muy poco espacio. No se puede predicar mucho moralismo en teoría y pelear con las autoridades, sin conocer cómo es la vida de los cesantes; sin saber cómo vive una mujer abandonada por su marido y con cuatro niños; sin conocer a sus niños ni su contexto; no se le puede condenar con una predicación en extremo moralizante.

No estoy diciendo que la Iglesia no tenga que decir una palabra sobre estas cosas; pero tiene que saber muy bien a quién se lo dice y cómo lo dice. La predicación cristiana no es de los fariseos del tiempo de Jesús; tiene otra raíz. Pero no basta con que no lo sea. También es necesario que no aparezca como tal; que quien la oiga no lo perciba como farisaica.

Este cierto alejamiento del cuerpo eclesiástico del pueblo cristiano lo atribuyo a dos carencias: una es que hay que mejorar el estudio del Concilio y la otra

es quizás de más larga data y más difícil y es que en la Iglesia hay que tomar muy en serio al Nuevo Testamento. Hay que tomar en serio la predicación del Reino de Jesús.

En el entorno del Concilio se pidió que se volviera a las Santas Escrituras, que se retomara al Evangelio, al Nuevo Testamento, y todavía falta un trecho. Hay que cumplir el mandato y, al hacerlo, por cierto, hay que situarse en el contexto de los problemas del mundo de hoy. Así no se caería en un legalismo tan extremo que, por otro lado, parece que carece de la fuerza del Espíritu Santo. Estas cosas son muy delicadas.

Otro factor de regresión son las publicaciones en extremo conservadoras. Hay diarios sostenidos por el poder del gran capital, que abren sus páginas a personas de Iglesia preferentemente próximas al fundamentalismo.

Estos hermanos de un sentir preconciliar, no llegan a los extremos del conocido francés, Marcel Lefebvre⁹⁸. No, pero las palabras diálogo, tolerancia, comunión y participación, ecumenismo y los términos Iglesia servidora, liberaciones históricas, comunidades de base, Iglesia de los pobres (aún siendo el lenguaje de dos Pontífices), legítima pluralidad, por más que sean temas del Concilio, no son de su devoción. Parece que viven en un mundo de temores ante los intelectuales, al laicado organizado, a los sectores políticos cuando no son de su mismo sentir.

⁹⁸ Marcel Lefebvre fue obispo de Tulle en Francia y posteriormente generó un movimiento en defensa de la ortodoxia católica contra el Concilio Vaticano II. Fue suspendido de sus funciones por el Vaticano en 1976 y excomulgado en 1988.

Se apoyan preferentemente en “tradiciones humanas”, que no son precisamente aquella tradición que dice el Apóstol Pablo, que él “recibió” y que a su vez “transmitió”⁹⁹. No es esto. Como que añoran los tiempos en que los creyentes eran una masa humana que aplaudía mucho a sus pastores. También cuando la Iglesia presionaba gobiernos, y no a causa de la defensa de los Derechos Humanos, sobre todo los derechos del pobres, sino por otras razones.

Conocí un profesor de Teología que decía a sus alumnos que el modelo de Iglesia y de pastoral habría sido Pío X, porque en sus documentos, en especial su Encíclica *Pascendi*¹⁰⁰ y la *Bula Vehementer*¹⁰¹, además de condenar el llamado “modernismo”, y la cultura de su tiempo, dejó dicho que los laicos no deberían pensar nada propio en la Iglesia, sino que habrían de pensar sólo lo que pensaban sus pastores. El Concilio desmontó todo eso. Pero nuestros hermanos, próximos al integrista lo desean “restaurar”. No es menor el hecho de que a pocos días, casi horas, de ser elegido Papa el actual Benedicto XVI dijo públicamente que su Pontificado estimularía la puesta en práctica de aquellos aspectos del Concilio, que no se habían tomado en cuenta todavía. Que Dios lo ilumine en esta tarea urgente.

El deseo de co-gobernar

La Iglesia ha querido permanecer libre en relación con el poder político, ser libre y servidora y no estar sujeta a gobiernos y Estados, y viceversa. La Iglesia del

⁹⁹ 1 Cor. 5, 3

¹⁰⁰ *Pascendi*, contra los errores del Modernismo (8 de septiembre de 1907).

¹⁰¹ Esta Bula fue promulgada el 11 de febrero de 1906 y habla de la separación Iglesia-Estado en Francia.

Concilio y la del Evangelio no tiene grandes deseos de gobernar, pero hay corrientes de la llamada restauración o involución que sí lo desean. Quieren que los gobernantes “nos hagan la labor que tenemos que hacer nosotros, que piensen como nosotros”, particularmente en estas formas de moralismo que hemos mencionado.

El Concilio y el Nuevo Testamento están por una Iglesia libre y que, además, no tiene ningún deseo de gobernar. Distinto es que los creyentes, los cristianos-católicos, gobiernen y actúen bien en la vida pública. Tenemos que dejar de una vez por todas el deseo de codirigir una nación. Pero se ven síntomas muy claros en ciertos sectores. Hay casos muy extremos que hasta tratan de orientar el voto de los católicos, lo que no se puede ni debe hacer. Se ha intentado decir a la población “voten por tal o cual porque es católico, o no voten por el otro porque no es católico”. Esto daña a la Iglesia y daña a la misión. Y provoca tristeza, porque ese tipo de situaciones ha generado graves problemas durante siglos en distintos lugares de la tierra.

El “integrismo” tiene una particular preocupación hacia lo político: son las antiguas añoranzas. En el inmediato post Concilio estos sectores extremos criticaron en Chile duramente al Cardenal Silva Henríquez y a otros obispos que habían estimulado en cartas pastorales una reforma agraria en Chile por el bien de los trabajadores del campo. La entrega de algunos fundos en Santiago y Talca la reforma agraria provocó mucha molestia en esos sectores.

Recuerdo que era necesario hacer una capilla en una población de Conchalí y una modesta vivienda para

unas religiosas en la parroquia que yo atendía. Visité al dueño de un fundo no muy lejano del lugar. Tenía hornos de ladrillos y le pedí que nos regalara los materiales necesarios para hacer aquel sitio de culto y casa pastoral. En vez de darme una respuesta pronto, quiso hacerme una especie de “adoctrinamiento” contra el Cardenal por lo de la reforma agraria. El decía de sí mismo que era muy católico. Finalizó por decirme que luego me visitaría y me daría respuesta.

Muy pronto me envió una tercera persona conocida por los dos con una propuesta. Había una campaña electoral con tres candidatos a la Presidencia. Proponía aquel hombre que la parroquia y yo apoyáramos a su candidato, Jorge Alessandri, que era contrario a la reforma agraria. A cambio, él enviaría los ladrillos para aquella edificación. Se le respondió que no, que una parroquia no podía ser una oficina de propaganda de ningún candidato ni nada similar. Los ladrillos se consiguieron de otra forma. El sector más conservador de católicos era y es así.

Lucro y humanismo cristiano

En los últimos tiempos, y en diversas campañas electorales, se agitó el mismo problema en forma distinta, pero con la misma finalidad. Candidatos que en tiempo de campaña electoral se van a fotografiar a santuarios o a lugares de culto religioso con el deseo de aumentar los votos.

La manipulación religiosa, otras veces, hace mal uso de la expresión “humanismo cristiano”. Todos los

creyentes debiéramos saber que para ser Humanista en la vida política, habría que pensar y sentir que el ser humano, especialmente el pobre y marginado, debe ser el centro del sentir y quehacer del gobernante y del cuerpo legislativo. Si esto no está, se cae en lo que muchos con acierto llaman “invocar el nombre de Dios en vano”. Una falta de respeto con el término “cristiano”.

Los grupos neofundamentalistas llegan a situaciones tan extremas como ridículas. Un caso: en una elección relativamente reciente, a la candidata que hoy es Presidenta de la República, la llamaron públicamente y a través de los medios, “hija del diablo” porque no es cristiana. Así es el integrismo. Ese lenguaje no es el de una Iglesia que se define misionera. En la última campaña electoral, el presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, Alejandro Goic, dijo a la opinión pública que nadie podía ni debía pretender apropiarse del cristianismo, ni del “humanismo cristiano”.

A quienes usan o manipulan este último hay que recordarles muchas cosas: una es la Encíclica de Juan XXIII, *Pacem in Terris*, de profundo sentido misionero. En ella se expresa la conveniencia de colaborar entre católicos y personas que no lo son pero que profesan algún humanismo en el campo económico, social y político. El Concilio último dice que los bienes de la tierra deben ordenarse en función del ser humano. El “Humanismo cristiano” no se compagina bien con el lucro como centro de la vida ni con el “chorreo económico” para los pobres del mundo, ni con la obsesión por destruir los sindicatos obreros, ni con la injusta flexibilización laboral.

Los cristianos, todos, también en el mundo político, deben oír aquel dicho de Jesús: “No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre”¹⁰². Es cosa de cambiar la palabra “sábado”, por el “lucro”, “poder político”, “macroeconomía”. Estas son dificultades para la Misión que hay que esclarecer y a las que hay que sobreponerse.

El sentido de ser presbítero

Hay quienes estamos mucho más preocupados por la identidad del cristiano. Porque un presbítero es primero un cristiano y si es presbítero ha de ser porque es buen cristiano, si no es buen cristiano, no ha de ser buen presbítero. De modo que resaltar tanto la figura eclesiástica a costa de ignorar el valor del cristiano es, a mi modo de ver, una equivocación. Y lo que quiero ser es, por sobre todo, cristiano, con mis deficiencias quiero ser de los discípulos de Jesús, dedicado a la predicación del Reino y a ser misionero.

Tiene que haber presbíteros y tiene que haber obispos. Y uno de los obispos tiene que hacer el rol de primado, el Papa, el Obispo de Roma. Pero San Agustín ya decía desde fines del siglo IV, principios del siglo V, siendo obispo: “¡Ah!, lo grande que hay en mí es lo cristiano, porque por ahí me viene el ser salvo, la esperanza grande. Y lo de ser obispo es un trabajo que debo de hacer en el bien de los demás” (*Sermón sobre los pastores*)

Siempre me ha gustado más que nos llamen presbíteros y no sacerdotes por una razón simple: sacerdote le decían en Israel a los rabinos. Los rabinos eran una

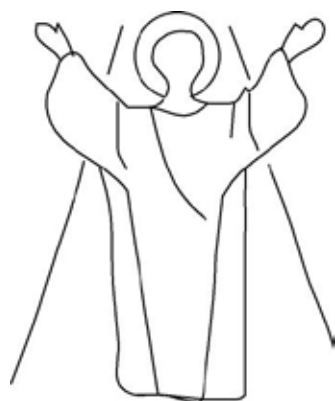
¹⁰² Marcos 2,7.

tribu sacerdotal y hasta el Nuevo Testamento vemos que aparecen sacerdotes judíos, los rabinos. El Nuevo Testamento cristiano jamás llamó sacerdote a los presbíteros. Y a Jesús, en la Carta a los Hebreos, lo describió como el Sumo y Eterno Sacerdote, el único sacerdote. A eso se suma que el concepto de presbítero significa más igualdad con el pueblo de Dios.

El cristianismo nació con presbíteros, diáconos y obispos. En cambio, en una carta de san Pedro se llamó pueblo sacerdotal a todo el pueblo cristiano; todo el pueblo creyente es un pueblo sacerdotal. Andando un poco en la historia se empezó a denominar a los presbíteros cristianos sacerdotes por participación en el único sacerdocio de Cristo. De modo que si por algo nos dicen o nos pueden decir “sacerdotes” es por participación, no porque nosotros lo seamos propiamente. Presbítero quiere decir anciano, pero anciano no necesariamente por la edad, sino por la experiencia y el servicio al pueblo creyente. También en esto hay que “volver” al Nuevo Testamento, y no al lenguaje del Sinedrín de Jerusalem.

“SÓLO DIOS BASTA”

CAPÍTULO XVII



“SÓLO DIOS BASTA”

Una lucha permanente entre la muerte y la vida parece ser la realidad de nuestra existencia. Los signos de muerte nos rodean y otras veces nos afectan, durante toda nuestra corta historia. También los signos de vida, que muchas veces, sin duda, son más fuertes. Aunque frecuentemente quienes tenemos la costumbre de escuchar a quienes nos rodean, pareciera que los signos de muerte y la muerte misma predominaran.

La muerte misma –no ya los signos– es una aplaudadora imparabile. No parece tener contrapeso. Más grave aún cuando la muerte y sus signos llegan en forma prematura e injusta y que no es precisamente por causas naturales. Esta injusticia tiene causas y culpables. Los afectados son objeto del amor preferencial de Dios Padre: “No hay entre ustedes, muchos sabios según la carne ni poderosos ni de la nobleza”¹⁰³. “Lo que no es (...) que viene a anular lo que es”¹⁰⁴. El dicho “Sólo Dios basta” tiene poder de dar sentido a estos hermanos preferidos.

También a quienes tienen buen pasar les afecta este hecho dramáticamente. Su mejor situación económica podrá quizá alargar unos años su existencia, pero

¹⁰³ I Cor. 1,26.

¹⁰⁴ I Cor. 1, 28, 29.

su muerte llega inexorable. En algunos sectores de la tierra se afirma que el promedio de vida ha subido, pero esos pocos años más son como instantes o segundos de reloj, nada más.

Este corte brusco del existir golpea de tal modo que gran parte de la humanidad le busca paliativos para que al menos golpee un poco menos: ocultar la gravedad de un familiar enfermo, esforzarse por crear un entorno de alegría aunque sea artificial, en caso de fallecimiento se rodea el ataúd de arreglos florales. Estas flores de variados colores como que representarían la vida que no se resigna ante la dura realidad mortal.

Los pésames sinceros son parte de un ritual que consiste en compartir el dolor con los familiares y amigos, quienes toman la palabra para recordar las buenas cualidades de quien parte. Todo esto es excelente, pero a la vez denota que irremediamente se perdió una vida que se quería, que los suyos le amaban. Así es como se edifican sepulturas elegantes; otras veces algunos adquieren mármoles finos o realizan visitas regulares a cementerios con flores porque las primeras se secaron. Con lágrimas visitan a sus muertos, orando en muchos casos o estableciendo un “diálogo” o monólogo con la persona amada a la que ya no se la ve. Se edifica también un lenguaje que quiere atenuar o disimular el duro nombre de “cementerio” y se le llama muchas veces necrópolis o parque. Especial atención adquieren los recuerdos personales que deja el fallecido: fotografías, documentos, incluso la ropa es guardada con particular cariño. Otros construirán monumentos imponentes sobre las sepulturas, a veces de gran valor monetario. Todo esto parece muy natural, aunque ninguna de estas cosas revierte el inexorable golpe de la muerte.

Anhelos de inmortalidad

Respuestas a lo anterior siempre se intentaron dar, porque el anhelo de vivir o sobrevivir lo tuvo la humanidad siempre; nunca se resignó a la muerte. El fantasma de la nada es rechazable por el sentir más profundo de los humanos. Desde la prehistoria misma hay innumerables testimonios del anhelo de sobrevivir. El “hombre del Neanderthal”, según los estudiosos, vivió hace varias decenas de miles de años. En los sepulcros que se han descubierto se encuentran restos de alimentos, herramientas rudimentarias: quienes les sepultaron se lo ponían por que esperaban la vida más allá de la muerte.

Otros estudiosos de nuestro tiempo han tenido el acierto de estudiar la esperanza de los humanos, el problema del futuro; los cristianos lo hicieron siempre, pero también los que no lo son como el caso de Ernst. Bloch (El principio esperanza) y muchos más. El ser humano vive porque aspira a algo; porque proyecta. Quiere mirar hacia adelante y solo así puede vivir; al conseguir una meta va hacia otra. Así, dicen, el porvenir definitivo de la humanidad, su futuro acorde a sus anhelos de vida tendrá que trascender la historia. Sí este dinamismo-esperanza no se consigue, todo esto sería absurdo.

Sí la existencia humana junto con sus esperanzas, con su amor a los suyos, con anhelos de futuro, los liquida y aniquila la muerte, tenemos una “existencia-para-la-muerte...”. ¡Ridículo! Es el sin-sentido existencial. Si el anhelo irresistible de vivir no elimina la nada todo carece de sentido. Ser persona sería algo así como

una ilusión inútil. Una burla. Tendría toda la razón Gabriel García Márquez al afirmar que hemos aparecido sobre un “planeta de infortunios” o quienes consideran que los humanos somos un musgo más sobre la tierra con la inútil ilusión de que “pensamos” o nos movemos.

Lo mejor de nuestro existir es el amor, la solidaridad, el servicio que llena la vida a quien sirve. Pero el espectro de la nada, también destruiría en su misma raíz este “Amor” y la o las personas amadas. El anuncio del Evangelio trajo al mundo la Esperanza Cristiana; el triunfo sobre la muerte y sus signos. Los creyentes y seguidores de Jesús de Nazareth, no somos mejores ni peores que los demás. Tampoco somos necesariamente más sabios ni más poderosos ni más nobles. Según la primitiva Iglesia, escogió Dios lo “necio del mundo (...) lo débil (...) lo despreciable”¹⁰⁵. Está muy claro, que ni podemos ni debemos desear sentirnos superiores a nadie.

Lo que sí tenemos es el don de la Fe y Esperanza y el Amor con horizonte de Eternidad. Sabemos que “lo mortal será absorbido por la Vida”¹⁰⁶; que nos “revestiremos de inmortalidad”¹⁰⁷. Y que la “muerte ha sido devorada en la victoria”¹⁰⁸. “...Solo Dios basta para llenar la vida de sentido...”¹⁰⁹.

Los hechos vividos hablan mejor: acompañé a una familia cristiana al cementerio para dar sepultura a un familiar suyo y, a la vez, era también un buen amigo mío. Celebramos allí la Palabra con oración, salmos y

¹⁰⁵ I. Cor. 1, 27,28

¹⁰⁶ II Cor..5,4

¹⁰⁷ I.Cor 15, 54

¹⁰⁸ I Cor 15, 54

¹⁰⁹ Aparecida N°221.

cantos; todos participaban en aquella celebración. Poco antes de terminar llegaba al lado otra comitiva para dar sepultura también a alguien de su familia. Así es el acontecer en los cementerios. Vinieron a donde yo estaba dos personas para pedirme si acaso podría “hacer algo” parecido con ellos y tal como se acababa de realizar en el caso anterior que habían escuchado. Añadieron que su familia era ajena a toda Iglesia. No eran creyentes, pero querían, si fuese posible, que yo hiciera con ellos “algo”. “Nosotros –decían– no tenemos nada, otros tienes rezos y cantos”. Con mucho gusto les acompañe.

Pregunté a todos los presentes cuáles habían sido las mejores cualidades que aquella persona fallecida había tenido durante su vida. Respondieron muy pronto con grandes elogios. Había sido servidora de todos, solidaria, obradora de paz y muchas cosas más. Traté de explicarles que aquellas cualidades eran del Reino e igualmente hice el esfuerzo para expresarles el significado de este término. También les dije que su vivir había tenido “semillas cristianas”. Ante aquella tumba abierta para recibir el ataúd, como que había una encrucijada entre dos opciones: o el sin sentido de la vida y de la humanidad misma o la opción del creyente que sabe que Dios-Amor vence para siempre la muerte.

También leí la Parábola del Buen Samaritano dialogando su contenido. En aquel momento tremendo les hable de la Esperanza Cristiana que “vence la muerte”. Era lo oportuno e incluso algunas de aquellas personas continuaron posteriormente en diálogo conmigo.

Un regalo

Si no hubiera respuesta alguna al más profundo afán de vivir y en plenitud, los cristianos “seríamos los más dignos de compasión de todos los humanos”¹¹⁰. El más extremo sin sentido, la más trágica burla. Sin embargo, y al mismo tiempo, la respuesta Grande es un Regalo. Es el Don de Dios. Cuando la Encíclica *Deus Caritas Est*¹¹¹ afirma con San Agustín “Ves la Trinidad, ves el Amor”, apunta a esta respuesta. “Dios es Amor”¹¹² y este Amor destruye la muerte, termina con el sin sentido y con la burla de una existencia que terminará en un cementerio. La dinámica de este Amor-Esperanza que se nos regala no hemos de recibirlo a cuenta gotas o en una forma mediocre: ha de ser lo más Grande. Nos inunda, nos purifica de nuestras limitaciones o miserias, de los temores, de la oscuridad a veces muy densa sobre nuestro futuro, de los signos de muerte que a veces nos envuelven.

Ser cristiano es andar en este amor y se vive por dentro y por fuera. La angustia amenazante del precario vivir se transforma en Alegría desbordante. Desde ahora ya es vencida la muerte y sus signos por esta “victoria”¹¹³. Para el seguidor sincero de Jesús la vida y sus dificultades, a veces enormes, se convierten en Vida. “Yo soy (...) la Vida”¹¹⁴. Cristo es desde ya la Realidad Última y, a la vez, presente pero que únicamente falta la “Aparición” ya mencionada, que los entendidos llaman “Parusía” y la Escatología: el Más Allá como Fin Pleno.

¹¹⁰ Rom. 15,19.

¹¹¹ Benedicto XVI, 2005.

¹¹² 1 Juan 4,8.

¹¹³ I.Cor.15, 54-55

¹¹⁴ Jn. 14, 6

Así, ser cristiano es estar conciente y querer vivir en Él. Durante una larga experiencia pastoral uno ha conocido personas con un alto grado de esta forma de Vida. Es Más Allá, pero se comienza a vivir y profundamente ya, ahora.

Otras Voces

Hace ya varios años visitaba a una persona que sufría una larga enfermedad terminal. Vivía y sentía una presencia tal del Espíritu Santo (Amor) que impresionaba a todos. En su soledad oraba por cuantos problemas sabía que acontecían en el mundo: por un terremoto en Asia, por quienes sufrían inundaciones, por unos u otros países en guerra, por todos y cada uno de sus familiares, por quienes hacían catecismo, por personas de Iglesia, por los gobernantes. Increíble cómo combinaba su buena memoria e información relativa al acontecer, y su profunda adhesión al Evangelio. Expresaba alegría por su pronto paso al Reino Pleno. Hay muchos casos como éste. El fantasma de la muerte y su entorno se convierten en alegría y esperanza de vida.

Alberto Hurtado oraba largas horas, comúnmente diarias, y también estimulaba la creación de sindicatos obreros sin preocuparse en absoluto de que esto último le creara problemas y persecuciones. Recomendaba en sus ejercicios espirituales el kerigma a la manera de Pablo y Pedro, y a la vez buscaba jóvenes bajo los puentes. Denunciaba públicamente la injusticia social y a sus culpables y se insertaba en medio de los hambrientos y sin techo. Denunciaba sectores sociales llamados conservadores que querían compaginar su amor a las riquezas con su condición cristiana y los invitaba a salir

del engaño: “No se puede servir a Dios y a las riquezas”, decía y a la vez se alegraba de su pronta partida a la Eternidad de Dios. Harían falta muchas personas así.

Teresa de Ávila nos dejó escritas muchas cosas. Una de ellas fue: “Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta”. Evidentemente quien lo “tiene” lo da a conocer; no podría estar tranquilo si así no fuera porque detrás de ello está el sentido del propio vivir; de la esperanza grande. Quienes llevamos este don no podemos más que ser misioneros como le ocurría al Apóstol Pablo que se preocupaba profundamente de la Misión: “Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán sin ser enviados? Como dice la Escritura, “¡cuán hermosos los pies de los que anuncian la Buena Nueva!”¹¹⁵. Los tratadistas espirituales le atribuyen a san Bernardo el dicho “¡Qué dulce eres Señor para los que te buscan! ¡Qué serás para los que te encuentran!”.

En medio de los problemas actuales se estudia con gran interés la experiencia mística de san Juan de la Cruz. En una ocasión narra su Gran Encuentro con El Amado. Solamente menciono una de sus breves poesías:

“En la noche dichosa,
En secreto que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa
Sin otra Luz y Guía,
Si no la que en el corazón ardía”.

¹¹⁵ Rom. 10, 14-15

“Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
a donde me esperaba
Quien yo bien me sabía
en parte donde nadie aparecía.

San Juan de la Cruz no dudaba del valor de la razón humana para buscar a Dios y encontrarlo. Siendo a la vez un Don Gratuito. Pero el Encuentro con El Amado (y su voluntad en el quehacer dentro de nuestra historia) transcendía (no anulaba) la razón. El Amor del que se trata es “Siempre Mayor”.

El Obispo Bernardino Piñera en su libro ya citado SER MODERNO O TENER FE, afirma: “La Iglesia Católica no es esencialmente una asamblea de Cardenales y de Prelados, de teólogos y canonistas, de hombres poderosos e influyentes por la ciencia o por la riqueza, aún cuando todo eso cabe en ella. Es una asamblea de santos, de hombres y de mujeres que creen, que aman y que esperan, unidos con Dios, llenos de gracia y que aman y sirven a todos sus hermanos”.

El amor fraternal, sobre todo práctico, alegre y estimula el vivir de quien lo practica; también de quienes no tienen nuestro credo cristiano. Y cuando es el Amor-Espíritu Santo que vive en los creyentes, alegre el vivir, ilumina y estimula el actuar, desarrolla el gran ideal de Vida y Esperanza con contornos eternos...”.

EPÍLOGO



EPÍLOGO

En estas últimas líneas deseo expresar algunas reflexiones finales. No ha sido éste un libro de “memorias” sino que más bien han hablado aquí otras personas, hechos vividos, episodios históricos, experiencias. Quiero dejar constancia que si existiera la posibilidad de volver al tiempo joven, tomaría la misma opción y determinación que asumí en la España de los años ‘50.

Leo sobre la reciente presencia en Chile del conocido filósofo italiano Franco Volpi con ocasión de un foro y un congreso de fenomenología y hermenéutica donde se presenta una reseña de uno de sus libros sobre nihilismo, sobre la nada, el no-ser. El se basa en las afirmaciones del filósofo alemán Friedrich Wilhelm Nietzsche para hacer la siguiente reflexión: “Nihilismo: falta el fin; falta la respuesta al ¿para qué?, ¿qué significa nihilismo? Que los valores supremos se desvalorizaron. Nihilismo es, entonces, la desorientación que surge cuando fallan los ideales y los valores tradicionales que ofrecían la respuesta al ¿para qué?”. Volpi afirma que esta forma de entender la vida tiene amplia vigencia en todo Occidente.

Las afirmaciones de los filósofos son, a la vez, importantes y discutibles. Pero sí hay que reconocer que se percibe un mundo lleno de vacíos, de desencantos y

frustraciones; el sinsentido es el pan de cada día. Es tarea cristiano-misionera entrar en diálogo amistoso y sincero con nuestros contemporáneos sobre el “¿para qué?”. Sin aires triunfalistas ni intolerantes se hace necesario proponer la Esperanza Cristiana a través del testimonio y la palabra. Y destaco el concepto “proponer” frente al de “imponer”, ya que no tenemos ningún mandato evangélico para lo segundo. A esto hay que agregar que hay claros ejemplos en la historia y en la actualidad que demuestran que “imponer” hace mucho daño. Mejor escuchar para aprender y proponer.

Felicitemos a quienes piensan distinto a nosotros o no tienen nuestro credo, pero que obran muy bien como ha sido el caso de tantos como, por ejemplo, Mahatma Gandhi. Cerca de nosotros los podemos ver, así como a muchos cristianos, uniendo la familia en medio de dificultades; sirviendo en la comunidad por intermedio de las juntas de vecinos; estimulando sindicatos de trabajadores sin temer a expulsiones. Lo hacen sólo por el bien y la unión de los débiles, para que puedan defenderse. Tienen “Semillas del Verbo” en su interior y la proyectan hacia el exterior. No obstante, nosotros, los creyentes, no debemos dejar de proponer el sentido cristiano: las “semillas” también se habrán de regar con “Agua de la Vida”¹¹⁶ y se optimizarán los buenos frutos que ya tienen en germen. Reiteramos el deber de muchos creyentes de insertarse y servir en todas las organizaciones sociales: es parte de la fraternidad cristiana.

Cuando se leen relatos del pasado se puede encontrar uno relativo a un antiguo rey de los Anglios (Islas Británicas). Los primeros misioneros cristianos visitaron a

¹¹⁶ Jn. 4,14.

aquel rey al llegar a esa región. Éste citó a su realeza y colaboradores a una especie de cena para oír a los predicadores y debatir el contenido de sus anuncios. Asolaba un frío invierno y el diálogo tenía lugar en un palacio real en torno a un brasero encendido. Debido al calor que se generó en torno a la conversación y a la fogata, abrieron algunas ventanas y fue en ese momento cuando, volando, ingresó un pájaro. Revoloteó sobre las brasas y aquella importante asamblea, y salió por la ventana sin dejar rastro alguno.

El rey habría dicho a sus cortesanos: “Ninguno de nosotros sabe de dónde venía esta ave; tampoco sabemos hacia dónde viaja ahora. Así somos nosotros: ¿de dónde venimos?, ¿para dónde vamos? Lo ignoramos. Estos visitantes –decía– nos traen una novedosa noticia, una Buena Nueva. Que tengan libertad para anunciarla en este Reino nuestro”.

Aquella reflexión de ese rey desconocido es de toda actualidad en nuestro tiempo y en el que viene. Me atrevo a invitar, no siendo ningún rey, a todo lector a tomar tal Buena Nueva en su dimensión más trascendental, alimentarla y anunciarla en un contexto de servicio desinteresado que todo creyente hemos de practicar. Todo cristiano conciente está llamado a ser misionero.

Tomamos con alegría y optimismo este trozo de Historia, en el siglo XXI, que se nos regala para trabajar en ella. Tenemos hermosas tareas que realizar y con mayor razón si percibimos esta especie de pesimismo y de nihilismo aniquilante. La invitación está hecha. “El último enemigo en ser destruido será la muerte”¹¹⁷.

¹¹⁷ I Cor. 15-26.

